

JULIO RAMON  
RIBEYRO

SERGEYCO S.A.  
INV. VALORIZADO 1998

# Cuentos Populares



MUNILIBROS 2

MUNICIPALIDAD DE LIMA METROPOLITANA  
SECRETARIA DE EDUCACION Y CULTURA

Edición : Eduardo Vega Posada  
Elías Mujica Barreda  
Coordinación: Walter Villacorta  
Carátula : Luis Cumpa

1ra. Edición, Abril 1986  
Impreso en el Perú  
© Municipalidad de Lima Metropolitana

## PROLOGO

*En realidad estas palabras no constituyen un prólogo académico o especializado sobre la obra del autor, sino más bien un comentario para los lectores sobre algunas características de la misma, teniendo en cuenta que la Campaña Metropolitana de Lectura y la creación de las Bibliotecas Populares, como su nombre lo indica, han sido diseñadas y tienen como objetivo fundamental difundir la cultura y el hábito de leer entre las clases más modestas de nuestra población, poniendo a su alcance, además, ediciones a precios cómodos como la presente; campaña cultural que constituye un acierto en la actual gestión edilicia del Alcalde de Lima.*

*En tal sentido, se ha escogido para esta segunda edición de MUNILIBROS varios relatos del escritor peruano Julio Ramón Ribeyro, aparte de su reconocida calidad, por la demanda inusitada que tiene su obra entre las más diversas gentes: escolares, universitarios, profesores y público en general y al hecho curioso de que no existe un solo libro de él en plaza. Para tal efecto, hemos seleccionado los cuentos que el autor escribió hasta, aproximadamente, el año 1970; es decir, los más cortos, sencillos y amenos, dejando los escritos posteriormente, más elaborados, pero menos asequibles a la mayoría de lectores a quienes el autor, siempre, se ha preocupado en llegar para comunicarles su mensaje: alegre o triste, real o fantasioso, humano o ridículo, festivo o patético, según las circunstancias o coyunturas de su quehacer literario.*

*La clasificación que se ha hecho de sus relatos*

(cuentos: fantásticos, europeos, limeños, etc.) es algo arbitraria o forzada, pero obedece a la intención de orientar al lector común y corriente para hacerles conocer la variedad de la obra cuentística de Ribeyro. Sin embargo, no creemos estar equivocados al suponer que, paradójicamente, sin apartarse de la preceptiva narrativa tradicional, ni intentar ensayar técnicas modernas o innovadoras, su narrativa corta entraña todo un vasto y complejo espectro estilístico que la crítica literaria debería analizar y ordenar. Heterogeneidad, posiblemente, originada por los lugares, el tiempo y el estado de ánimo que condicionaron su creación, dando como resultado un marco de situaciones diversas que a su vez determinan gamas, matices y compases, también diferentes en la composición de sus relatos; aspecto singular que, a la par, hacen más sugestivos a éstos sin empañar una de sus mayores virtudes: la claridad expositiva. Si no, leamos sus propias palabras: "En un cuento uno puede relatar un recuerdo de infancia, comunicar un sueño, llevar una idea hasta el absurdo, transcribir un diálogo escuchado en un café, proponer al lector un acertijo o resumir en una alegoría su visión del Mundo"; concluyendo con este juicio su visión de que, a pesar de ser el cuento un género literario corto o de escasa extensión, a través de él se puede expresar el intrincado mundo de la "Comedia Humana" que es la vida y que, Ribeyro ha sabido interpretar y difundir con notable acierto y aquilatado valor literario a nivel latinoamericano y mundial.

Juan Antonio Ribeyro

## AUTOCRITICA

*Al escribir mis cuentos en la pobreza o en la bonanza, en unas horas o en años de correcciones, en mi país o fuera de él, sólo he querido que ellos entren, enseñen o conmuevan. Y he querido, también, proporcionarme un placer: "pues escribir, después de todo, no es otra cosa que inventar un autor a la medida de nuestro gusto".*

*Por otro lado, no advierto entre mis primeros y últimos relatos, alguna evolución apreciable. Ello no me inquieta. Podría citar el caso de numerosos artistas que han hecho, aproximadamente, durante toda su vida la misma cosa. Veinte años en la vida de un autor puede ser mucho, pero en la historia de un género no es nada. Sé que hay y que habrán muchas formas diferentes de escribir cuentos. Yo trabajo alegre y concienzudamente dentro de mis medios y posibilidades. Nunca he tenido las pretensiones de ser un pionero o un innovador. Yo recojo las enseñanzas de los viejos y creo en los límites de lo que va desapareciendo. Vanguardia y retaguardia no tienen para mí ningún sentido: "Lo importante es ser fiel a mis impulsos y transmitir, simplemente, el rumor de la vida".*

*Por último, mi obra cuentística estuvo agrupada bajo el rubro de LA PALABRA DEL MUDO. ¿Por qué este título? Porque en la mayoría de mis cuentos se expresan aquellos que en la vida están privados de la palabra. Los marginados, los olvidados, los condenados a una existencia sin sintonía y sin*

*voz. Yo les he restituido este hábito negado y les he permitido modular sus anhelos, sus arrebatos y sus angustias.*

*Julio Ramón Ribeyro*

## LA INSIGNIA

**H**asta ahora recuerdo aquella tarde en que al pasar por el malecón divisé en un pequeño basural un objeto brillante. Con una curiosidad muy explicable en mi temperamento de coleccionista, me agaché y después de recogerlo lo froté contra la manga de mi saco. Así pude observar que se trataba de una menuda insignia de plata, atravesada por unos signos que en ese momento me parecieron incomprensibles. Me la eché al bolsillo y, sin darle mayor importancia al asunto, regresé a mi casa. No puedo precisar cuánto tiempo estuvo guardada en aquel traje, que por lo demás era un traje que usaba poco. Sólo recuerdo que en una oportunidad lo mandé lavar y, con gran sorpresa mía, cuando el dependiente me lo devolvió limpio, me entregó una cajita, diciéndome: "Esto debe ser suyo, pues lo he encontrado en su bolsillo".

Era, naturalmente, la insignia y este rescate inesperado me conmovió a tal extremo que decidí usarla.

Aquí empieza verdaderamente el encadenamiento de sucesos extraños que me acontecieron. Lo primero fue un incidente que tuve en una librería de viejo. Me hallaba repasando añejas encuadernaciones, cuando el patrón, que desde hacía rato me observaba desde el ángulo más oscuro de su librería, se me acercó y, con un tono de complicidad, entre guiños y mue-

cas convencionales, me dijo: "Aquí tenemos algunos libros de Feifer". Yo lo quedé mirando intrigado porque no había preguntado por dicho autor, el cual, por lo demás, aunque mis conocimientos de literatura no son muy amplios, me era enteramente desconocido. Y acto seguido añadió: "Feifer estuvo en Pilsen". Como yo no saliera de mi estupor, el librero terminó con un tono de revelación, de confidencia definitiva: "Debe usted saber que lo mataron. Sí, lo mataron de un bastonazo en la estación de Praga". Y dicho esto se retiró hacia el ángulo de donde había surgido y permaneció en el más profundo silencio. Yo seguí revisando algunos volúmenes maquinalmente pero mi pensamiento se hallaba preocupado en las palabras enigmáticas del librero. Después de comprar un librito de mecánica salí, desconcertado, del negocio.

Durante algún tiempo estuve razonando sobre el significado de dicho incidente pero como no pude solucionarlo, acabé por olvidarme de él. Mas, pronto, un nuevo acontecimiento me alarmó sobremanera. Caminaba por una plaza de los suburbios, cuando un hombre menudo, de faz hepática y angulosa, me abordó intempestivamente y antes que yo pudiera reaccionar, me dejó una tarjeta entre las manos, desapareciendo sin pronunciar palabra. La tarjeta, en cartulina blanca, sólo tenía una dirección y una cita que rezaba: SEGUNDA SESION: MARTES 4. Como es de suponer, el martes 4 me dirigí a la numeración indicada. Ya por los alrededores me encontré con varios sujetos extraños, que merodeaban, y que por una coincidencia que me sorprendió, tenían una insignia igual a la mía. Me introduje en el círculo y noté que todos me estrechaban la mano con gran familiaridad. Enseguida ingresamos a la casa señalada y en una habita-

ción grande tomamos asiento. Un señor de aspecto grave emergió tras un cortinaje y, desde un estrado, después de saludarnos, empezó a hablar interminablemente. No sé precisamente sobre qué versó la conferencia ni si aquello era efectivamente una conferencia. Los recuerdos de niñez anduvieron hilvanados con las más agudas especulaciones filosóficas, y a unas digresiones sobre el cultivo de la remolacha fue aplicado el mismo método expositivo que a la organización del estado. Recuerdo que finalizó pintando unas rayas rojas en una pizarra, con una tiza que extrajo de su bolsillo.

Cuando hubo terminado, todos se levantaron y comenzaron a retirarse, comentando entusiasmados el buen éxito de la charla. Yo, por condescendencia, sumé mis elogios a los suyos, mas, en el momento en que me disponía a cruzar el umbral, el disertante me pasó la voz con una interjección, y al volverme me hizo una seña para que me acercara.

—Es usted nuevo, ¿verdad? —me interrogó, un poco desconfiado.

—Sí —respondí, después de vacilar un rato, pues me sorprendió que hubiera podido identificarme entre tanta concurrencia—. Tengo poco tiempo.

—¿Y quién lo introdujo?

Me acordé de la librería, con gran suerte de mi parte.

—Estaba en la librería de la calle Amargura, cuando el...

—¿Quién? ¿Martín?

—Sí, Martín.

—¡Ah, es un gran colaborador nuestro!

—Yo soy un viejo cliente suyo.

—¿Y de qué hablaron?

—Bueno... de Feifer.

—¿Qué le dijo?

—Que había estado en Pilsen. En verdad... yo no lo sabía.

—¿No lo sabía?

—No —repliqué con la mayor tranquilidad.

—¿Y no sabía tampoco que lo mataron de un bastonazo en la estación de Praga?

—Eso también me lo dijo.

—¡Ah, fue una cosa espantosa para nosotros!

—En efecto —confirmé—. Fue una pérdida irreparable.

Mantuvimos luego una charla ambigua y ocasional, llena de confidencias imprevistas y de alusiones superficiales, como la que sostienen dos personas extrañas que viajan accidentalmente en el mismo asiento de un ómnibus. Recuerdo que mientras yo me afanaba en describirle mi operación de las amígdalas, él, con grandes gestos, proclamaba la belleza de los paisajes nórdicos. Por fin, antes de retirarme, me dio un encargo que no dejó de llamarme la atención.

—Tráigame en la próxima semana —dijo— una lista de todos los teléfonos que empiecen con 38.

Prometí cumplir lo ordenado y, antes del plazo concedido, concurrí con la lista.

—¡Admirable! —exclamó—. Trabaja usted con rapidez ejemplar.

Desde aquel día cumplí una serie de encargos semejantes, de lo más extraños. Así, por ejemplo, tuve que conseguir una docena de papagayos a los que ni más volví a ver. Más tarde fui enviado a una ciudad de provincia a levantar un croquis del edificio municipal. Recuerdo que también me ocupé de arrojar cáscaras de plátano en la puerta de algunas residencias escri-

pulosamente señaladas, de escribir un artículo sobre los cuerpos celestes, que nunca vi publicado, de adiestrar a un mono en gestos parlamentarios, y aun de cumplir ciertas misiones confidenciales, como llevar cartas que jamás leí o espiar a mujeres exóticas que generalmente desaparecían sin dejar rastros.

De este modo, poco a poco, fui ganando cierta consideración. Al cabo de un año, en una ceremonia emocionante, fui elevado de rango. "Ha ascendido usted un grado", me dijo el superior de nuestro círculo, abrazándome efusivamente. Tuve, entonces, que pronunciar una breve alocución, en la que me referí en términos vagos a nuestra tarea común, no obstante lo cual, fui aclamado con estrépito.

En mi casa, sin embargo, la situación era confusa. No comprendían mis desapariciones imprevistas, mis actos rodeados de misterio, y las veces que me interrogaron evadí las respuestas porque, en realidad, no encontraba una satisfactoria. Algunos parientes me recomendaron, incluso, que me hiciera revisar por un alienista pues mi conducta no era precisamente la de un hombre sensato. Sobre todo, recuerdo haberlos intrigado mucho un día que me sorprendieron fabricando una gruesa de bigotes postizos pues había recibido dicho encargo de mi jefe.

Esta beligerancia doméstica no impidió que yo siguiera dedicándome, con una energía que ni yo mismo podía explicarme, a las labores de nuestra sociedad. Pronto fui relator, tesorero, adjunto de conferencias, asesor administrativo, y conforme me iba sumiendo en el seno de la organización, aumentaba mi desconcierto, no sabiendo si me hallaba en una secta religiosa o en una agrupación de fabricantes de paños.

A los tres años me enviaron al extranjero. Fue un

viaje de lo más intrigante. No tenía yo un céntimo; sin embargo, los barcos me brindaban sus camarotes, en los puertos había siempre alguien que me recibía y me prodigaba atenciones, y los hoteles me obsequiaban sus comodidades sin exigirme nada. Así me vinculé con otros cofrades, aprendí lenguas foráneas, pronuncié conferencias, inauguré filiales a nuestra agrupación y vi cómo extendía la insignia de plata por todos los confines del continente. Cuando regresé, después de un año de intensa experiencia humana, estaba tan desconcertado como cuando ingresé a la librería de Martín.

Han pasado diez años. Por mis propios méritos he sido designado presidente. Uso una toga orlada de púrpura con la que aparezco en los grandes ceremoniales. Los afiliados me tratan de vucencia. Tengo una renta de cinco mil dólares, casas en los balnearios, sirvientes con librea que me respetan y me temen, y hasta una mujer encantadora que viene a mí por las noches sin que yo la llame. Y a pesar de todo esto, ahora, como el primer día y como siempre, vivo en la más absoluta ignorancia, y si alguien me preguntara cuál es el sentido de nuestra organización, yo no sabría qué responderle. A lo más, me limitaría a pintar rayas rojas en una pizarra negra, esperando confiado los resultados que produce en la mente humana toda explicación que se funda inexorablemente en la cábala.

(Escrito en Lima en 1952)

## DOBLAJE

**E**n aquella época vivía en un pequeño hotel cerca de Charing Cross y pasaba los días pintando y leyendo libros de ocultismo. En realidad, siempre he sido aficionado a las ciencias ocultas, quizás porque mi padre estuvo muchos años en la India y trajo de las orillas del Ganges, aparte de un paludismo feroz, una colección completa de tratados de esoterismo. En uno de estos libros leí una vez una frase que despertó mi curiosidad. No sé si sería un proverbio o un aforismo, pero de todos modos era una fórmula cerrada que no he podido olvidar: "Todos tenemos un doble que vive en las antípodas. Pero encontrarlo es muy difícil porque los dobles tienden siempre a efectuar el movimiento contrario".

Si la frase me interesó fue porque siempre había vivido atormentado por la idea del doble. Al respecto, había tenido solamente una experiencia y fue cuando al subir a un ómnibus tuve la desgracia de sentarme frente a un individuo extremadamente parecido a mí. Durante un rato permanecimos mirándonos con curiosidad hasta que al fin me sentí incómodo y tuve que bajarme varios paraderos antes de mi lugar de destino. Si bien este encuentro no volvió a repetirse, en mi espíritu se abrió un misterioso registro y el tema del doble se convirtió en una de mis especulaciones favoritas.

Pensaba, en efecto, que dados los millones de seres que pueblan el globo, no sería raro que por un simple cálculo de probabilidades algunos rasgos tuvieran que repetirse. Después de todo, con una nariz, una boca, un par de ojos y algunos otros detalles complementarios no se puede hacer un número infinito de combinaciones. El caso de los “sosías” venía, en cierta forma, a corroborar mi teoría. En esa época, estaba de moda que los hombres de estado o los artistas de cine contrataran a personas parecidas a ellas para hacerlas correr todos los riesgos de la celebridad. Este caso, sin embargo, no me dejaba enteramente satisfecho. La idea que yo tenía de los dobles era más ambiciosa y pensaba que a la identidad de los rasgos debería corresponder identidad de temperamento y a la identidad de temperamento —¿por qué no?— identidad de destino. Los pocos “sosías” que tuve la oportunidad de ver unían a una vaga semejanza física —completada muchas veces con la ayuda del maquillaje— una ausencia absoluta de correspondencia espiritual. Por lo general, los “sosías” de los grandes financistas eran hombres humildes que siempre habían sido aplazados en matemáticas. Decididamente, el doble constituía para mí un fenómeno más completo, más apasionante. La lectura del texto que vengo de citar contribuyó no solamente a confirmar mi idea sino a enriquecer mis conjeturas. A veces, pensaba que en otro país, en otro continente, en las antípodas, en suma, había un ser exactamente igual a mí, que cumplía mis actos, tenía mis defectos, mis pasiones, mis sueños, mis manías, y esta idea me entretenía al mismo tiempo que me irritaba.

Con el tiempo la idea del doble se me hizo obsesiva. Durante muchas semanas no pude trabajar y no

hacía otra cosa que repetirme esa extraña fórmula esperando quizás que, por algún sortilegio, mi doble fuera a surgir del seno de la tierra. Pronto me di cuenta que me atormentaba inútilmente, que si bien esas líneas planteaban un enigma, proponían también la solución: viajar a las antípodas.

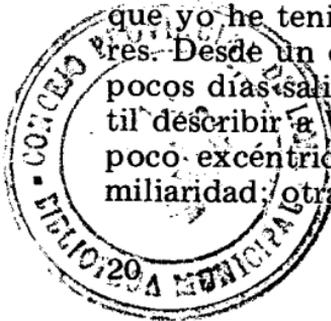
Al comienzo rechacé la idea del viaje. En aquella época tenía muchos trabajos pendientes. Acababa de empezar una madona y había recibido, además, una propuesta para decorar un teatro. No obstante, al pasar un día por una tienda de Soho, vi un hermoso hemisferio exhibiéndose en una vitrina. En el acto lo compré y esa misma noche lo estudié minuciosamente. Para gran sorpresa mía, comprobé que en las antípodas de Londres estaba la ciudad australiana de Sidney. El hecho que esta ciudad perteneciera al "Commonwealth" me pareció un magnífico augurio. Recordé, asimismo, que tenía una tía lejana en Melbourne, a quien aprovecharía para visitar. Muchas otras razones igualmente descabelladas fueron surgiendo —una insólita pasión por las cabras australianas— pero lo cierto es que a los tres días, sin decirle nada a mi hotelero, para evitar sus preguntas indiscretas, tomé el avión con destino a Sidney.

No bien había aterrizado cuando me di cuenta de lo absurda que había sido mi determinación. En el trayecto había vuelto a la realidad, sentía la vergüenza de mis quimeras y estuve tentado de tomar el mismo avión de regreso. Para colmo, me enteré que mi tía de Melbourne hacía años que había muerto. Luego de un largo debate decidí que al cabo de un viaje tan fatigoso bien valía la pena de quedarse unos días a reposar. Estuve en realidad siete semanas.

Para empezar, diré que la ciudad era bastante gran-

de, mucho más de lo que había previsto, de modo que en el acto renuncié a ponerme en la persecución de mi supuesto doble. Además ¿cómo haría para encontrarlo? Era en verdad ridículo detener a cada transeúnte en la calle a preguntarle si conocía a una persona igual a mí. Me tomarían por loco. A pesar de esto, confieso que cada vez que me enfrentaba a una multitud, fuera a la salida de un teatro o en un parque público, no dejaba de sentir cierta inquietud y contra mi voluntad examinaba cuidadosamente los rostros. En una ocasión, estuve siguiendo durante una hora, presa de una angustia feroz, a un sujeto de mi estatura y mi manera de caminar. Lo que me desesperaba era la obstinación con que se negaba a volver el semblante. Al fin, no pude más y le pasé la voz. Al volver, me enseñó una fisonomía pálida, inofensiva, salpicada de pecas, que ¿por qué no decirlo? me devolvió la tranquilidad. Si permanecí en Sidney el monstruoso tiempo de siete semanas no fue seguramente por llevar adelante estas pesquisas sino por razones de otra índole: porque me enamoré. Cosa rara en un hombre que ha pasado los treinta años, sobre todo en un inglés que se dedica al ocultismo.

Mi enamoramiento fue fulminante. La chica se llamaba Winnie y trabajaba en un restaurante. Sin lugar a dudas, ésta fue mi experiencia más interesante en Sidney. Ella también pareció sentir por mí una atracción casi instantánea, lo que me extrañó, desde que yo he tenido siempre poca fortuna con las mujeres. Desde un comienzo aceptó mis galanterías y a los pocos días usamos juntos a pasear por la ciudad. Inútil describir a Winnie; solo diré que su carácter era un poco excéntrico. A veces me trataba con enorme familiaridad; otras, en cambio, se desconcertaba ante al-



gunos de mis gestos o de mis palabras, cosa que lejos de enojarme me encantaba. Decidido a cultivar esta relación con mayor comodidad, resolví abandonar el hotel y, hablando por teléfono con una agencia, conseguí una casita amoblada en las afueras de la ciudad.

No puedo evitar un poderoso movimiento de romanticismo al evocar esta pequeña villa. Su tranquilidad, el gusto con que estaba decorada, me cautivaron desde el primer momento. Me sentía como en mi propio hogar. Las paredes estaban decoradas con una maravillosa colección de mariposas amarillas, por las que yo cobré una repentina afición. Pasaba los días pensando en Winnie y persiguiendo por el jardín a los bellísimos lepidópteros. Hubo un momento en que decidí instalarme allí en forma definitiva y ya estaba dispuesto a adquirir mis materiales de pintura, cuando ocurrió un accidente singular, quizá explicable, pero al cual yo me obstiné en darle una significación exagerada.

Fue un sábado en que Winnie, luego de ofrecerme una tenaz resistencia, resolvió pasar el fin de semana en mi casa. La tarde transcurrió animadamente, con sus habituales remansos de ternura. Hacia el anochecer, algo en la conducta de Winnie comenzó a inquietarme. Al principio yo no supe qué era y en vano estudié su fisonomía, tratando de descubrir alguna mudanza que explicara mi malestar. Pronto, sin embargo, me di cuenta que lo que me incomodaba era la familiaridad con que Winnie se desplazaba por la casa. En varias ocasiones se había dirigido sin vacilar hacia el conmutador de la luz. ¿Serían celos? Al principio fue una especie de cólera sombría. Yo sentía verdadera afección por Winnie y si nunca le había preguntado por su pasado fue porque ya me había

forjado algunos planes para su porvenir. La posibilidad que hubiera estado con otro hombre no me lastimaba tanto como que aquello hubiera ocurrido en mi propia casa. Presa de angustia, decidí comprobar esta sospecha. Yo recordaba que curioseando un día por el desván, había descubierto una vieja lámpara de petróleo. De inmediato pretexté un paseo por el jardín.

—Pero no tenemos con qué alumbrarnos —murmuré.

Winnie se levantó y quedó un momento indecisa en medio de la habitación. Luego la vi dirigirse hacia la escalera y subir resueltamente sus peldaños. Cinco minutos después apareció con la lámpara encendida.

La escena siguiente fue tan violenta, tan penosa, que me resulta difícil revivirla. Lo cierto es que monté en cólera, perdí mi sangre fría y me conduje de una manera brutal. De un golpe derribé la lámpara, con riesgo de provocar un incendio, y precipitándome sobre Winnie, traté de arrancarle a viva fuerza una imaginaria confesión. Torciéndole las muñecas, le pregunté con quién y cuándo había estado en otra ocasión en esa casa. Sólo recuerdo su rostro increíblemente pálido, sus ojos desorbitados, mirándome como a un enloquecido. Su turbación le impedía pronunciar palabra, lo que no hacía sino redoblar mi furor. Al final, terminé insultándola y ordenándole que se retirara del lugar. Winnie recogió su abrigo y atravesó a la carrera el umbral.

Durante toda la noche no hice otra cosa que recriminarme mi conducta. Nunca creí que fuera tan fácilmente excitable y en parte atribuía esto a mi poca experiencia con las mujeres. Los actos que en Winnie me habían sublevado me parecían, a la luz de la reflexión, completamente normales. Todas esas casas de

campo se parecen unas a otras y lo más natural era que en una casa de campo hubiera una lámpara y que esta lámpara se encontrara en el desván. Mi explosión había sido infundada, peor aún, de mal gusto. Buscar a Winnie y presentarle mis excusas me pareció la única solución decente. Fue inútil; jamás pude entrevistarme con ella. Se había ausentado del restaurante y cuando fui a buscarla a su casa, se negó a recibirme. A fuerza de insistir salió un día su madre y me dijo de mala manera que Winnie no quería saber absolutamente nada con locos.

¿Con locos? No hay nada que aterrice más a un inglés que el apóstrofe de loco. Estuve tres días en la casa de campo tratando de ordenar mis sentimientos. Luego de una paciente reflexión, comencé a darme cuenta que toda esa historia era trivial, ridícula, despreciable. El origen mismo de mi viaje a Sidney era disparatado. ¿Un doble? ¡Qué insensatez! ¿Qué hacía yo allí, perdido, angustiado, pensando en una mujer excéntrica a la que quizá no amaba, dilapidando mi tiempo, coleccionando mariposas amarillas? ¿Cómo podía haber abandonado mis pinceles, mi té, mi pipa, mis paseos por Hyde Park, mi adorable bruma del Támesis? Mi cordura renació; en un abrir y cerrar de ojos hice mi equipaje, y al día siguiente estaba retornando a Londres.

Llegué entrada la noche y del aeródromo fui directamente a mi hotel. Estaba realmente fatigado, con unos enormes deseos de dormir y de recuperar energías para mis trabajos pendientes. ¡Qué alegría sentirme nuevamente en mi habitación! Por momentos me parecía que nunca me había movido de allí. Largo rato permanecí apoltronado en mi sillón, saboreando el placer de encontrarme nuevamente entre mis cosas.

Mi mirada recorría cada uno de mis objetos familiares y los acariciaba con gratitud. Partir es una gran cosa, me decía, pero lo maravilloso es regresar.

¿Qué fue lo que de pronto me llamó la atención? Todo estaba en orden, tal como lo dejara. Sin embargo, comencé a sentir una viva molestia. En vano traté de indagar la causa. Levantándome, inspeccioné los cuatro rincones de mi habitación. No había nada extraño pero se sentía, se olfateaba una presencia, un rastro a punto de desvanecerse...

Unos golpes sonaron en la puerta. Al entreabrir la, el botones asomó la cabeza.

—Lo han llamado del “Mandrake Club”. Dicen que ayer ha olvidado usted su paraguas en el bar. ¿Quiere que se lo envíen o pasará a recogerlo?

—Que lo envíen —respondí maquinalmente.

En el acto me di cuenta de lo absurdo de mi respuesta. El día anterior yo estaba volando probablemente sobre Singapur. Al mirar mis pinceles sentí un estremecimiento: estaban frescos de pintura. Precipitándome hacia el caballete, desgarré la funda: la madona que dejara en bosquejo estaba terminada con la destreza de un maestro y su rostro, cosa extraña, su rostro era de Winnie.

Abatido caí en mi sillón. Alrededor de la lámpara revoloteaba una mariposa amarilla.

(Escrito en París en 1955)

# EVOCATIVOS

## LOS EUCALIPTOS

**E**ntre mi casa y el mar, hace veinte años, había campo abierto. Bastaba seguir la acequia de la calle Dos de Mayo, atravesar potreros y corralones, para llegar al borde del barranco. Un desfiladero cavado en el hormigón conducía a “La Pampilla”, playa desierta frecuentada solo por los pescadores.

Los sábados íbamos allí, acompañados de la sirvienta y de los perros. En la playa estrecha y pedregosa —apenas un zócalo entre el barranco y el mar— pasábamos largas horas desenterrando patillos muertos, recogiendo conchas y caracoles. Los perros corrían por la orilla, ladrando alegremente al océano. Por las paredes del acantilado trepaba el musgo, la yerba salvaje, y caía un agua fina que bebíamos en la cueva de la mano.

Matilde, nuestra sirvienta, iba siempre a la cabeza del grupo. A pesar de ser una moza, sabía multitud de cosas extrañas, como la gente crecida en el campo. Preparaba trampas para los gorriones, distinguía las matas de ortiga entre la maleza o los panales de avispa en las grietas de un muro. En el trayecto recogía flores de mastuerzo para regalar a Benito, el pescador. Ambos se retiraban luego por el desfiladero hasta una arena sucia donde se enterraban. A veces los seguíamos para espiarlos o merodeábamos en torno suyo lanzando piedras a los abismos.

Más tarde, cuando conocimos la huaca Juliana, nos olvidamos del mar. La huaca estaba para nosotros cargada de misterio. Era una ciudad muerta, una ciudad para los muertos. Nunca nos atrevimos a esperar en ella el atardecer. Bajo la luz del sol era acogedora y nosotros conocíamos de memoria sus terraplenes y el sabor de su tierra, donde se encontraban pedazos de alfarería. A la hora del crepúsculo, sin embargo, cobraba un aspecto triste, parecía enfermarse y nosotros huíamos, despavoridos, por sus faldas. Se hablaba de un tesoro escondido, de una bola de fuego que alumbraba la luna. Había, además, leyendas sombrías de hombres muertos con la boca llena de espuma.

La gente del pueblo llamaba a nuestro barrio "Matagente". En aquella época no había alumbrado público. De noche las calles eran tenebrosas y nosotros las recorriamos alumbrándonos con linternas. A veces íbamos hasta el "Mar del Plata", viejo caserón abandonado sobre la avenida Pardo. A través de su verja de madera observábamos el jardín donde la yerba crecía en desorden invadiendo los caminos y las gradas de piedra. Perdidas en el follaje se veían estatuas de yeso sin brazos, sin nariz, sucias de polvo y de excrementos de ave. Algunas habían caído de su pedestal y yacían semienterradas entre la hojarasca. Nunca supimos a quién pertenecía esa casa ni qué sucedía en su interior. Sus persianas estaban siempre cerradas. En sus cornisas anidaban las palomas.

Además de los ficus de la avenida Pardo, de los laureles de la Costanera, de las moreras de las calles transversales, en nuestro barrio había eucaliptos. La casa del millonario Gutiérrez estaba rodeada de una cincuentena de estos árboles enormes que crecían desde el siglo anterior, quizá desde la guerra con Chile. Ni

los hombres más viejos de Santa Cruz sabían quién los había plantado. Sus poderosas raíces levantaban la calzada, abrían grietas en la tierra. Sus ramas crujían con el viento y cada cierto tiempo alguna se desprendía y caía sobre la pista con un ruido de cataclismo. En menos de diez minutos desaparecía. De todos los corralones acudía la gente del pueblo con hachas, con machetes, con cuchillos y la destrozaban para fabricar leña, como se descuartiza una res.

Estos árboles eran como los genios tutelares del lugar. Ellos le daban a nuestra calle el aspecto pacífico de un rincón de provincia. Su tupido follaje nos protegía del sol en el verano, nos resguardaba de la polvareda cuando soplaban el viento. Nosotros nos trepábamos a sus troncos como monos. Conocíamos su gruesa corteza por cuyos nudos brotaba una goma olorosa. Sus hojas se renovaban todo el año y caían, rojas, amarillas, plateadas, sobre nuestro jardín. Sus copas, donde cantaban las cuculíes, se veían desde la huaca, desde el mar, porque nuestros árboles eran los más arrogantes de todo el balneario. Tan solo en el parque había un pino soberbio del cual estábamos celosos.

Bajo los eucaliptos desfilaron todos los personajes pintorescos de Santa Cruz. Cuando veíamos aparecer al loco Saavedra con su hoz en la mano y su costal de yerbas a la espalda, escalábamos sus troncos y desde lo alto, inmunes a su cólera, nos burlábamos de su extravío. El pasaba hablando solo, cantando y al diviarnos nos amenazaba con su hoz y se atrevía a lanzarnos terrones que se destrozaban en el aire. Luego tocaba los timbres de las casas, pidiendo comida. Algunos le soltaban los perros, otros le daban monedas de cobre que él convertía en alcohol.

El loco Saavedra prestaba un servicio a la comunidad. Con su hoz limpiaba la maleza de las acequias, desatoraba las esclusas y permitía circular el agua de los regadíos. Nadie sabía si este trabajo lo realizaba por capricho o por obligación. Siempre estaba sin zapatos, mojado, sucio de barro hasta las rodillas. Su única elegancia la constituían sus sombreros. Todas las semanas traía uno diferente: chambergos, gorras de marinero, boinas de colegial. Al final andaba sin camisa pero con un hermoso sombrero de copa.

A veces transcurrían semanas sin que se vieran trazas de su persona. El agua se rebalsaba e invadía los jardines particulares. Se decía, entonces, que había muerto. Pero cuando menos se le esperaba, reaparecía más pálido, más sucio, más trastornado. Sus resurrecciones nos llenaban de pavor porque siempre creíamos estar en presencia de su sombra. Con el tiempo se le vio con menos frecuencia. Matilde decía que donde la japonesa María bebía ron de quemar en vasos de cerveza. Por fin desapareció definitivamente. Una tarde vimos pasar un camión con un ataúd y un ramo de flores, seguido de una tropa de perros que ladraban. Se llevaban al loco al cementerio de Surquillo.

Más tarde, cuando se construyeron nuevas casas y el número de vecinos aumentó, formamos los chicos una verdadera pandilla. En razón de nuestro número nos atrevíamos a salir fuera del área de los eucaliptos y nos aventurábamos hasta la calle Enrique Palacios, en cuyos callejones vivían muchas familias del pueblo. Existía allí otra pandilla que nosotros llamábamos la pandilla de los "cholos". Ellos nos llamaban los "gringos" y nos tiraban piedras con sus hondas. Las riñas se sucedían. Muchas veces regresamos a ca-

sa con la cabeza rota. Nuestro barrio era, en realidad, como una pequeña aldea y las rivalidades de clase eran notorias. Había la gente del corralón, la gente del callejón, la gente de la quinta, la gente del chalet, la gente del palacete. Cada cual tenía su grupo, sus costumbres, su manera de vestir. Las distancias se guardaban estrictamente y ni aun en la época de los carnavales se perdía la noción de las jerarquías. Nosotros nos enfurecíamos cuando los negros mojaban a nuestras hermanas, así como los niños que usaban esarpines e iban a misa en automóvil, se ponían pálidos cuando les arrojábamos un globo con anilina.

En uno de los callejones de Enrique Palacios vivía don Santos, un hombre enigmático. Se decía que era el cholo más rico de todo el barrio, propietario de tiendas y corralones. Nunca nadie lo vio trabajar. Pasaba el día acodado en el mostrador de María, bebiendo pisco barato. Hacia el atardecer se llegaba a los eucaliptos y orinaba en sus troncos sus borracheras. Cuando nos veía pasar nos llamaba a su lado para contarnos su vida. Hablaba de París, del barrio Latino. Decía que él había vivido allí por el año veinte, que había tenido su "paletot" y usado un peinado a lo Valentino. Hablaba también de sus amigos diputados, de su cuenta corriente, de un banquete al cual estaba invitado precisamente esa noche. Al ver nuestros rostros escépticos, quedaba callado, se afligía y nos rogaba con voz lastimosa que le consiguiéramos un puesto.

— ¡Aunque sea de portero! —añadía, limpiándose una lágrima.

Con el tiempo, nuestro barrio se fue transformando. Bastó que pusieran luz eléctrica, que el servicio de agua potable se regularizara, para que las casas comen-

zaran a brotar de la tierra, como yerbas de estación. Por todo sitio se veían obreros cavando fosas para los cimientos, levantando muros, armando los encofrados. Los corralones fueron demolidos, los terrenos de desmonte arrasados. La gente del pueblo huía hacia los extramuros portando tablones y adobes para armar por otro lugar sus conventillos. Las grandes acequias fueron canalizadas y ya no pudimos hacer correr sobre su corriente nuestros barcos de papel. La hacienda "Santa Cruz" fue cediendo sus potreros donde se trazaban calles y se sembraban postes eléctricos. Hasta la huaca Juliana fue recortada y al final quedó reducida a un ridículo túmulo sin grandeza, sin misterio.

Pronto nos vimos rodeados de casas. Las había de todos los estilos; la imaginación limeña no conocía imposibles. Se veían chalets estilo buque con ojos de buey y barandas de metal, casas californianas con tejados enormes para soportar a la tímida garúa; palacetes neoclásicos con recias columnas dóricas y frisos de cemento representando escudos inventados; no faltaban tampoco esas extrañas construcciones barrocas que reunían al mismo tiempo la ojiva del medioevo, el balcón de la colonia, el minarete árabe y la gruta romántica donde una virgen chaposa sonreía desde su yeso a los paseantes. Para llegar al barranco teníamos que atravesar calles y calles, contornear plazas, cuidarnos de los ómnibus y llevar a nuestros perros amarrados del pescuezo. Una baranda nos separaba del mar. Llegar allí era antes un viaje campestre, una expedición que solo realizaban los aventureros y los pescadores. Ahora los urbanitos descargaban allí su población dominical de fámulas y furrieles.

Los personajes pintorescos se disolvieron en la ma-

sa de vecinos. Por todo sitio se veía la mediocridad, la indiferencia. Don Santos desapareció, al igual que el loco Saavedra. A nuestro policía lo cambiaron de lugar. Nuestros perros fueron atropellados. Ya no se veía pasar al hombre que, con su canasta y su farol, pregonaba en las noches de invierno la "revolución caliente" ni tampoco a las vacas de la hacienda "Santa Cruz" que mugían y hacían sonar sus cascabeles. El viejo que vendía choclos remplazó su borrico por un triciclo. El primer cinema fue el símbolo de nuestro progreso, así como la primera iglesia, el precio de nuestra devoción. Solo nos faltaba tener un alcalde y un cabaret.

En medio de estas mudanzas había algo que permanecía siempre igual, que envejecía sin perder su fuerza: los eucaliptos. Nuestra mirada, huyendo de los tejados y de las antenas, encontraba reposo en su follaje. Su visión nos restituía la paz, la soledad. Nosotros habíamos crecido, habíamos ido descubriendo en estos árboles nuevas significaciones, le habíamos dado nuevos usos... Ya no nos trepábamos a sus ramas ni jugábamos a los escondidos tras sus troncos, pero hubo una época de perversidad en que espíabamos su copa con la honda tendida para abatir a las tórtolas. Más tarde nos dimos cita bajo su sombra y grabamos en sus cortezas nuestros primeros corazones.

Una mañana se detuvo frente a nuestra casa, un camión. De su caseta descendieron tres negros portando sierras, machetes y sogas. Por su aspecto, parecían desempeñar un oficio siniestro. La noticia de que eran podadores venidos de Chíncha, circuló por el barrio. En un santiamén se encaramaron en los eucaliptos y comenzaron a cortar sus ramas. Su trabajo fue tan ve-

loz que no tuvimos tiempo de pensar en nada. Solamente les bastó una semana para tirar abajo los cincuenta eucaliptos. Fue una verdadera carnicería. El tráfico se había suspendido. Nosotros, los que durante quince años habíamos crecido a la sombra de aquellos árboles, contemplamos el trabajo, desolados. Vimos caer uno a uno todos aquellos troncos: aquel donde se anidaban las arañas; aquel otro donde escondíamos soldados, papelitos; el grueso, el de la esquina, que sacudía su crin durante las ventoleras y saturaba el aire de perfumes. Cuando la sierra los dividió en trozos de igual longitud, nos dimos cuenta que había sucedido algo profundo; que habían muerto como árboles para renacer como cosas. Sobre los camiones solo partieron una profusión de vigas rígidas a las que aguardaba algún tenebroso destino.

La ciudad progresó. Pero nuestra calle perdió su sombra, su paz, su poesía. Nuestros ojos tardaron mucho en acostumbrarse a ese nuevo pedazo de cielo descubierta, a esa larga pared blanca que orillaba toda la calle como una pared de cementerio. Nuevos niños vinieron y armaron sus juegos en la calle triste. Ellos eran felices porque lo ignoraban todo. No podían comprender por qué nosotros, a veces, en la puerta de la casa, encendíamos un cigarrillo y quedábamos mirando el aire, pensativos.

(Escrito en Munich en 1956)

## PAGINA DE UN DIARIO

**E**l confesor atravesó la sala, cogió su sombrero y haciendo con la mano un gesto incomprensible, se marchó. Mi madre se puso a llorar, mis hermanas la imitaron y yo también tuve que hacerlo porque mi padre, a pesar de sus defectos, había sido un hombre muy bueno. Mi llanto, sin embargo, fue debilitándose y en mis ojos quedó un ardor equívoco, como el que acompaña a un dolor sincero o a una súbita alegría. Pronto mis lágrimas cesaron y quedé solo, habitado por un gran asombro. De puntillas, inadvertidamente, me acerqué al dormitorio. Allí, sobre el lecho, estaba él, rígido con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro barbudo elevado al cielo. Lo observé un rato y mi pecho se estremeció. Pero luego sentí aflorar a mis labios una sonrisa involuntaria, como si hubiera sido sorprendido por un recuerdo agradable.

Más tarde comenzaron a llegar los parientes. Algunos eran lejanos, de aquellos que solo concurren a las nupcias y a los velorios y que tienen una máscara apropiada para cada ocasión. Ahora —yo recordaba haberlos visto en la boda de mi hermana bebiendo champán entre carcajadas— estaban condolidos, con vestidos oscuros y semblante de responso. Me abrazaron murmurando palabras vagas que en vano traté de comprender pero que por momentos me parecían hasta una felicitación. A veces me refugiaba en el jardín

y permanecía espíandolos por la ventana, viéndolos circular interminablemente.

Pronto oscureció y en la casa reinaba un gran alboroto. Algunos vecinos, muchos amigos, inundaron las habitaciones. La muerte había abierto de par en par las puertas de la casa. Se encontraba gente en todas las habitaciones, en la cocina, en los dormitorios de las mujeres y hasta en el cuarto de baño. Mucho me sorprendió encontrar en el cuarto de costura al gerente de la firma donde trabajaba mi padre, conversando con un albañil de las inmediaciones. Nunca sospeché que ambos pudieran conocerse ni mucho menos verlos juntos en dicha habitación. Sin embargo, estaban allí. Y todo parecía lo más natural.

El tiempo comenzó a trascurrir y pronto me pareció que aquella noche, como en navidad o fiestas patrias, tendría que velar hasta tarde. Este pensamiento por un momento me entusiasmó porque siempre era agradable imitar los actos de las personas grandes. Pero inmediatamente me di cuenta que todo sería distinto pues no habrían bombardas ni chocolate pascual.

Mi madre me reunió con mis hermanas y nos introdujo en el dormitorio del difunto. "Vamos a rezar un rosario" dijo, poniéndose de rodillas. Cerraron la puerta. Se escuchaba venir de afuera el rumor de los asistentes y alguna cabeza pasaba de vez en cuando por la ventana para echar una mirada curiosa.

Observé nuevamente a mi padre. Le habían puesto su terno azul, su hermoso vestido con el que acostumbraba ir a las recepciones. Tenía incluso chaleco, corbata, gemelos. "Parece que va a ir a una fiesta", pensé. Pronto mi madre empezó con los misterios —eran los gloriosos— y mis hermanas respondían en coro.

Yo también contestaba pero maquinalmente, porque no veía relación entre esas invocaciones de júbilo y la presencia del muerto, y porque me había detenido a examinar los pies de mi padre, que estaban descalzos, cubiertos solo con unas medias de seda. Estaban inmóviles, ligeramente separados de las puntas y al observarlos sentí por primera vez miedo de la muerte. El rezo se me trabó en la garganta y sin dar ninguna explicación abandoné el dormitorio. Atravesando la sala pasé al jardín. Allí me detuve y mirando al cielo negro traté de pensar en mi padre. Una nubecilla cruzó el abismo e imaginé que podría ser el alma del difunto. “Qué blanca está” pensé, cuando a mi lado escuché una voz. Era Flora, la sirvienta. “Niño Raúl —dijo—, acompáñeme al garaje a traer un candelero. Tengo miedo ir sola”. La observé. Siempre había excitado mi curiosidad, habiendo llegado incluso a espiarla cuando se bañaba. Estaba decidido a tocarla para comprobar con mis manos cómo era ese cuerpo moreno. Y en aquellas circunstancias esta tentativa tenía un extraño sabor a profanación, que me enardecía. Avancé unos pasos hacia ella, que permaneció inmóvil, mirándome con sus grandes ojos espantados, bajo la sombra del emparrado. Pero el recuerdo de los pies de mi padre, tan rígidos, tan inútiles, tan tristes, vino a mi memoria. “Anda tú no más”, repliqué, dando un paso hacia atrás.

Cuando ingresé en la casa habían llegado de la agencia funeraria. Los empleados estaban introduciendo el cajón, los cirios y los demás aditamentos para la cámara mortuoria; y los circunstantes observaban las maniobras con algo de impaciencia, como si esperaran la función de un teatro. Los odié a todos intensamente y busqué de nuevo refugio en el jardín. Al aguaitar

por la ventana observé que habían servido café en tacitas y que los hombres echaban mano, inmisericordes, a los cigarrillos de la sala. El cansancio, el sueño, comenzaron a perturbarme. Tuve que ir a mi dormitorio, donde se encontraban algunas personas de confianza. A pesar de ello, me dio vergüenza echarme a dormir porque me pareció que dormir en esos momentos era una infidelidad. Pero el sueño terminó por vencerme y vestido caí sobre la almohada.

Cuando abrí los ojos era de día. El dormitorio estaba desierto. ¿Qué hora sería? Me levanté. Todos parecían dormir. El velorio había terminado y la sala estaba llena de colillas y de tazas de café vacías. En la salita donde mi padre jugaba a las cartas con sus amigos, divisé un paño negro. Habían instalado allí la capilla ardiente. Al acercarme descubrí el féretro entre cuatro lámparas enormes. El muerto estaba solitario. “Qué pronto se han olvidado de él” pensé. Lo observé nuevamente. A través del cristal se veía su rostro blanco (lo habían afeitado), sonriente, impregnado de una rara serenidad. No sentí en ese momento pena alguna. Estuve mirándolo largo rato como si fuera otra cosa y no mi padre. Pronto sentí unos pasos y mi madre apareció, vestida de negro, e intentó abrazarme. Tal vez no había dormido en toda la noche, tal vez necesitaba una palabra de consuelo, pero la esquivé y mientras se retiraba escuché que empezaba a sollozar.

Gran parte de la mañana estuve dando vueltas, impaciente, por mi dormitorio. Pensaba si mi vida a partir de ese momento cambiaría. “Faltarán un poco de dinero —me dije—, tal vez tengamos que vender el auto”. Pero, aparte de ello, no creía advertir otro cambio notable en mi destino. Sin embargo, el recuerdo que desde la noche anterior me había perturbado,

apareció en mi conciencia. Evoqué el escritorio enorme, inaccesible mientras mi padre viviera y, evitando la vigilancia de las personas mayores, me aproximé a él y crucé el umbral.

Los rayos del sol penetrando oblicuamente por la ventana revestían las estanterías, las alfombras, de un aire doloroso y grave, como el de una iglesia antes de los oficios. Con una avidez incontenible, me precipité hacia el escritorio y tomando asiento en el ancho sillón, comencé a remover los libros, los papeles, los cajones. Al fin apareció la pluma fuente con su tapa dorada, aquella hermosa pluma fuente que durante tantos años admirara en el chaleco de mi padre como un símbolo de autoridad y de trabajo. Ahora sería mía, podría llevarla a la escuela, mostrarla a mis amigos, hacerla relucir también sobre mi traje negro. ¡Hasta tenía grabadas las mismas iniciales! Buscando un papel, tracé mi nombre, que era también el nombre de mi padre. Entonces comprendí por primera vez, que mi padre no había muerto, que algo suyo quedaba vivo en aquella habitación, impregnando las paredes, los libros, las cortinas, y que yo mismo estaba como poseído de su espíritu, transformado ya en una persona grande. “Pero si yo soy mi padre”, pensé. Y tuve la sensación de que habían transcurrido muchos años.

(Escrito en Lima en 1952)

EUROPEOS

## NADA QUE HACER SR. BARUCH

**E**l cartero continuaba echando por debajo de la puerta una publicidad a la que monsieur Baruch permanecía completamente insensible. En los últimos tres días había deslizado un folleto de la Sociedad de Galvanoterapia en cuya primera página se veía la fotografía de un hombre con cara de cretino bajo el rótulo "Gracias al método del doctor Klein ahora soy un hombre feliz"; había también un prospecto del detergente Ajax proponiendo un descuento de cinco centavos por el paquete familiar que se comprara en los próximos diez días; se veía por último programas ilustrados que ofrecían las memorias de sir Winston Churchill pagaderas en catorce mensualidades, un equipo completo de carpintería doméstica cuya pieza maestra era un berbiquí eléctrico y finalmente un volante de colores particularmente vivos sobre "El arte de escribir y redactar", que el cartero lanzó con tal pericia que estuvo a punto de caer en la propia mano de monsieur Baruch. Pero éste, a pesar de encontrarse muy cerca de la puerta y con los ojos puestos en ella, no podía interesarse por esos asuntos, pues desde hacía tres días estaba muerto.

Hacía tres días justamente monsieur Baruch se había despertado en la mitad de la tarde, después de una noche de insomnio total en la cual había tratado de recordar sucesivamente todas las camas en las que

había dormido en los últimos veinte años y todas las canciones que estuvieron de moda en su juventud. Lo primero que hizo al levantarse fue dirigirse al lavatorio de la cocina, para comprobar que seguía obstruido y que, como en los días anteriores, le sería necesario, para lavarse, llenar el agua en una cacerola y enjuagarse sólo los dedos y la punta de la nariz.

Luego, sin darse el trabajo de quitarse el pijama, se abocó por rutina a un problema que lo había ocupado desde que Simón le cedió esa casa, hacía un año, y que nunca había logrado resolver: ¿cuál de las dos piezas de ese departamento sería la sala-comedor y cuál la dormitorio-escritorio? Desde su llegada a esa casa había barajado el pro y el contra de una eventual decisión y cada día surgían nuevas objeciones que le impedían ponerla en práctica. Su perplejidad venía del hecho que ambas habitaciones eran absolutamente simétricas con relación a la puerta de calle —que daba sobre un minúsculo vestíbulo donde solo cabía una percha— ya que ambas estaban amobladas en forma similar: en ambas había un sofá-cama, una mesa, un armario, dos sillas y una chimenea condenada. La diferencia residía en que la habitación de la derecha comunicaba con la cocina y la de la izquierda con el water closet. Hacer su dormitorio a la derecha significaba poner fuera de su alcance inmediatamente el excusado, adonde un viejo desfallecimiento de su vejiga lo conducía con inusitada frecuencia; hacerlo a la izquierda implicaba alejarse de la cocina y de sus tazas de café nocturnas, que se habían convertido para él en una necesidad de orden casi espiritual.

Por todo ello es que monsieur Baruch, desde que llegó a esa casa, había dormido alternativamente en una u otra habitación y comía en una u otra mesa, se-

gún las soluciones sucesivas y siempre provisionales que le iba dando a su dilema. Y esta especie de nomadismo que ponía en práctica en su propia casa le había producido un sentimiento paradójico: por un lado le daba la impresión de vivir en una casa más grande, pues podía concluir que tenía dos salas-comedor y dos dormitorios-escritorio, pero al mismo tiempo se daba cuenta que la similitud de ambas piezas reducía en realidad su casa, ya que se trataba de una duplicación inútil del espacio, como la que podía provenir de un espejo, pues en la segunda habitación no podía encontrar nada que no hubiera en la primera y tratar de adicionarlas era una superchería, como la de quien al hacer el recuento de los títulos de su biblioteca pretende consignar en la lista dos ediciones exactas del mismo libro.

Ese día monsieur Baruch tampoco pudo resolver el problema y dejándolo en suspenso una vez más regresó a la cocina para preparar su desayuno. Con su taza de café humeante en una mano y una tostada seca en la otra se instaló en la mesa más cercana, dio cuenta meticulosamente de su frugal alimento y luego se trasladó a la mesa de la habitación contigua, donde lo esperaba una carpeta con papel de carta. Cogiendo una hoja escribió unas breves líneas, que metió en un sobre. Encima de éste anotó: Madame Renée Baruch, 17 Rue de la Joie, Lyon. Y más abajo, con un bolígrafo de tinta roja, añadió: personal y urgente.

Dejando el sobre en un lugar visible de la mesa monsieur Baruch prospectó mentalmente el resto de su jornada y aisló dos hechos que de costumbre realizaba antes de enfrentarse una vez más a la noche: comprarse un periódico y prepararse otro café con su tostada seca. Mientras esperaba que anocheciera vagó

de una habitación a otra, mirando por sus respectivas ventanas. La de la derecha daba al corredor de una fábrica donde nunca supo qué fabricaban, pero que debía ser un lugar de penitencia, pues solo la frecuentaban obreros negros, argelinos e ibéricos. La de la izquierda daba al techo de un garaje, detrás del cual, haciendo un esfuerzo, podía avistarse un pedazo de calle, por donde los automóviles pasaban interminablemente con sus faros ya encendidos. Pasó también un carro de bomberos haciendo sonar su sirena. Alguna casa ardía a la distancia.

Monsieur Baruch prolongó su paseo más de lo habitual, convencién dose ya que debía renunciar al periódico. Aparte de las ofertas de trabajo, nunca los terminaba de leer, no entendía lo que decían: ¿qué querían los vietnamitas?, ¿quién era ese señor Lacerda?, ¿qué cosa era una ordenadora electrónica?, ¿dónde quedaba Karachi? Y en este paseo, mientras anochecía, volvió a sentir ese pequeño ruido en el interior de su cráneo, que no provenía, como lo había descubierto, del televisor de madame Pichot ni del calentador de agua del señor Belmonte ni de la máquina en la cual el señor Ribeyro escribía en los altos: era un ruido semejante al de un vagón que se desengancha del convoy de un tren estacionado e inicia por su propia cuenta un viaje imprevisto.

En el departamento ahora oscuro se mantuvo un momento al lado del conmutador de la luz, interrogándose. ¿Y si salía a dar una vuelta? Ese barrio apenas lo conocía. Desde su llegada había estudiado el itinerario más corto para llegar a la panadería, a la estación del metro y a la tienda de comestibles y se había ceñido a él escrupulosamente. Sólo una vez osó apartarse de su ruta para caer en una plaza horrible

que, según comprobó, se llamaba la plaza de la Reunión, circunferencia de tierra, con árboles sucios, bancas rotas, perros libertinos, ancianos tullidos, rondas de argelinos sin trabajo y casas, santo dios, casas chancrosas, sin alegría ni indulgencia, que se miraban aterradas, como si de pronto fueran a dar un grito y desaparecer en una explosión de vergüenza.

Descartado también el paseo, monsieur Baruch encendió la luz de la habitación donde había dejado la carta, comprobó que seguía en su lugar y atravesando la siguiente habitación a oscuras entró en la cocina. En cinco minutos se afeitó con esmero, se puso un terno limpio y regresó ante el espejo del lavatorio para observarse el rostro. No había en él nada diferente de lo habitual. El largo régimen de café y tostadas había hundido sus carrilos, es verdad, y su nariz, que él siempre consideró con cierta conmiseración debido a su tendencia a encorvarse con los años, le pendía ahora entre las mejillas como una bandera arriada en señal de dimisión. Pero sus ojos tenían la expresión de siempre, la del pavor que le producía el tráfico, las corrientes de aire, los cinemas, las mujeres hermosas, los asilos, los animales con casco, las noches sin compañía y que lo hacía sobresaltarse y protegerse el corazón con la mano cuando un desconocido lo interpelaba en la calle para preguntarle la hora.

Debía ser el momento del film de sobremesa, pues del televisor vecino llegó una voz varonil, que podía ser muy bien la de Jean Gabin en comisario de policía hablando en argot con un cigarrillo en la boca, pero monsieur Baruch, indiferente a la emoción que seguramente embargaba a madame Pichot, se limitó a enjuagar su máquina de afeitar, extraer la hoja y apagar la luz. Vestido se introdujo en la ducha, que que-

daba dentro de una caseta metálica; en un rincón de la cocina y abriendo el caño dejó que el agua fría le fuera humedeciendo la cabeza, el cuello, el terno. Aferrando bien la hoja de afeitar entre el índice y el pulgar de la mano derecha levantó la mandíbula y se efectuó una incisión corta pero profunda en la garganta. Sintió un dolor menos vivo del que había supuesto y estuvo tentado de repetir la operación. Pero finalmente optó por sentarse en la ducha con las piernas cruzadas y se puso a esperar. Su ropa ya empapada lo hizo tiritar, por lo cual levantó el brazo para cerrar el caño. Cuando las últimas gotas dejaron de caer sobre su cabeza experimentó en el pecho una sensación de tibieza y casi de bienestar, que le hizo recordar las mañanas de sol en Marsella, cuando iba por los bares del puerto ofreciendo sin mucha fortuna corbatas a los marineros o aquellas otras mañanas genovesas, cuando ayudaba a despachar a Simón en su tienda de géneros. Y luego sus proyectos de viaje a Lituania, donde le dijeron que había nacido y a Israel, donde debía tener parientes cercanos, que él imaginaba numerosos, dibujando en sus rostros en blanco su propio rostro.

Un nuevo carro de bomberos pasó a la distancia haciendo sonar su sirena y entonces se dijo que era absurdo estar metido en esa caseta oscura y mojada, como quien purga una falta o se oculta de una mala acción (¿pero toda su vida acaso no había sido una mala acción?) y que mejor era extenderse en el sofá de cualquiera de las habitaciones y fundar con ese gesto una nueva pieza en su casa, la capilla mortuoria, pieza que desde que llegó sabía que existía potencialmente, asechándolo, en ese espacio simétrico.

No tuvo ninguna dificultad en ponerse de pie y sa-

lir de la ducha. Pero cuando estaba a punto de abandonar la cocina sintió una arcada que lo dobló y empezó a vomitar con tal violencia que perdió el equilibrio. Antes de que pudiera apoyarse en la pared se encontró tendido en el suelo bajo el dintel de la puerta, con las piernas en la cocina y el tronco en la habitación contigua. En la siguiente habitación la luz había quedado encendida y desde su posición de cúbito ventral monsieur Baruch podía ver la mesa y en su borde el lomo de la carpeta con papel de carta.

Mentalmente se exploró el cuerpo, a la caza de algún dolor, de alguna fractura, de algún deterioro grave que revelara que su máquina humana estaba definitivamente fuera de uso. Pero no sentía ningún malestar. Lo único que sabía es que le era imposible ponerse de pie y que si algo en fin había sucedido era que en adelante debía renunciar a llevar una vida vertical y contentarse con la existencia lenta de las lombrices y sus quehaceres chatos, sin relieve, su penar al ras del suelo, del polvo de donde había surgido.

Inició entonces un largo viaje a través del piso sembrado de prospectos y periódicos viejos. Los brazos le pesaban y en su intento de avanzar comenzó a utilizar la mandíbula, los hombros, a quebrar la cintura, las rodillas, a raspar el suelo con la punta de sus zapatos. Se contuvo un rato tratando de recordar dónde había dejado esa larga venda con la que en invierno se envolvía la cintura para combatir sus dolores de ciática. Si la había dejado en el armario de la primera pieza sólo tendría que avanzar cuatro metros para llegar a él. De otro modo, su viaje se volvería tan improbable como el retorno a Lituania o el periplo al reino de Sion.

Mientras memorizaba y se debatía contra la sensa-

ción de que el aire se había convertido en algo agrio e irrespirable y reproducía los actos de sus últimas semanas y recreaba los objetos que guardaba en todos los cajones de la casa, monsieur Baruch sintió una vez más la sirena de los bomberos, pero acompañada esta vez por el traqueteo del vagón que se desengancha y acelerando progresivamente se lanza desbocado por la campiña rasa, sin horario ni destino, cruzando sin ver las estaciones de provincia, los bellos parajes marcados con una cruz en las cartas de turismo, desapegado, ebrio, sin otra conciencia que su propia celeridad y su condición de algo roto, segregado, condenado a no terminar más que en una vía perdida, donde no lo esperaba otra cosa que el enmohecimiento y el olvido.

Tal vez sus párpados cayeron o el globo de sus ojos abiertos se inundó con una sustancia opaca, porque dejó de ver su casa, sus armarios y sus mesas para ver nítidamente, esta vez sí, inesperadamente, a la luz de un proyector interior, maravillosamente, las camas en las que había dormido en los últimos veinte años, incluyendo la última doble de la tienda del Marais, donde René se apelotonaba a un lado y no permitía que pasara de una línea geométrica e ideal que la partía por la mitad. Camas de hoteles, pensiones, albergues, siempre estrechas, impersonales, ásperas, ingratas, que se sucedían rigurosamente en el tiempo, sin que faltara una sola, y se sumaban en el espacio formando un tren nocturno e infernal, sobre el que había reptado como ahora, durante noches sin fin, solo, buscando un refugio a su pavor. Pero lo que no pudo percibir fueron las canciones, aparte de un croar sin concierto, como de decenas de estaciones de radio cruzadas, que pugnaban por acallarse unas a otras y que solo lograban hacer descollar palabras sueltas, tal vez títulos de

aires de moda, como traición, infidelidad, perfidia, soledad, cualquiera, angustia, venganza, verano, palabras sin melodía, que caían secamente como fichas en su oído y se acumulaban proponiendo tal vez una charada o constituyendo el registro escueto, capitular, de una pasión mediocre, sin dejar por ello de ser catastrófica, como la que consignan los diarios en su página policial.

El bordoneo cesó bruscamente y monsieur Baruch se dio cuenta que veía otra vez, veía la lámpara inaccesible en la habitación contigua y bajo la lámpara la carpeta de cartas inaccesible. Y ese silencio en el que flotaban ahora los objetos familiares era peor que la ceguera. Si al menos empezara a llover sobre la calamina reseca o si madame Pichot elevara el volumen de su televisor o si al señor Belmonte se le ocurriera darse un baño tardío, algún ruido, por leve o estridente que fuere, lo rescataría de ese mundo de cosas presentes y silenciosas, que privadas del sonido parecían huecas, engañosas, distribuidas con artificio por algún astuto escenógrafo para hacerle creer que seguía en el reino de los vivos.

Pero no oía nada y ni siquiera lograba recordar en qué rincón de la casa había podido dejar la venda de la ciática y lo más que podía era progresar en su viaje, sin mucha fe además, pues los periódicos se arrugaban ante su esfuerzo, formaban ondulaciones y accidentes que él se sentía incapaz de franquear. Aguzando la vista leyó un gran titular "Sheila acusa" y más abajo, con letras más discretas, "Lord Chalfont asegura que la libra esterlina no bajará" y al lado un recuadro que anunciaba "Un tifón barre el norte de Filipinas" y luego, con letras casi imperceptibles —y qué tenacidad ponía en descifrarlas— "Monsieur y mada-

me Lescene se complacen en anunciar el nacimiento de su nieto Luc-Emmanuel". Y después volvió a sentir el calor, la agradable brisa en su pecho y al instante escuchó la voz de Bernard diciéndole a Renée que si no le aumentaban de sueldo se iría de la tienda del Marais y la de Renée que decía que esé muchacho merecía un aumento y su propia voz recomendando esperar aún un tiempo y el crujido de las escaleras la primera vez que descendió en puntillas para espiar cómo conversaban y bromeaban detrás del mostrador, entre carteras, paraguas y guantes y un rasguído que no podía ser otro que el del mensaje que dejó Renée antes de su fuga, escrito en un papel de cuaderno y que él hizo añicos después de leerlo varias veces, pensando idiotamente que rompiendo la prueba destruiría lo probado.

Las voces y los ruidos se alejaron o monsieur Baruch renunció a sintonizarlos, pues al girar el globo del ojo efectuó una comprobación que lo obligó a cambiar en el acto todos sus proyectos: más cerca que los armarios de ambas habitaciones y de su venda improbable estaba la puerta de calle. Por su ranura inferior veía la luz del descanso de la escalera. Empezó entonces a girar sobre su vientre, con una dificultad extrema, pues le era necesario modificar toda la orientación de su itinerario inicial y mientras trataba de hacerlo la luz del descanso se encendió y se apagó varias veces, al par que sonaban pasos en las escaleras, pero probablemente en redondo o en los pisos más bajos o en el sótano, pues nunca, nunca terminaban de acercarse.

Con el esfuerzo que hizo por cambiar de rumbo, su cabeza dejó de apoyarse en la mandíbula y cayó pesadamente hacia un lado quedando reclinada sobre una

oreja. Las paredes y el techo giraban ahora, la chimenea pasó varias veces delante de sus ojos, seguida por el armario, el sofá y los otros muebles y a la zaga una lámpara y estos objetos se perseguían unos a otros, en una ronda cada vez más desafortada. Monsieur Baruch apeló entonces a un último recurso, tenido hasta ese momento en reserva y quiso gritar, pero en ese desorden, ¿quién le garantizaba dónde estaba su boca, su lengua, su garganta? Todo estaba disperso y las relaciones que guardaba con su cuerpo se habían vuelto tan vagas que no sabía realmente qué forma tenía, cuál era su extensión, cuántas sus extremidades. Pero ya el torbellino había cesado y lo que veía ahora, fijo ante sus ojos, era un pedazo de periódico donde leyó "Monsieur y madame Lescene se complacen en anunciar el nacimiento de su nieto Luc Emmanuel".

Entonces abandonó todo esfuerzo y se abandonó sobre los diarios polvorientos. Apenas sentía la presencia de su cuerpo flotando en un espacio acuoso o inmerso en el fondo de una cisterna. Nadaba ahora con agilidad en un mar de vinagre. No, no era un mar de vinagre, era una laguna encalmada. Trinaba un pájaro en un árbol coposo. Discurría el agua por la verde quebrada. Nacía la luna en el cielo diáfano. Pacía el ganado en la fértil pradera. Por algún extraño recodo había llegado al paisaje ameno de los clásicos, donde todo era música, orden, levedad, razón, armonía. Todo se volvía además explicable. Ahora comprendía, sin ningún raciocinio, apodícticamente, que debía haber hecho el dormitorio en el lugar donde dejó la venda o haber dejado la venda en el lugar que iba a ser el dormitorio y haber echado a Bernard de la tienda y denunciado a Renée por haber huido con la plata y haberla perseguido hasta Lyon rogándole de rodillas

que volviera y haberle dicho a Renée de partir sin que Bernard lo supiera y haberse matado la noche misma de su fuga para no sufrir un año entero y haber pagado un asesino para que acuchillara a Bernard o a Renée o a los dos o a él mismo en las gradas de una sinagoga y haberse ido a Lituania dejando a Renée en la indigencia y haberse casado en su juventud con la empleada de la pensión de Marsella a la que le faltaba un seno y haber guardado la plata en el banco en lugar de tenerla en la casa y haber hecho el dormitorio donde estaba tendido y no haber ido a la primera cita que le dio Renée en el Café des Sports y haberse embarcado en ese mercante rumbo a Buenos Aires y haberse dejado alguna vez un espeso bigote y haber guardado la venda en el armario más cercano para poder ahora que se moría, lejos ya del rincón ameno, caído más bien en un barranco inmundo, tentar una curación in extremis, darse un plazo, durar, romper la carta anunciadora, escribirla la mañana siguiente o el año siguiente y seguirse paseando aún por esa casa, sesentón, cansado, sin oficio ni arte ni destreza, sin Renée ni negocio, mirando la fábrica enigmática o los techos del garaje o escuchando cómo bajaba el agua por las tuberías de los altos o madame Pichot encendía su televisor.

Y todo era además posible. Monsieur Baruch se puso de pie, pero en realidad seguía tendido. Gritó, pero sólo mostró los dientes. Levantó un brazo, pero sólo consiguió abrir la mano. Por eso es que a los tres días, cuando los guardias derribaron la puerta, lo encontramos extendido, mirándonos, y a no ser por el charco negro y las moscas hubiéramos pensado que representaba una pantomima y que nos aguardaba allí

por el suelo, con el brazo estirado, anticipándose a nuestro saludo.

(Escrito en París en 1967)

## LOS CAUTIVOS

**E**ra lo último que podía esperar: vivir en esa pensión burguesa de las afueras de Francfort, en ese barrio industrial rodeado de chimeneas, de tranvías y de gente atareada, madrugadora, eficiente, que ponía al descubierto con su ajeteo mi pereza y mi inutilidad. Una pensión de gente de paso, además, vendedores hanseáticos, propagandistas circunspectos de algún turbio producto, que no asomaban nunca en pijama por los corredores, incapaces de interesarse por ese pensionista exótico que erraba resbalándose por el linóleo inmaculado, inseguro de sí, pensando disparates, triste en el fondo, como un camello extraviado en el continente polar.

La verdad es que yo no estaba ocioso. Un amigo romántico caído en el comercio me había encomendado, con la promesa de sufragar mis gastos de viaje, enterarme de los últimos procedimientos para la impresión a cuatro colores, asunto que me era completamente indiferente. Pero como mi amigo estaba al otro lado del Atlántico, yo cumplía su encargo en forma muy subjetiva, contentándome de cuando en cuando en husmear por algún establecimiento y pedir explicaciones técnicas en alemán que escuchaba con estoicismo. Alternaba este trabajo con largos paseos por la ciudad.

El centro de Francfort me atrajo al comienzo, pero

terminé por renunciar a él. En la mayoría de sus calles, tiendas y barcitos me tropecé con soldados norteamericanos, a los que yo reconocía así estuviesen sin uniforme por su pelo rapado, sus anchos pantalones, sus extraños zapatos-zapatillas, su manía de andar en grupos, sus cadenillas en la muñeca, su caminar desgarrado y su manera altanera, cibernética, de mirar y de ordenar.

Por eso elegí mi barrio como lugar de mis andanzas, pero sus fábricas me arredraron. Nada es para mí más pavoroso que una fábrica. Yo las temo porque ellas me colman de ignorancia y de preguntas sin respuesta. A veces las observo interrogándome por qué han sido construidas así y no de otra manera, por qué hay una chimenea aquí, una grúa allá, un puente levadizo, un riel, un aglomerado de tuberías, de poleas, de palancas y de implementos que se mueven. Es claro que todos esos artefactos han sido construidos en función de algo preciso, pensados, diseñados, programados. Pero, a su vez, para construir esos artefactos ha sido sin duda necesario construir otros antes, pues nada sale de la nada. Cada máquina, por simple que sea, requiere la existencia de otra máquina anterior que la fabricó. De este modo, una fábrica es para mí el resultado de una infinidad de fábricas anteriores, cada herramienta de una herramienta precedente, quizás cada vez más pequeñas y simples, pero cuyo encadenamiento se remonta hasta los albores de la edad industrial, más allá aún, hasta el Renacimiento, y más lejos todavía, hasta la prehistoria, de modo que encontramos al final de esta pesquisa sólo una herramienta, no creada ni inventada, pero perfecta: la mano del hombre.

Pero este hallazgo de la mano humana en el origen

de todo el milagro industrial podía regocijar mi inteligencia pero no aplacaba mi aburrimiento ni mi agobio. Francfort era en realidad una urbe demasiado organizada, capitalista y potente para mi gusto ancestral, catoniano, por la naturaleza.

La naturaleza estaba sin embargo en la pensión Hartman y una mañana la descubrí. Me desperté ese día muy temprano y decidí tomar un baño. Para ello tuve que atravesar toda la pensión rumbo a la bañera. Estaba en el lado trasero del edificio que lindaba, supuse yo, con uno de esos patios sombríos, terror de los viajeros, donde languidece algún arbusto en maceta o se sacuden las alfombras. Fue al entreabrir la alta ventana para evitar que el vapor de agua caliente empañara los espejos que descubrí la naturaleza. Llegó a mi como un concierto de instrumentos extremadamente vivos y sutiles. ¿No era del más apartado bosque que llegaba ese canto? ¿No era el rincón ameno que venía a mí a través de un trino, de un enjambre de trinos? ¿Era la voz de todas las aves del paraíso?

Encaramándome en la bañera me asomé a la ventana y vi un espectáculo radiante: en la mañana temprana, centenares de pájaros en amplias pajareras de alambre saltaban y trinaban. La pensión Hartman tenía un enorme jardín y ese jardín estaba poblado de pajareras. Las enormes pajareras estaban distribuidas a ambos lados de un pasaje por el cual un señor en bata, corpulento y canoso, con una canasta bajo el brazo, andaba repartiendo comida a las aves. Observé el amor con que las interpelaba, las acariciaba con el dedo a través de los alambres y las alimentaba. Era en verdad una escena insólita, irreal, como la cita de un verso eglógico en el balance anual de una compañía

de seguros.

Apenas terminé de bañarme me vestí y descendí a la planta baja en busca del jardín encantado. Tuve que recorrer un largo pasillo, empujar varias puertas, atravesar la amplia cocina, el oficio y la despensa para llegar a una terraza interior que comunicaba con el paraje de los trinos.

El hombre en bata me distinguió y quedó plantado en medio del pasaje, con su canasta en la mano, observándome. Bruscamente los pájaros dejaron de cantar.

—¿Qué quiere usted aquí?

—Soy un pensionista.

El hombre avanzó hacia mí colérico y quedó apenas a un palmo de mi nariz, la que examinó como un anatomista, luego mis orejas y la forma de mi cráneo, con una desconfianza que pareció irse disipando.

—¿Usted no es alemán?

—Soy sudamericano.

El hombre volvió a observar mis rasgos y su hosquedad desapareció.

—Muy bien. Soy el señor Hartman, el dueño de la pensión. Le permito entrar aquí por ser extranjero. ¿Le interesan los pájaros?

—Los oí cantar cuando estaba en la bañera. Y me tomé la libertad de bajar.

—Puede mirarlos, si quiere.

La primera pajarera a la que me acerqué era la de los canarios. Había por lo menos un centenar, con un plumaje sedalino, que iba desde el gris azulado hasta el amarillo más luminoso. Apenas distinguieron a Hartman empezaron a saltar en sus columpios y a trinar, despertando ecos en otras pajareras, inaugurando un concierto que prontó alcanzó un crescendo irresis-

tible. Hartman intervino con una extraña y penetrante modulación, mitad silbido mitad grito, y el concierto cesó en el acto.

—Me conocen. Son muy disciplinados. ¿Quiere ver los pájaros exóticos?

El pasaje estaba cortado en la mitad por un corredor transversal, poblado también de pajareras. En una de ellas distinguí una paleta movediza de rojos y verdes. Era la jaula de los loros. Hartman me los nombró, me mostró la diferencia entre loros, pericos, cotorras, guacamayos, me explicó el origen y las particularidades de cada uno con una minucia y una ciencia que me pasmó.

—¿Es usted ornitólogo? —pregunté al fin.

El dueño sonrió y con un amplio ademán echó un poco de alpiste a la pajarera.

—Un simple aficionado. Siempre me han gustado los pájaros, así, reunidos en sus jaulas. Son tan obedientes, tan sumisos y al fin de cuentas tan indefensos. Su vida depende enteramente de mí.

\* \* \*

A partir de ese día, antes de iniciar mis penosas visitas por las imprentas recogiendo datos para mi amigo, descendí dos o tres veces por semana al jardín para acompañar un rato a Hartman en su recorrido matinal. Como se avecinaba el invierno estaba preparando las pajareras para soportar el frío y la nieve. Encima de cada una de ellas había una lona encerada y plegadiza, que había comenzado a extender.

—Algunas especies son muy frágiles. Sobre todo las que vienen de los países tórridos. Los primeros fríos las quiebran como a una brizna de paja.

Me di cuenta que algunas pajareras tenían hasta un sistema de calefacción a base de radiadores de agua caliente.

—Pero sus pájaros viven como príncipes.

—¿Usted cree? Tal vez, pero como príncipes cautelosos.

Como yo le interrogué sobre un pájaro blanco, zancudo, de alas negras y largo pico que hurgaba la tierra, me dijo.

—Es una de mis joyas. Un ibis, viene de Egipto, le gustan las lombrices.

—Ya sé, de él se habla en el Libro de los Muertos. Me parece que hasta en la cerámica egipcia hay dibujos de este pájaro.

—Pero veo que usted sabe algunas cosas. Si le interesa le mostraré una de estas tardes mis libros.

Una de esas tardes, en efecto, vino a mi cuarto. Era la hora en que los pensionistas, reunidos en la sala, esperaban la hora de la cena viendo televisión y bebiendo cerveza. Hartman traía un libro debajo del brazo. Sentándose en el borde de mi cama lo abrió y me invitó a que mirásemos juntos las láminas. Era un volumen sobre los colibríes. Hasta la hora en que la mucama tocó la puerta para que bajara al comedor estuvo explicándome las variedades de esa especie.

—Mañana le mostraré otro —dijo.

Vino entonces, cotidianamente. Entre nosotros surgió una relación que, más que amistad, tenía que ver con la pedagogía. Tal vez Hartman descubrió en mí ciertas cualidades receptivas o al providencial depositario de su ciencia y de su pasión por los pájaros. Cada día traía un libro diferente y me iniciaba en los misterios de la ornitología. Más que su erudición, pues conocía la anatomía, las costumbres, los capri-

chos de cada especie, lo que me admiraba era su fervor. Hablar para él de los pájaros era como orar. Yo me sentía algo así como el discípulo medieval recibiendo por vía oral del maestro las llaves del arcano.

Al cabo de unos días, durante los cuales, supongo, dio por terminada mi iniciación, vino a verme sin ningún libro y me dijo que podía ir a su biblioteca. El mismo me condujo. Quedaba en el tercer piso, al fondo del edificio y era seguramente la pieza más grande de la pensión. Dos o tres mil libros colmaban las estanterías, en las paredes había grabados de aves y en una repisa toda una colección de pájaros disecados.

—Mi vida transcurre entre el jardín y la biblioteca. Aquí no entra nadie. Pero usted puede hacerlo, cuando quiera consultar algún libro. Claro que todos son sobre el mismo tema.

Agradecí su invitación y para satisfacerlo le pedí que me diera una pista para orientarme en ese laberinto.

—Tengo un fichero.

Señalaba un mueble de metal.

Cuando me dirigía al archivador me interpeló.

—Sé que usted es de Sudamérica, pero nunca le he preguntado de qué país. Hay tantos países por allá.

—Del Perú.

—¿Perú? Raro país. No sé casi nada de él. Me intereso poco por la historia. Tendré que consultar un diccionario. Pero conozco sus pájaros. El chaucato, por ejemplo, el huanchaco. Y la tuya, que canta en los altos árboles.

Mientras yo examinaba distraídamente el fichero, Hartman extrajo de un armario un grueso volumen que hojeó con atención.

—Perú, los incas, Pizarro, los virreyes. No se habla

mucho de su país aquí, mejor dicho se habla sólo de cosas muy antiguas. A mi me interesan las más recientes. ¿Qué me puede usted decir sobre eso?

—Lo que usted quiera.

Hartman me observó detenidamente. Mirada glacial. Me sentí como un pájaro en su jaula.

—Prefiero averiguarlo.

Luego me dijo que podía escoger un libro y llevarmelo a mi cuarto, pues tenía que terminar un artículo para una revista.

Elegí un volumen sobre las calandrias y me fui.

\* \* \*

A la mañana siguiente recibí una carta de mi amigo y mecenas de Lima instándome a partir rápidamente para Berlín. Como los encargos que me había dado para Francfort los había cumplido poco y mal, decidí remediarlo y pasé esos últimos días sin pensar en Hartman y sus pájaros, en investigaciones increíblemente aburridas.

La víspera de mi partida, antes de ir a comprar mi billete de tren, bajé al jardín para echarle una última mirada a los pájaros y despedirme de Hartman. Estaba de pie, con abrigo y sombrero, en medio del pasaje, ante la jaula de los canarios. Al verme, en lugar de avanzar hacia mí con la mano extendida como otras veces, se dio la vuelta y quedó dándome la espalda. Yo vacilé un momento. Su gesto me pareció destemplado.

—Señor Hartman, he venido a despedirme. Mañana parto a Berlín de madrugada.

—Tenga la bondad de retirarse.

Su orden era tan perentoria, que me dispuse a partir, cuando lo vi voltear la cabeza. Estaba rojo, quizá

por el frío aire matinal.

—Así que del Perú, ¿no? ¿No fue el primer país de Sudamérica que le declaró la guerra a Alemania?

Yo había olvidado ese asunto. No sólo me pareció anacrónico sino poco delicado que me lo recordara. Pero como había vuelto a darme la espalda me retiré.

En la noche, al hacer mi equipaje, vi el libro sobre las calandrias que me había prestado. Yo no había tenido tiempo ni de hojearlo y desde el primer día había quedado abandonado en mi mesa de noche. Cogéndolo me dirigí hacia la biblioteca. Toqué la puerta y como no me respondían la abrí. La pieza estaba vacía. Seguramente Hartman había bajado a comer en la cocina. Acercándome a su escritorio coloqué el libro encima. Vi entonces sobre el secante verde una Historia de la Segunda Guerra Mundial, entre cuyas páginas cerradas sobresalía la punta de un cartón satinado. Por curiosidad abrí el libro y se deslizó la fotografía de un oficial en uniforme, fornido, sonriente, que armado de un fusil montaba guardia delante de una alambrada, que muy bien podía corresponder a una pajarera gigante. Volteando la foto para mirar el reverso leí: Hans Hartman, 1942, Auschwitz.

Desde el jardín llegó el canto penetrante de un toro. Asomándome a la ventana vi al carcelero, inclinado en el anochecer ante una jaula, dialogando amorosamente con uno de sus cautivos.

(Escrito en París en 1971)

SERRANOS

## EL TONEL DE ACEITE

**E**n la semioscuridad de la cocina, iluminada tan solo por los carbones rojos que ardían bajo las parrillas, la vieja Dorotea y su sobrino Pascual se miraban silenciosamente. Ella permanecía en pie, las crenchas canosas dominadas por el pañolón negro y el semblante cobrizo torcido en una mueca inexpresiva y vegetal. Su sobrino, sentado en cuclillas, elevaba hacia ella sus ojos despavoridos, mientras sus dedos, apoyados en el suelo, rascaban nerviosamente la tierra. La mirada de la tía, cayéndole oblicuamente, lo tenía atrapado e inmóvil. Hacía un cuarto de hora que estaban así, como hechizados, sin pronunciar palabra.

—Así que fue con el hacha de Eleuterio —murmuró ella.

El muchacho no replicó. Se limitó a bajar la cabeza en son de asentimiento, mientras su pecho se rajaba en débiles sollozos.

—¡Hijo de mala perra! —bramó la tía, agitando un brazo huesudo surcado de venas negras—. ¡Y después te vienes a refugiarte en mi casa! ¿Por qué no has huido para las sierras? ¡Hubieras podido coger una mula de donde el aguazal y arrear para las montañas! Valor tienes para subirte al terrado a robarme las semillas, pero no para marcharte solo por los peñascales.

El muchacho, con la cabeza cada vez más caída, gemía convulsivamente, dejando al descubierto una nu-

ca sucia y desnutrida. Dorotea lo observó con una expresión de infinito desprecio en sus ojos acerados. Había vuelto a cruzar los brazos y su boca trazaba un surco abyecto.

—¿Y todo fue por la Antoña? —interrogó nuevamente.

El muchacho asintió con la cabeza.

—Todo por la Antoña, una chica piojosa que aún no puede ser madre —masculló la tía, recuperando luego su antiguo hieratismo.

Pascual elevó un ojo furtivo hacia ella y lo bajó sin replicar. El silencio fue invadiendo nuevamente la cocina. De cuando en cuando se escuchaba la crepitación de una chispa en la parrilla o el balido de un carnero en el galpón. La noche se iba cerrando en el descampado.

Pascual, de pronto, levantó la faz lívida manchada de lágrimas sucias, y abriendo los labios, dejó escapar un gruñido.

— ¡Tengo miedo, tía Dorotea! —exclamó—. ¡Los guardias ya deben de conocer todo! ¡Esteban tenía un tío cabo! ¡Me perseguirán!

— ¡Calla, deslenguado! —interrumpió la vieja— ¡Pueden oírte en el rancho de Pedro Limayta! —y bajando la voz, hasta hacerla sibilante, añadió—. —Y ¿dónde quieres que te esconda, pedazo de mugre? Ya sabes que si te encuentran aquí, la que va a pagar todo soy yo. Recuerda lo que le pasó a la tía Domitila por esconder en su lugar al bribón de Domingo, que se había robado dos vacas. ¡Y solo por dos vacas! —la tía Dorotea dio un paso hacia él, un paso mecánico, como el de un muñeco de madera— ¡Debes irte de aquí! ¡No debes dejar una sola huella! Entiéndetelas tú, y si te pescan, cuidado con decir que anduviste rondan-

do por acá. Te daré una barra de pan, y date por bien servido. ¡Anda, levántate! La noche se ha vencido.

El sobrino no replicó. Tenía el cuello estirado hacia adelante en una incómoda posición, y un dedo ligeramente erecto. Parecía estar a punto de caerse de bruces; sin embargo, se mantenía en equilibrio como por arte de magia.

—¿Qué? —preguntó la vieja, doblándose hacia él.

—¡Psht! —susurró Pascual, mientras su rostro, primitivamente tenso, se iba transfigurando por el terror.

Claramente se escuchó el trotar de unas cabalgaduras.

—¡Allí están! —bramó, y, levantándose de un brinco, se arrojó de espaldas contra la pared, quedando allí con los ojos muy abiertos.

La tía Dorotea se aproximó a la ventana. Empujando el postigo oteó hacia el campo. En el rancho de Pedro Limayta habían desmontado dos guardias. Los vio conversar con el viejo labriego, y luego volver a montar sus caballos rurales.

La tía se aproximó a su sobrino, que continuaba pegado a la pared, como si lo hubieran cosido con alfileres. Cruzó su rostro repetidas veces con su mano huesuda, hasta que le partió los labios.

—¿Y ahora? —exclamó— ¿Ves en el lío que me has metido? ¿Qué les voy a decir? ¡Salta por la ventana, huye a campo traviesa, despéñate por los riscos!...

Los cascos de los caballos resonaron en las piedras del galpón. Algunos carneros balaron, asustados.

—¡Ya es tarde! —maldijo la tía Dorotea, y recorrió con sus ojos vivaces las cuatro paredes de la cocina.

Junto a la puerta divisó el tonel de aceite, que en la noche anterior lo habían llenado.

—¡Mira! —dijo al sobrino, tirándolo del brazo con

sus garras— ¡Métete allí dentro, rápido! Cuando abran la puerta, hundes la cabeza. Yo te avisaré con un golpe cuando se hayan ido. ¡Cuidadito no más con chistar! ¡Anda! —añadió, al ver que Pascual permanecía sin aliento.

Cuando los guardias entraron divisaron a la tía Dorotea, sentada al lado de la cocina, con la mirada perdida en las llamitas azules.

—¡Levántese! —ordenó uno de ellos, mientras el otro, con su fusil preparado, husmeaba por los ángulos oscuros. La tía Dorotea no se movió.

— ¿Dónde está su sobrino?

—Yo no tengo sobrinos —replicó ella, sin dejar de mirar los carbones.

—¿Y Pascual Molina?

—No lo conozco.

Uno de los guardias la cogió por la espalda y la levantó de un zamacón.

—¡Usted nos engaña! ¡Pedro Limayta me dijo que lo vio entrar antes del anochecer!

—¡No me toque! —rugió la vieja, con un tono tan feroz que el guardia retrocedió— ¡No me vuelva a tocar! —añadió, y por su boca brotó un espumarajo de saliva turbia—. Si creen que está aquí, búsquenlo. ¡Pero yo no lo conozco!

Uno de los guardias encendió un cabo de vela en la cocina y salió por los alrededores. El otro quedó junto a Dorotea, mirando a todo sitio con desconfianza.

—¿Adónde da esa ventana? —preguntó.

—Al rancho de Limayta —replicó la vieja.

—¿Y ese tragaluz?

—Al terrado.

El guardia divisó el tonel de aceite.

—¿Qué cosa hay allí? —preguntó aproximándose.

—Aceite.

El guardia se inclinó sobre el borde y observó su superficie lisa.

—¿Está bueno? —preguntó metiendo el dedo, y como observara que en el rostro de la vieja no se movía una arruga, añadió para congraciarse: —Ya vendré por aquí para que me regale un poquito.

En ese momento apareció el otro guardia.

—No hay nadie —dijo, echándose la carabina a la espalda—. Ese viejo de Limayta, con los tragos que se echa, está viendo siempre fantasmas.

Los dos guardias miraron a la tía Dorotea, esperando tal vez unas palabras de ella. Pero la vieja seguía impassible, con los brazos tenazmente cruzados, como si se amarrara con su propia carne.

—Bueno —dijo un guardia, levantando el ala de su sombrero—. Está visto que aquí no hay nada.

—Buenas noches —añadió el otro, abriendo la puerta.

—Se ha librado usted de una buena —añadió el primero, cruzando el umbral.

La tía Dorotea no replicó nada. Cuando cerraron la puerta, tampoco se movió. Esperó con el oído atento a que subieran a sus caballos. Cuando el ruido de los cascos repicó y fue lentamente debilitándose, el surco de sus labios se distendió brotando de ellos una sonrisa primitiva, ácida, como arrancada a bofetones. Cogiendo un mazo se aproximó al tonel, y dio con él un golpe en su armadura.

—¡Ya puedes salir! —gritó—. ¡Ya se fueron!

La superficie del aceite vibró un rato al influjo del golpe y fue quedando luego definitivamente quieta.

(Escrito en Madrid en 1953)

## EL CHACO

**S**ixto llegó de las minas hace meses, junto con otros mineros huaripampinos. Venían a ver su pueblo, las retamas, las vacas que dejaron en el pastizal y a partir nuevamente hacia La Oroya, el caserío de las chimeneas, después de reposarse. Pero sólo venían a morir, como dijo Pedro Limayta, pues tenían los pulmones quemados de tanto respirar en los socavones. Y en verdad que se fueron muriendo, poco a poco, en las sementeras, tosiendo sobre las acequias, y se quedaron torcidos en el suelo, entre nosotros, que no sabíamos qué bendición echarles. Así se fueron todos, menos Sixto Molina.

Quizá Sixto vino ya muerto y nosotros hemos vivido con un aparecido. Su cara, de puro hueso y pellejo, la ponía a quemar al sol, en la puerta de su casa o la paseaba por la plaza cuando había buen tiempo. No iba a las procesiones ni a escuchar los sermones. Vivía solo, con sus tres carneros y sus dos vaquillas. Nosotros nos decíamos que cuando llegara la época de barbechar se moriría de hambre porque con ese pecho cható que tenía se ahogaría de solo levantar el azadón.

Pero Sixto comenzó a durar más de lo que pensábamos y a caminar por las afueras de Huaripampa. Varias veces lo encontramos escalando los cerros, arrastrándose por la carretera o sentado en esa peñole-

ría alta que da sobre la casa del patrón. Allí pasaba horas, mirando los tejados de la casa y el patio donde capan a los carneros y encostalan la papa. Los pastores dicen que también se le veía por las punas y que a veces se acercaba para hablar con ellos de las minas y chupar su bola de coca.

Un día lo encontré en la carretera que separa nuestra comunidad de la hacienda de don Santiago. El estaba parado al borde del camino, debajo de ese quinar seco donde saltan los gorriones. Estábamos conversando cuando vimos acercarse al niño José, el hijo del patrón, que ya creció y dicen que es ingeniero. Venía al paso de su yegua "Mariposa". Al pasar a nuestro lado se detuvo y nos saludó. Yo me quité el sombrero y le di los buenos días, pero Sixto no dijo nada y lo miró a los ojos. Así estuvieron mirándose largo rato, como buscándose querella.

—No te conozco —dijo el niño José—. Pero por la cara que tienes debes ser minero y huaripampino. ¿No sabes decir buenos días?

Sixto se rió como nunca lo había oído yo, dándose puñetes en el vientre y cogiéndose luego más abajo las partes de la vergüenza.

—¿De dónde ha salido éste? —me preguntó el niño José—. ¿Más idiotas todavía en Huaripampa?

—Es Sixto Molina —le dije—. Ha venido de las minas hace unos meses. Pero Limayta dice que pronto tendremos que enterrarlo.

El hijo del patrón se fue hacia las minas sin decir nada pero yo me enteré por el chiuchi Antonio, que vive en la hacienda, que esa misma noche le contó todo a don Santiago.

—Debe ser hijo del viejo Molina, que fue mi pastor —dijo don Santiago—. El viejo murió de asma porque

fumaba mucho. Se fumaba hasta esos cigarros que yo metía en mi boquilla para que sirvieran de filtro y que luego tiraba al patio cuando estaban negros de nicotina.

Desde ese día Sixto iba siempre a la carretera y se paraba debajo del quinar. El niño José pasaba a las ocho en su yegua para visitar el ganado en las alturas. Sixto lo esperaba y cuando el ingeniero pasaba, lo miraba en los ojos, sin quitarse el sombrero. El niño José se detenía un momento y lo miraba también, hasta que Sixto se echaba a reír y se retiraba.

Al principio el niño José no decía nada y seguía su camino. Pero como todos los días pasaba lo mismo, se bajó una mañana de su yegua y se acercó a Sixto.

—No me gusta que me mires de esa manera —dijo—. Sé que eres Sixto Molina, el hijo del pastor y que estás enfermo. Si quieres algo, dímelo ahora mismo.

Como Sixto no respondió, el niño José volvió a montar.

—No quiero verte mañana por aquí —continuó—. Acuérdate de lo que te digo.

Pero al día siguiente Sixto estaba en su lugar. El niño José desmontó, dejó su sombrero encima de una tapia y se acercó a Sixto.

—Te voy a pegar —dijo, y comenzó a darle de trompadas. Sixto, que estaba flaco, se cayó y allí el niño José le partió la frente de un botazo. Luego se puso su sombrero y se fue. Sixto quedó sentado en la acequia, limpiándose la sangre con la mano.

A la mañana siguiente estaba de nuevo bajo el quinar. El niño José volvió a desmontar y le pegó otra vez. Así le pegó durante varios días, le dio hasta con el fuste pero Sixto siempre regresaba al camino. Al final el niño José se aburrió o no sé qué pasaría, pero

la verdad es que para ir hacia el ganado tomaba el camino de la quebrada y no la carretera, donde Sixto lo seguía esperando.

Una mañana, después de una noche de aguacero, nos enteramos por el chiuchi Antonio que una piedra muy grande había rodado desde el cerro hasta la casa del patrón. La piedra fue dejando un surco en la ladera, abrió una brecha en los tunares, rompió la pirca del corral y se metió al galpón, matando cuatro ovejas.

—Don Santiago dice que la piedra la han empujado —nos contó Antonio—. Dice que no ha caído sola con la lluvia.

Esa misma noche don Santiago apareció en la comunidad. Nosotros nos asustamos porque el patrón sólo venía a Huaripampa en época de cosecha o de barbecho, cuando necesitaba brazos para su tierra. Entonces sí que venía todos los días, invitaba cigarros y aguardiente, contaba historias que hacían reír, bailaba con las cholos y hasta se emborrachaba con Celestino Pumari, el personero. Pero en época de descanso era raro verlo venir. Por eso nos asustamos cuando cruzó la plaza a caballo, con su hijo José y el mayordomo Justo Arrayán. Se fueron derechito a la casa de Celestino Pumari.

—Anoche han hecho rodar una peña sobre mi casa y han matado cuatro ovejas —dijo don Santiago—. Yo quiero saber quién ha sido ese hijo de perra. Si no me lo dicen iré esta tarde a Huancayo y hablaré con el prefecto para que me busque al criminal.

—Estoy seguro de que ha sido Sixto Molina —dijo el niño José—. La gente de la hacienda lo ha visto varias veces rondando por el cerro.

Se fueron en montón hasta la casa de Sixto y lo en-

contraron en el zaguán, remendando un sombrero. Don Santiago le habló en castellano pero Sixto se hizo el que no entendía. Justo Arrayán, el mayordomo, tuvo que hablarle en quechua y después dijo:

—Molina dice que es muy débil para empujar una piedra grande.

—¿Cómo sabe que es una piedra grande? —preguntó el niño José.

Justo Arrayán volvió a hablar en quechua con Sixto y dijo:

—Molina dice que una piedra chica hubiera matado solo un gorrión.

Nosotros nos echamos a reír. Don Santiago gritó:

— ¡Que hable en castellano! ¡Todos ustedes saben castellano! No creo que sea tan bestia que se haya olvidado. Dime tú, carajo, ¿entiendes lo que te digo?

Entonces Sixto Molina habló en castellano y lo hizo mejor que los señores, como nunca habíamos oído nosotros hablar a un huaripampino.

—Usted no es mi padre —dijo—. Usted no es dios, usted no es mi patrón tampoco. ¿Por qué me viene a gritar? Yo no soy su aparcerero ni su pongo ni su hijo ni trabajo en su hacienda. No tengo nada que ver con usted. Cuando más, vecinos. Y carretera de por medio, y pirca de tunares.

Nosotros creíamos que allí no más don Santiago le iba a rajar la cara de un fuetazo pero se quedó como atontado, pensando. Miró a su hijo, al mayordomo y a la veintena de comuneros que formaban círculo.

—Estás tísico y pronto te vas a morir —dijo—. Por eso es que no te hago nada. Pero cuídate no más. Si te veo rondando por la hacienda o si me faltas el respeto otra vez, no me importará que tengas los pulmones podridos y te haré apalea por mi gente.

Al decir esto, se fue. Nosotros nos quedamos mirando a Sixto. Cuando los jinetes se retiraron, Sixto se echó a reír y se llevó las manos a la entrepierna.

Una semana después, poco antes de que empezara la cosecha, el pastor Específico Sánchez bajó de madrugada a la casa de don Santiago y dijo que la choza de la punta de Purumachay se había incendiado. En la hacienda del patrón habían doce puntas de carneros con sus doce pastores y sus doce corrales. La punta de Purumachay era la más preciada, donde se guardaba el ganado fino que trajeron del extranjero. Los carneros habían saltado la pirca, asustados por la candela y se habían ido balando por los pajonales.

Durante todo el día don Santiago y su gente estuvieron recorriendo las punas para reunir a los merinos. Era fácil reconocerlos por la marca azul que tenían en la oreja. Pero muchos no pudieron ser encontrados porque se metieron en las haciendas vecinas o porque se despeñaron con el susto y cayeron a esas quebradas hondas donde solo bajan las aguas.

A Específico Sánchez solo le pusieron multa y si no lo botaron fue porque era de esos pastores sufridos que nunca duermen en época de parición y que caminan leguas para salvarle un pacho al patrón. Pero don Santiago se emborrachó como cada vez que enrabiaba y durante tres días estuvo pegado a su botella hasta que sus ojos se pusieron amarillos. Su mujer había tenido que venir en carro desde Huancayo para atenderlo. Don Santiago decía: "Sé que hay un cholo ladino, Sixto Molina, que me las pagará".

Al tercer día lo vimos venir a Huaripampa pero esta vez lo acompañaba una docena de gentes. Además de su hijo José y de su mayordomo, había otros ingenieros y unos cuantos cholos que se han criado

en la hacienda y que son ya como de la familia de don Santiago. Todos venían gritando y lanzando carajos. Estaban rojos, un poco borrachos, pues llevaban mal las bridas y se bamboleaban en sus monturas.

La cabalgata pasó delante de la iglesia, perseguida por los perros de la comunidad. Pasó también delante de la casa de Celestino Pumari y se fue derecho al barrio bajo, donde vive Sixto Molina. Como vieron que la puerta estaba cerrada, se quedaron cavilando. Don Santiago bajó y comenzó a gritar:

—¡Sixto Molina! ¡Aquí hemos venido para que nos digas por qué has prendido fuego en la punta de Purumachay!

La puerta seguía cerrada. A esa hora Sixto no estaba pues se había ido temprano, llevando su ganado a pastear. Así se lo dijimos pero el niño José no nos creyó y, desmontado, comenzó a dar de patadas en la puerta. Cuando la rompió, entró a la casa seguido de su gente. Se fueron hasta el corral que hay detrás y encontraron allí a las dos vaquillas.

No se las llevaron porque eran muy chuscas. Nosotros solo escuchamos los tiros. Cuando entramos al corral vimos que se habían muerto con los ojos abiertos, sin protestar, echando sangre por su pellejo lleno de huecos de bala.

Para avisarle a Sixto tuvimos que atravesar todas las tierras bajas, las que están alrededor del caserío, y subir a las alturas. Anduvimos buscándolo entre los pajonales, largo rato, porque nuestras punas son grandes, casi tan grandes como las que tiene don Santiago. Pasamos cerca del cerro de Marcapampa y lo encontramos en la última quebrada, la que está húmeda y verde aun en el verano.

—Te han matado a tus vaquillas —le dijimos.

Sixto arreó su ganado y comenzamos a bajar a Huaripampa. Sin decir nada, corría delante de nosotros, dándonos de guaracazos a sus carneros. Llegamos resolviendo y vimos que delante de su casa había un montón de comuneros y de mujeres. Estaba también el personero Celestino Pumari.

—Bien merecido lo tienes —dijo el personero—. Nos estás metiendo en líos con el patrón. Cuando venga la cosecha no te dará trabajo. Nos pagará ocho soles diarios esta vez y nos regalará una máquina de escribir.

Sixto se abrió camino y entró a su corral. Allí se agachó al lado de sus vaquillas, les tocó el hocico y metió sus manos en sus heridas. Después sacó su cuchillo y las desolló. Las arrastró por las pezuñas, primero una y después la otra, hasta las retamas que hay junto al río y estuvo enterrándolas en la orilla largo tiempo, hasta que nosotros no veíamos nada en tanta sombra y escuchábamos solo la tierra que caía.

Yo creo que después el patrón se arrepintió, porque vino a hacer las paces con Sixto. Esta vez vino solo, al atardecer, y se llevó a Sixto y a otros comuneros a conversar a la chichería de Basilisa Pérez.

—Ustedes son mis vecinos —dijo don Santiago—. Y es bueno vivir en paz con sus vecinos. Entre nosotros podemos ayudarnos. Yo puedo darles remedios contra la gusanera de sus carneros. Tu padre —le dijo a Sixto— fue mi pastor durante más de veinte años. Se traía al hombro hasta la casa a los capones enfermos. El viejo murió de asma porque fumaba mucho.

Sixto sólo repetía:

—Hablar bonito no es decir la verdad: No tengo nada que ver con usted —y no bebió la chicha ni comió el chuño que invitó don Santiago.

—Te he dado la mano y no me la has querido reci-

bir —dijo don Santiago—. Acuérdate de esto para toda tu vida.

Cuando se fue, Sixto dijo:

—Hablaba sólo mentiras. Mi padre murió de pulmonía porque se levantaba a las tres de la mañana, en medio de las heladas, para espantar a los zorros. Si quiere curar la gusanera de nuestro ganado es solo para que no ensucien la paja y contagien a sus carneros. Ahora se va donde el personero para comprarlo. Le da plata para que los huaripampinos trabajen en su cosecha. Sé que le va a comprar hasta un camión. Los dos son como perros: ladran en la misma lengua. Peor todavía porque cuando muerden lo hacen calladitos, a la traición.

A partir de ese día, don Santiago venía casi todos los días donde Celestino Pumari, para hacer el trato. Como ya había que empezar a cosechar, necesitaba que los huaripampinos escarbaran su papa, igual que todos los años. Nosotros no queríamos trabajar porque para eso teníamos nuestra papa también y nuestro ganado. Pero don Santiago nos daba plata además y con esa plata podíamos ir a Huancayo, a comprar aguardiente, coca y cigarros. Además, Pumari nos enseñó la máquina que nos regaló el patrón, la máquina de escribir que él se había llevado a su casa, no sé para qué pues no entendía nada de escrituras.

—Con esta máquina —decía— podemos escribir como los blancos. Y así, cuando haya algo que reclamar, las autoridades nos harán caso, escribiremos en un papecito bien limpio. Ya verán cómo el señorito José nos va a enseñar.

Los sábados que había feria en Huaripampa y que venían los cholos de todos los caseríos, que venían de Jauja con su ganado y que hasta los blancos venían

desde la carretera para comprar ponchos y colchas de vicuña, Pumari nos hablaba en la plaza que estaba llena de gente. Así, poco a poco nos fue convenciendo y reunió a los quinientos braceros que necesitaba don Santiago.

El único que no quería trabajar era Sixto. Nos dijo que don Santiago nos iba a sacar la grasa y que toda la plata se la llevaría para sus casas de Huancayo y sus casas de la capital.

Don Santiago sabía esto y por eso cada vez que veía a Sixto en Huaripampa detenía su caballo para insultarlo:

— ¡Malparido, hijo de perra, me quieres malear a la gente! Te he dicho que te vayas de aquí. Si sigues diciendo mentiras, algo te va a pasar.

Pero Sixto no cejaba, iba hablando de un lado para otro y cuando al atardecer llegaban los braceros a Huaripampa, dolidos de tanto trabajar en la tierra de don Santiago, los esperaba a la entrada de la comunidad y los seguía por el camino para reírse de ellos.

—Ustedes tienen sangre de calandria —les decía—. Alma de borrego tienen. Lamen la pezuña del patrón.

Algunos braceros le hacían caso a veces y no iban a trabajar y cuando el mayordomo Justo Arrayán venía a buscarlos, le decían:

— Por nadita del mundo trabajamos. Sixto dice que somos como borregos. Que venga don Santiago a pedirnoslo de rodillas o que nos pague más.

Fue por eso que una tarde, cuando Sixto venía del río donde lavaba su ropa, vio tres sombras detrás de las retamas. Sixto quedó mirándolas porque las sombras estaban quietas y no se movieron cuando les tiró una piedra. Dice que le dio miedo, no fueran aparecidos de tanta gente que murió en las minas, y se echó

a correr.

— ¡Sixto Molina! —dice que le gritaban por detrás y cuando dobló el recodo que lleva a la comunidad volvió a verlas, esta vez en medio del camino. Recién se dio cuenta que eran sombras de hombres vivos. Pero esta vez ya no hablaron. Una se quedó atrás y las otras dos avanzaron y él ya no tuvo tiempo sino para agacharse y hacerse una bola antes que le comenzaran a golpear. Con un palo le daban y con las correas de la cintura. Sixto se tapaba con las manos pero antes de que su mano llegara al sitio, ya el sitio había sido zurrado. Ni con cien manos, dice, se hubiera podido cubrir porque de todo lado venían los cinchazos y ya él sentía que los huesos se le partían. Después ya no sintió nada más y se quedó con una oreja metida en un charco, viendo cómo se alumbraban las estrellas y sintiendo cómo se le trepaban los grillos.

Más tarde el viejo Limayta se tropezó con él, lo maldijo varias veces, quiso dejarlo tirado, después jalarlo y como no podía, fue a buscar una bestia a los potreros y así lo trajo a Huaripampa, doblado sobre el espinazo de un burro.

Nosotros creíamos que lo habían matado, esta vez de verdad.

— ¡Ah, Molina, haces mal en seguir viviendo! —decía Pedro Limayta—. Eso te pasa por no querer morirte de una vez, cuando has venido de la mina con el cuerpo podrido. Uno de estos días te vamos a encontrar con el pescuezo cortado y los ojos fuera de sitio, tirado en el cementerio.

En su casa lo estuvo curando. Tenía manchas moradas por toda la piel, mataduras en las piernas y orinaba un jugo negro, cuando orinaba. A la semana se pudo levantar pero un brazo se le quedó recogido pa-

ra siempre, como si fuera el ala de una gallina y ni dos hombres juntos se lo podían enderezar.

De la hacienda de don Santiago hicieron correr las voces de que estaban penando, para disimular. Decían que malos espíritus andaban por los caminos y que era peligroso atardarse en el campo porque a uno lo podían degollar. Hablaban de llamar al cura para que echara cruces en el valle de Huaripampa y nos librara de los aparecidos.

Pero a Sixto Molina no lo engañaban:

—Los que avanzaron tenían ojotas —decía—. Pero el que se quedó atrás llevaba botas de hacendado. Si lo vi clarito. ¡Que se me caiga la lengua a pedazos si es que no era el hijo de don Santiago!

Una tarde compró muchas botellas de chicha donde Basilisa Pérez, compró cancha y coca, envolvió todo en su poncho y se fue para los pajonales, con los hermanos Pauca. Como yo los seguía, me quisieron echar pero después me dejaron andar junto a ellos. Yo tenía que correr porque ellos andaban rápido y sin cansarse por esos atajos filudos que solo conocen los chivatos. Pronto pasamos el roquedal de los zorros y llegamos a la quebradita que linda con la tierra de los gringos.

La tierra de los gringos, la más grande que hay en estos lugares, está toda alambrada y nadie puede pasar por allí. Detrás de los alambres están sus carneros, que vienen hacia nosotros y meten sus cabezas entre las púas. Son carneros de otra raza, muy gordos, grandes, casi como terneras y con toda la lana blanca. Nuestros carneros, en cambio, tienen la lana moteada con manchas marrones y a veces son todos negros y a veces ni lana tienen, que se les ve el pellejo. Pero a pesar de eso, nuestros carneros meten también la ca-

beza por los alambres y se miran y se hociquean con los carneros de los gringos.

Yo creí que nos íbamos a quedar allí, mirando esas punas enormes que llegan, según se dice, hasta la fundición de La Oroya. Pero Sixto empezó de nuevo a caminar y los hermanos Pauca lo siguieron y yo iba detrás. Así llegamos hasta el cerro Marcapampa, donde están las ruinas. Nadie sube por allí porque trae mala suerte. Hace algunos años unos cholos subieron para sacar piedras y hacer con ellas corrales. Pero casi todos se murieron después o se quedaron ciegos.

Cuando llegamos a la cumbre, uno de los Pauca me dijo:

—Ya está bien, chiuchi, ahoritã te bajas. ¡Qué nos vienes siguiendo!

Yo me fui a dar una vuelta por entre los muros, entre tanta piedra caída y todavía parada, donde se ven huecos de puertas y ventanas y donde la yerba crece y lo va cubriendo todo. Sixto y los Pauca se sentaron y comenzaron a tomar chicha y a conversar. Los Pauca odiaban a don Santiago porque sus mujeres se fueron a trabajar de sirvientas a su casa de Huancayo y nunca más quisieron regresar.

—¿Todavía estás aquí? —me dijeron los Pauca—. A pedradas te vamos a echar. ¡Baja por la ladera, desbarrãcate de una vez!

Yo iba a partir cuando Sixto me llamó:

—Vente mejor con nosotros. Ya te diré lo que vas a hacer.

En lugar de cruzar por Huaripampa, comenzamos a caminar por los potreros. Ibamos hacia la carretera, escondiéndonos detrás de las tapias. Nadie me lo había dicho pero caminando así solo podíamos estar

yendo para la casa de don Santiago.

La casa de don Santiago tiene un portón que da al camino y está rodeada de paredes muy altas. También atrás hay un portón que da a los corrales y a los cerros. De noche las puertas están cerradas.

—Súbete allí —me dijo Sixto, señalando una pared— y mira hacia la carretera. Si ves venir algún camión, avísanos.

Yo le obedecí y subí al muro que está frente a la casa de don Santiago. Desde allí podía ver la curva y la carretera que va a Jauja. Por otro lado veía la carretera que va a Huancayo.

Uno de los Pauca fue al portón y tocó la aldaba mientras el otro Pauca y Sixto estaban escondidos junto a la pared. Pauca tocó varias veces hasta que salieron a abrirle. Se había embozado bien la cara con su poncho. Yo no sé qué habló con uno de los sirvientes de la hacienda pero al poco rato el niño José salió a la carretera con un farol en la mano.

Todo pasó muy rápido. Mientras el niño José hablaba con uno de los Pauca, Sixto y el otro le cayeron por los costados. En ese momento supe que lo estaban matando. Estaba tirado en el suelo, junto al farol que seguía prendido y levantaba los pies para un lado y para otro. Sixto le había pasado un cincho por el pescuezo mientras los Pauca lo golpeaban. Después el niño José estaba levantado y uno de los Pauca había caído. Después fue Sixto el que cayó. Después todos estaban en el suelo. Se levantaban y se volvían a caer. Dos cholos salieron de la hacienda y se metieron en el lío. Todo pasaba en medio de gritos. Yo estaba parado en el muro, agarrado de un eucalipto. Las luces de la casa se encendieron. Después vi las luces de un carro en la carretera y silbé, silbé varias veces. Só-

lo cuando vi que Sixto y los Pauca me oían y empezaban a correr, dejando en el suelo a dos hombres tirados, me aventé de la pared y me escapé.

Al poco rato ya se sabía todo en Huaripampa. Las voces corrían de boca en boca. A pesar de que era tarde, muchos cholos habían salido de sus casas y andaban asustados por la plaza y por las chicherías. Donde Basilisa Pérez se decía que los malos espíritus habían asaltado al niño José y le habían quitado el ánimo.

Los malos espíritus pasaron más tarde. Nosotros no los vimos porque era una noche oscura. Sentíamos solo el trotar de sus bestias y los fuetazos que les zumbaban sobre las ancas. Debían ser muchos. Primero entraron al galope en la plaza y allí se detuvieron. Alguien hablaba con una voz muy ronca. Después empezaron de nuevo a trotar, unos por un lado, otros por otro, como si se persiguieran o se huyeran, como si montaran caballos locos. Daban vueltas por el pueblo, se juntaban todos en la calle ancha, se dividían por las calles angostas que van al río, siempre bajo la misma voz que los reunía o los separaba. Nosotros corríamos de aquí para allá, a veces para verlos de cerca, a veces para no ser atropellados pues pasaban tan rápido que dejaban detrás un hueco de viento frío y un olor a azufre que se quemaba. Estaban por todo sitio pues cholos que llegaron de Jauja dijeron haberlos visto en la carretera, sacando chispas de las piedras y los que bajaron de los pajonales también los vieron quebrando la paja brava con su galope. Las viejas ya se habían encerrado santiguándose, arrodillándose delante de velas y retratos, y solo unos pocos quedamos donde Basilisa, escuchando cómo se perdían los cascos, allá lejos, en los potreros.

La primera que les vio la cara fue la hermana de los Pauca, que llegó sofocada, que ni hablar podía. Dijo que habían entrado en montón a su casa, haciendo astillas las puertas. Habían roto los porongos y buscado por todo sitio. Don Santiago la había aferrado del cogote y su gente le había dado de puntapiés.

— ¡Para Acobamba se fueron, los dos solitos, se fueron por los cerros, así le dije al patroncito! —nos contó la Pauca—. Se fueron donde su entenada, la que vive cerca del agua de Huairuray. A esconderse se fueron por lo que hicieron con el niño José.

Cuando la Pauca dijo esto, sonaron nuevamente los cascós. Esta vez se acercaban a la comunidad. Parecía la época de avenida, cuando los cerros se derrumbaban con el aguacero y se vienen por las calles arrastrando a los chanchos, a los terneros.

Sentimos que cruzaban la explanada de la plaza, haciendo ecos contra el paredón de la iglesia y después, frente al zaguán, vimos las cabezas de las bestias que echaban humo por el morro y los jinetes que saltaban a tierra. Entraron todos en la chichería, llevados por don Santiago.

— ¡Tus hermanos no llegarán lejos! —dijo don Santiago a la Pauca—. Ya mandé a mi gente para que cuide los caminos que van a Jauja. Hasta por los cerros los he mandado. ¡Los traerán amarrados en las monturas, arrastrándose por los charcos!

Todos estaban contentos, pidieron porongos de chicha y encendieron cigarros. Algunos habían dejado sus armas en las fundas de sus monturas pero otros las tenían aún en la mano. Estaban allí Justo Arrayán, el personero Celestino Pumari, tres o cuatro cholos de la hacienda, el contador de don Santiago, el inspector de aguas, dos ingenieros y otra gente que yo

no conocía, seguramente de esos vagos que andan por estas tierras y que pasan temporadas en las haciendas comiendo y bebiendo donde los patrones porque saben tocar guitarra y están siempre listos para el cargamontón.

—El prefecto me mandará dos policías y una orden de grado o fuerza —decía don Santiago—. Además, he avisado a los Otoyá y a todos los hacendados de la región para que vengan esta noche. En la madrugada empezaremos el chaco. ¡No se me escapará Sixto Molina! Quiso joder a mi hijo. Esta vez sí que lo cazamos de verdad. Vamos a limpiar el lugar de la malayerba.

Más tarde sentimos los gritos que venían de las afueras. Mucha gente se despertó en la comunidad. Ya traían a los Pauca. Como dijo don Santiago, los traían amarrados a las monturas, poniendo los caballos al galope para que los Pauca tuvieran que apurarse y dar de saltos por todo lugar para no caer al suelo y ser arrastrados.

Don Santiago se rió de ellos cuando entraron, a uno le quemó la punta de la nariz con el cigarro y después dijo que se los llevaran a la hacienda y los guardaran allí hasta el día siguiente. Pero Justo Arrayán no quiso dejarlos partir así no más y comenzó a patearlos cuando estaban con las manos amarradas.

—¿Dónde está Sixto? —preguntaba—. Ustedes dos y él me golpearon en la puerta de la hacienda, cuando salí a defender al niño José.

—Déjalos —decía don Santiago—. ¡No les des tan fuerte! No quiero ver huesos rotos. Después habrá que llevarlos cargados.

Un grupo de cholos se los llevaron, los demás se quedaron en la chichería. Como se estaban emborrachando, don Santiago mandó que prepararan ayaco-

chupe para todos. A la Pauca la habían traído a la mesa y le metían la mano por debajo de las polleras y la manoseaban.

— ¡No les haremos nada a tus hermanos, palomita linda! —le decían—. ¡Dinos, pues, para dónde se ha ido Sixto, florecita de Huaripampa!

Como la Pauca no decía nada, le dieron chicha, la hicieron cantar y hasta bailaron con ella. La chola hacía todo, sin saber por qué, casi llorando, hasta que se tiró al suelo y se quedó acurrucada junto al fogón.

Don Santiago mandaba a cada rato a un hombre para que le averiguara algo o para que le trajera una botella fina de la hacienda. Con tanta botella se iban quedando callados, que ni el ayacochupe les tiraba palabras y así pasaba la noche y cerca del amanecer se quedaron todos dormidos, con las bocas que babeaban, sin quitar las manos de sus fusiles.

Yo salí, porque era el momento de avisarle a Sixto. En la calle ancha me encontré con los Otoya y otros hacendados que venían en trote hacia la chichería. Todos se odiaban con don Santiago y en época de cosecha o cuando había concurso de ganado discutían en Huancayo delante de los jurados y hasta se agarraban a trompadas. Pero cuando había un cholo de por medio se volvían amigos y se ayudaban. Ellos se prestaban a sus cholos o se los quitaban, según su humor, pero generalmente los juntaban en sus haciendas, dándoles plata o como fuese, porque el que tenía cholos era el más rico.

Por la casa de Sixto ya había pasado la mala gente porque estaba abierta y llena de roturas. Su corral no guardaba ningún borrego. Seguro que Sixto los arreó para los potreros antes de escaparse pero no debía haberse ido muy lejos, con los caminos tan custodiados.

Ni siquiera el alambrado de los gringos pudiera haber pasado porque don Santiago también les había dicho de cuidarlos.

El viejo Pedro Limayta estaba de madrugada, a la puerta de su casa, cuando yo iba a cruzar el pueblo.

— ¡Lo matarán! —me dijo—. ¡He visto ya tantas cosas! ¡Pedacitos lo van a hacer y hasta los perros se lo comerán! Vino temprano para dejarme sus borregos y llevarse mi fusil. Me dijo que se iba para Huancayo pero mentira, que de aquí no se va. Debe estar allá arriba, en el cerro de Marcapampa.

Yo le pedí su caballo.

—¿Para qué? ¡Si no se escapará! Ni siquiera lluvia hay, ni nubes para que se esconda. Todo está amarillo y quemado. Ni una perdiz podrá esconderse en el pajonal.

De todos modos, yo me llevé su caballo amarrado con una soga. En las afueras de Huaripampa me encontré con los guardias civiles que llegaban. Me preguntaron por la chichería de Basilisa Pérez. Yo les señalé el camino, monté al pelo y me fui para la salida del pueblo.

Cuando iba a tomar el camino del roquedal, dos cholos aparecieron, me llamaron, corrieron detrás de mí, saltando las tapias, hasta que me empuñaron.

—¿Adónde llevas el caballo de Limayta? —me preguntaron—. Ordenes tenemos del patruncito de que nadie salga ni entre por aquí. Chaco van a hacer hoy día, dicen en la hacienda.

Yo dije que llevaba el caballo a pastear pero no me hicieron caso y me arrearon para el pueblo. Yo regresé un trecho y quise salir por otro lado pero habían allí más cholos de don Santiago. Todo Huaripampa, en verdad, parecía estar ocupado por sus sirvientes.

Como no tenía nada que hacer, me fui para la plaza. El sol ya había salido todo, en un cielo pelado que no echaba una sola sombra. Delante de la chichería estaban reunidas todas las gentes. Eran tantas que no entraban en las tiendas y estaban esparcidas por todo sitio. Don Santiago ya estaba sobre su caballo, junto a los policías y a los hermanos Otoyá.

— ¡Ya cantaron los Pauca! —decía—. Sixto se ha ido para los cerros. Dicen que piensa escaparse para Huancayo pero ya mi gente está guardando el camino. Si alguno de ustedes lo ve, tiene que avisar y disparar sólo para asustarlo.

Después se dividieron por parejas. Unos se iban para la hacienda, otros para el río, otros para el camino de Jauja, otros para el de Huancayo. Eran más de sesenta jinetes. Estaban no solo los hacendados del vecindario sino también sus mayordomos y todos sus pongos. Mientras se separaban, se iban haciendo adiós con la mano, se quitaban los sombreros y se reían fuerte en la mañana, igualitos de alegres que cuando los cholos se van a emborracharse a una feria.

Con el chiuchi Antonio, que vino de la hacienda los fuimos siguiendo. Primero íbamos detrás de unos, después detrás de otros, montados los dos en el caballo de Limayta. Cada vez se iban separando más, formando una rueda enorme que iba a envolver toda la comunidad. Yo miraba el cielo, que seguía pelado, limpio, azul por todos sus costados, cielo de verano huaripampino. Pensaba que Sixto estaba escondido en algún sitio mirando también el cielo y que vería aparecer en el cielo primero un jinete por un lado y después otros por otro lado y así jinetes por todas partes, juntándose cada vez más, cada vez más, hasta quedar encerrado y solo en un cerco redondo de ca-

ballos.

El chiuchi Antonio estaba prendido de mi espalda y temblaba tanto que me hacía perder la rienda.

— ¡Son fusiles de verdad! —decía—. Yo vi una vez en la hacienda al niño José que con uno de ellos mató a una mula que se había roto una pata. Primero le acarició el morro y después le apuntó entre los dos ojos. ¡Ah, la mulita que pataleó y quiso pararse, pero se quedó tiesa y por la noche estaba llena de moscas!

Nos tocó ir detrás de Justo Arrayán, que iba muy despacito, mirando aquí y allá, metiendo los ojos en las acequias, parándose bajo los árboles o aguaitando tras de las tapias. Cuando veía a otro jinete del chaco, allá a lo lejos, gritaba “ ¡Libre!” y el otro le respondía “ ¡Libre!”. Así, por todo sitio, nos venía esta voz y cuando llegamos al roquedal de los zorros, la voz nos rebotaba de las peñolerías, tantas veces que ya ni oírla queríamos y después ni la oíamos ya, que nos era tan natural como el ruido del agua.

Cuando el sol ya quemaba, los jinetes comenzaron a juntarse en la puna. Los pastos estaban amarillos y comidos. Como todo era plano, se veía un jinete por aquí, otro por allá, que iban avanzando hacia el cerro Marcapampa. A un lado de Justo Arrayán estaba Celestino Pumari y al otro uno de los hermanos Otoya, el que dicen que es tuerto porque hasta de noche anda con anteojos negros.

A mitad de la pampa vimos a don Santiago que llegaba al galope gritando “ ¡Libre!” desde lejos y sacándose el sombrero.

— ¡Ni que fuera gusano! —dijo—. ¡Nadie ha visto todavía a este condenado hijo de puta!

Otoya y Pumari, que se acercaron, dijeron que tampoco habían visto nada.

—Vayan hasta el alambrado —ordenó don Santiago—. Allí nos juntaremos.

Tres nubecitas avanzaban en fila por encima de Marcapampa.

—Mira —le dije al chiuchi Antonio—. ¡Si caminaran más rápido, si vinieran otras detrás! El cerro se pone como jabón con la lluvia.

Seguimos mirando el cielo mientras avanzábamos. Las tres nubes crecieron, se juntaron, formaron una sola mancha, se dividieron en pedacitos y, pasando sobre nosotros, se perdieron, blancas, sobre las tierras de la hacienda. Detrás no venía nada. Detrás sólo venía el cielo azul y el sol que seguía quemando.

Al llegar al alambrado de los gringos, vimos muchos jinetes reunidos. Otros se habían quedado cercando el cerro. Don Santiago hablaba con gente que había detrás de los alambres. Había un hombre con bigote y botas, que tenía un lente para ver de lejos. Con el lente miraba el cerro y luego se lo pasaba por entre los alambres a don Santiago. Todo el mundo quería mirar con él y estiraba la mano.

—¡Atrás, mierdas! —gritó don Santiago—. ¡Esto no es un juego! ¡Si no ha salido por aquí ni por mi fundo ni por donde los Otoya, debe estar en el cerro o que me arranquen los cojones!

Como muchos tenían hambre, habían desmontado y comenzaron a comer y a fumar. Dos o tres cholos se echaron a dormir sobre la paja. El chiuchi Antonio y yo mirábamos el cerro, tratábamos de mirar bien, tanto, que mis ojos me engañaban y por todo sitio veía cuerpos o cosas que se movían.

—Ni agarrar el fusil podrá —le decía al chiuchi Antonio—. ¡Cómo disparará si tiene un brazo tronchado!

— ¡Todos arriba! —gritó don Santiago—. ¡Se hace ya tarde! Iremos a caballo hasta la falda del cerro, después subiremos a pie.

Cuando todos montaban, aparecieron por la puna los primeros comuneros de Huaripampa. Venían caminando en fila o por grupos y se quedaron parados, lejos de nosotros. Detrás venían algunas mujeres, que se sentaron en la paja. Eran bastantes pero no se movían, solo miraban a los jinetes.

—¿Qué quiere esa gente? —preguntó don Santiago a Pumari.

Pumari se acercó un trecho a ellos, les gritó desde lejos y luego regresó, trotando:

—... Dicen que no quieren nada, que se están no más en sus pastos.

Don Santiago partió con toda la gente y cuando habíamos andado un poco, vimos otra fila de comuneros que venía por el costado del cerro. También se quedaron lejos, parados, mirando cómo cabalgábamos. Al llegar a la falda volteamos la cabeza. Los comuneros habían avanzado un poco pero se habían vuelto a parar. Así como nosotros envolvíamos el cerro de Marcapampa, ellos también nos envolvían a nosotros.

— ¡Alto! —dijo don Santiago y quedó pensando, mirando hacia los huaripampinos, mientras se jalaba la mandíbula hacia adelante, como si se la quisiera arrancar. Se le veía viejo, arrugado por la mala noche y hasta con cara de indio, de tanto andar junto a los indios.

— ¡Sigamos! —dijo al fin, poniendo su caballo al galope.

Cuando llegamos a la falda del Marcapampa, los huaripampinos habían vuelto a avanzar un trecho

más. Conforme los mirábamos, se iban quedando tiesos. Don Santiago volteó otra vez la cabeza para ver cómo se alineaban, como santones, a la distancia.

—Esto no me gusta —dijo y otra vez se puso caviloso. Todos estábamos callados, mirándolo. Don Santiago comenzó a caracolear con su caballo, de un lado a otro, mirando el cerro, mirando a los comuneros. Daba vueltas en redondo, cejaba, manejaba como un trapo a su caballo, el mejor de lo mejor de todas estas tierras.

—La mitad se quedará aquí abajo —dijo—. El resto subirá conmigo. Y que no me avance esa gente, ¿entienden?

Los jinetes desmontaron y unos treinta quedaron guardando los caballos mientras el resto empezaba a subir el cerro, cada cual por su lado.

Marcapampa es un cerro largo y peñascoso, con dos pendientes, una a cada extremo. Los costados son filudos y caen a pico sobre la pampa. Entre la roca crece la paja alta porque ni siquiera los borregos suben allí para morderla. Hay florecitas y cactus redondos y huesos de pájaros tirados por todo sitio.

La subidita por donde Sixto y los Pauca me llevaron una tarde, no la encontraron los cholos; por eso iban trepando a poquitos, agarrándose con las manos y hasta con la quijada de las peñas. Y con el chiuchi Antonio íbamos por detrás, despacio, sin decir nada, perdiendo cada vez más el aliento y mirando las caras de los cholos, que estaban ojerosas y negras como caras de apestados.

A la mitad, un cholo se resbaló y se vino cabeza abajo. Era un pongo de los Otoyá. Mucha gente se alarmó y hasta medio que empezó la desbandada. Don Santiago empezó a gritar que nadie bajara a reco-

gerlo, que los que estaban abajo subirían. Y así, primero unos, después otros, fuimos llegando a la explanada que está antes de la cumbre.

Allí todos se reunieron. Don Santiago estaba con la lengua afuera y se sujetaba los riñones como para que no se le cayeran pero seguía con su cigarro pegado al labio.

—Si no está en las ruinas, todo se va a la mierda —decía—. De ahora en adelante pongan cuidado, miren hasta debajo de las piedras.

La explanada que va hasta las ruinas está descubierta, de modo que no hay ni sitio donde esconderse. Por eso todos avanzaban a campo raso, moviendo primero un pie, después el otro, un poco agachados, con los fusiles preparados y sin quitar los ojos de adelante.

—Aquí nomás quedémonos —me dijo el chiuchi Antonio.

Era terrible ver cómo avanzaba esa gente, por ese cerro donde nunca subía nadie, bajo un cielo tan azul. Yo me quedé parado, mirando las punas de alrededor, los alambrados, los cholos que se habían quedado abajo y más allá los comuneros que formaban una mancha muy larga que ni se movía. Ya no valía la pena, verdaderamente, seguir más adelante.

Allí nos quedamos, viendo cómo el chaco se había ya cerrado y envolvía las últimas piedras. Después se perdió entre las ruinas. Yo miraba al chiuchi Antonio a la cara y por primera vez me di cuenta que era parecido a mí, que podía pasar por mi hermano. Mi cara, como la suya, debía estar también ahora color de ceniza, casi vieja, sin tiempo, como una de las tantas piedras que habían allí tiradas.

Nosotros mirábamos el silencio pero el silencio se-

guía durando y duraba cada vez más y duraba tanto que otra vez en el cielo vimos aparecer las nubes. Esta vez sí venían en grupos de distinto tamaño, venían muy rápido, se detenían, cambiaban de dirección y volvían a caminar. Así se vinieron sobre Marcapampa, hicieron un poco de sombra, se estuvieron un rato allí, pero después el calor las arreó hacia las cumbres de Jauja.

Cuando otra vez todo brillaba, don Santiago salió de las ruinas seguido de su gente. Caminaba rápido, mirando el suelo y echando humo por toda la cara. En la explanada se paró, dio una vuelta y comenzó a pasearse. Todos lo rodeaban. Parecía que nadie quería hablar. El chiuchi y yo nos habíamos acercado y mirábamos cómo detrás de las ruinas iban apareciendo los últimos cholos, un poco asustados, mirando hacia atrás.

— ¡Esto se jodió! —dijo don Santiago—. ¡Diez horas de chaco y nada! ¿Quién mierda dijo que estaba en Marcapampa?

Yo miré al chiuchi Antonio y vi que su cara se ponía roja, como la cara de una mujer a la cual han besado, cuando en ese momento escuchamos los gritos, que venían de abajo. Al principio no sabíamos ni quién gritaba, si los cholos que cuidaban los caballos o si los comuneros de Huaripampa. Todos corríamos hasta el borde de la explanada, donde la ladera cae en la hondura sobre la puna. Los cholos que cuidaban los caballos, señalaban para arriba y gritaban:

— ¡Allá va, allá va!

No podía ser sino Sixto el que bajaba de Marcapampa por la peñolería. Era un bulto encogido que se dejaba rodar entre las piedras para elevarse a veces por los aires y desaparecer entre las grietas. Don San-

tiago, los dos guardias y uno de los Otoya comen-  
zaron a seguirlo.

— ¡Está armado, tiene fusil! — gritaban desde abajo.

Los demás cholos quedaron un momento parados pero después se fueron detrás de don Santiago. El chiuchi Antonio y yo, en lugar de bajar por la ladera, nos fuimos caminando por la explanada para ver todo desde arriba. Sixto seguía bajando, a veces parecía que se estaba cayendo, a veces que estaba volando, así como los venados, cuando Limayta y yo hemos ido a cazarlos, con sus pies ni que se le ven, su cuerpo más rato en los aires que sobre la tierra.

Empezaron a sonar los tiros, de abajo y de arriba. Pero era difícil darle porque cada vez que uno de los guardias apuntaba, tenía que detenerse, apoyarse en una peña y mientras Sixto ya se había hecho peque-  
ñito o se había alejado.

Sixto desapareció. Nadie sabía dónde estaba. Ni los que corrían por la pampa ni los que bajaban por la ladera. El Otoya de los anteojos negros fue el primero en seguir bajando y de pronto sonó un disparo y lo vimos rodar dando de gritos. Sus hermanos y don Santiago corrieron donde él, que se había puesto de pie y caminaba tropezándose como un ciego. Desde arriba vimos que se le habían caído los anteojos y se agarraba la cara.

— ¡Allá va! — seguían gritando desde la pampa.

Otra vez Sixto se dejó ver: era como una piedrecita, que rebotaba de grieta en grieta y llegaba a los pajonales. Pero ya los Otoya estaban detrás de él y don Santiago y los guardias, y de abajo lo iban cercando.

— ¿Adónde corre? — me preguntaba el chiuchi Antonio—. Si de aquí se ve clarito que lo están esperando.

Era cierto, desde arriba se podía ver que corría hacia los fusiles. Después ya no sentimos sino los disparos, disparos por todo sitio. Humo veíamos y apesta-ba a azufre pero seguían los disparos, cada vez más rápidos. Parecía que nunca iban a terminar. Después sonó un último tiro y después ya nada más. Todo pa-saba tan lejos que ni siquiera podíamos ver. Era un grupo de gente que llegaba corriendo y formaba un remolino al pie del cerro. Allí se estuvieron parados un rato muy largo y después empezaron a moverse. Yo creí que se iban a ir todos juntos pero no: don Santiago partió solo por un lado, tan al galope que su sombrero voló con el viento y no se dio el trabajo de recogerlo. Los Otoyas se fueron por otro, llevando a su hermano que tenía un trapo amarrado en la cabeza. Los cholos y los celadores se fueron hacia la carre-tera. Todos se iban rápido, casi asustados, como si les hubieran dicho que Marcapampa y todas sus piedras iban a derrumbarse sobre sus cabezas. Y en verdad que solo ahora, y nosotros no nos habíamos dado cuenta, habían llegado las nubes, las verdaderas.

El chiuchi Antonio y yo empezamos a bajar por la ladera, bajo los goterones, resbalándonos, rompién-donos los llanques, hasta que llegamos al lugar, justo al borde de los pajonales. Lo habían dejado tirado allí, como si fuera un borrego despeñado. Estaba caí-do como solo saben caer los muertos, con todos sus brazos y sus piernas torcidos y hasta con el cuello torcido. Tenía los ojos abiertos y solo su boca se mo-vía y cada vez que se movía salía un globo rojo que se hinchaba y reventaba.

Nosotros también nos fuimos cuando los comuneros habían comenzado a acercarse, callados siempre, formando un muro alrededor del muerto. Nadie lloró

ni soltó un gemido. Solo miraban ese cuerpo agujereado, que la lluvia atravesaba como un colador.

**(Escrito en París en 1961)**

# SATIRA POLITICA

## EL BANQUETE

**C**on dos meses de anticipación, don Fernando Pasamaño había preparado los pormenores de este magno suceso. En primer término, su residencia hubo de sufrir una transformación general. Como se trataba de un caserón antiguo, fue necesario echar abajo algunos muros, agrandar las ventanas, cambiar la madera de los pisos y pintar de nuevo todas las paredes. Esta reforma trajo consigo otras y —como esas personas que cuando se compran un par de zapatos juzgan que es necesario estrenarlos con calcetines nuevos y luego con una camisa nueva y luego con un terno nuevo y así sucesivamente hasta llegar al calzoncillo nuevo— don Fernando se vio obligado a renovar todo el mobiliario, desde las consolas del salón hasta el último banco de la repostería. Luego vinieron las alfombras, las lámparas, las cortinas y los cuadros para cubrir esas paredes que desde que estaban limpias parecían más grandes. Finalmente, como dentro del programa estaba previsto un concierto en el jardín, fue necesario construir un jardín. En quince días, una cuadrilla de jardineros japoneses edificaron, en lo que antes era una especie de huerta salvaje, un maravilloso jardín rococó donde había cipreses tallados, caminitos sin salida, laguna de peces rojos, una gruta para las divinidades y un puente rústico de madera, que cruzaba sobre un torrente imaginario.

Lo más grave, sin embargo, fue la confección del menú. Don Fernando y su mujer, como la mayoría de la gente proveniente del interior, sólo habían asistido en su vida a camilonas provinciales, en las cuales se mezcla la chicha con el whisky y se termina devorando los cuyes con la mano. Por esta razón sus ideas acerca de lo que debía servirse en un banquete al presidente, eran confusas. La parentela, convocada a un consejo especial, no hizo sino aumentar el desconcierto. Al fin, don Fernando decidió hacer una encuesta en los principales hoteles y restaurantes de la ciudad y así pudo enterarse que existían manjares presidenciales y vinos preciosos que fue necesario encargar por avión a las viñas del mediodía.

Cuando todos estos detalles quedaron ultimados, don Fernando constató con cierta angustia que en ese banquete, al cual asistirían ciento cincuenta personas, cuarenta mozos de servicio, dos orquestas, un cuerpo de ballet y un operador de cine, había invertido toda su fortuna. Pero, al fin de cuentas, todo dependió le parecía pequeño para los enormes beneficios que obtendría de esta recepción.

—Con una embajada en Europa y un ferrocarril a mis tierras de la montaña rehacemos nuestra fortuna en menos de lo que canta un gallo —decía a su mujer—. Yo no pido más. Soy un hombre modesto.

—Falta saber si el presidente vendrá —replicaba su mujer.

En efecto, don Fernando había omitido hasta el momento hacer efectiva su invitación. Le bastaba saber que era pariente del presidente —con uno de esos parentescos serranos tan vagos como indemostrables y que, por lo general, nunca se esclarecen por el temor de encontrarles un origen adulterino—

para estar plenamente seguro que aceptaría. Sin embargo, para mayor seguridad, aprovechó su primera visita a palacio para conducir al presidente a un rincón y comunicarle humildemente su proyecto.

—Encantado —le contestó el presidente—. Me parece una magnífica idea. Pero por el momento me encuentro muy ocupado. Le confirmaré por escrito mi aceptación.

Don Fernando se puso a esperar la confirmación. Para combatir su impaciencia, ordenó algunas reformas complementarias que le dieron a su mansión el aspecto de un palacio afectado para alguna solemne mascarada. Su última idea fue ordenar la ejecución de un retrato del presidente —que un pintor copió de una fotografía— y que él hizo colocar en la parte más visible de su salón.

Al cabo de cuatro semanas, la confirmación llegó. Don Fernando, quien empezaba a inquietarse por la tardanza, tuvo la más grande alegría de su vida. Aquel fue un día de fiesta, una especie de anticipo del festín que se aproximaba. Antes de dormir, salió con su mujer al balcón para contemplar su jardín iluminado y cerrar con un sueño bucólico esa memorable jornada. El paisaje, sin embargo, parecía haber perdido sus propiedades sensibles pues donde quiera que pusiera los ojos, don Fernando se veía a sí mismo, se veía en chaqué, en tarro, fumando puros, con una decoración de fondo donde —como en ciertos afiches turísticos— se confundían los monumentos de las cuatro ciudades más importantes de Europa. Más lejos, en un ángulo de su quimera, veía un ferrocarril regresando de la floresta con sus vagones cargados de oro. Y por todo sitio, movediza y transparente

como una alegoría de la sensualidad, veía una figura femenina que tenía las piernas de una coccotte, el sombrero de una marquesa, los ojos de una tahitiana y absolutamente nada de su mujer.

\* \* \*

El día del banquete, los primeros en llegar fueron los soplones. Desde las cinco de la tarde estaban apostados en la esquina, esforzándose por guardar un incógnito que traicionaban sus sombreros, sus modales exageradamente distraídos y sobre todo ese terrible aire de delincuencia que adquieren a menudo los investigadores, los agentes secretos y en general todos los que desempeñan oficios clandestinos.

Luego fueron llegando los automóviles. De su interior descendían ministros, parlamentarios, diplomáticos, hombres de negocios, hombres inteligentes. Un portero les abría la verja, un ujier los anunciaba, un valet recibía sus prendas y don Fernando, en medio del vestíbulo, les estrechaba la mano, murmurando frases corteses y conmovidas.

Cuando todos los burgueses del vecindario se habían arremolinado delante de la mansión y la gente de los conventillos se hacía a una fiesta de fasto tan inesperado, llegó el presidente. Escoltado por sus edecanes, penetró en la casa y don Fernando, olvidándose de las reglas de la etiqueta, movido por un impulso de compadre, se le echó en los brazos con tanta simpatía que le dañó una de sus charreteras.

Repartidos por los salones, los pasillos, la terraza y el jardín, los invitados se bebieron discretamente, entre chistes y epigramas, los cuarenta cajones

de whisky. Luego se acomodaron en las mesas que les estaban reservadas —la más grande, decorada con orquídeas, fue ocupada por el presidente y los hombres ejemplares— y se comenzó a comer y a charlar ruidosamente mientras la orquesta, en un ángulo del salón, trataba inútilmente de imponer un aire vienés.

A mitad del banquete, cuando los vinos blancos del Rhin habían sido honrados y los tintos del Mediterráneo comenzaban a llenar las copas, se inició la ronda de discursos. La llegada del faisán los interrumpió y sólo al final, servido el champán, regresó la elocuencia y los panegíricos se prolongaron hasta el café, para ahogarse definitivamente en las copas de coñac.

Don Fernando, mientras tanto, veía con inquietud que el banquete, pleno de salud ya, seguía sus propias leyes, sin que él hubiera tenido ocasión de hacerle al presidente sus confidencias. A pesar de haberse sentado, contra las reglas del protocolo, a la izquierda del agasajado, no encontraba el instante propicio para hacer un aparte. Para colmo, terminado el servicio, los comensales se levantaron para formar grupos amodorrados y digestónicos y él, en su papel de anfitrión, se vio obligado a correr de grupo en grupo para reanimarlos con copas de menta, palmaditas, puros y paradojas.

Al fin, cerca de medianoche, cuando ya el ministro de gobierno, ebrio, se había visto forzado a una aparatosa retirada, don Fernando logró conducir al presidente a la salita de música y allí, sentados en uno de esos canapés que en la corte de Versalles servían para declararse a una princesa o para desbaratar una coalición, le deslizó al oído su modesta de-

manda.

—Pero no faltaba más —replicó el presidente—. Justamente queda vacante en estos días la embajada de Roma. Mañana, en consejo de ministros, propondré su nombramiento, es decir, lo impondré. Y en lo que se refiere el ferrocarril sé que hay en diputados una comisión que hace meses discute ese proyecto. Pasado mañana citaré a mi despacho a todos sus miembros y a usted también, para que resuelvan el asunto en la forma que más convenga.

Una hora después el presidente se retiraba, luego de haber reiterado sus promesas. Los siguieron sus ministros, el congreso, etc., en el orden preestablecido por los usos y costumbres. A las dos de la mañana quedaban todavía merodeando por el bar algunos cortesanos que no ostentaban ningún título y que esperaban aún el descorchamiento de alguna botella o la ocasión de llevarse a hurtadillas un cenicero de plata. Solamente a las tres de la mañana quedaron solos don Fernando y su mujer. Cambiando impresiones, haciendo auspiciosos proyectos, permanecieron hasta el alba entre los despojos de su inmenso festín. Por último, se fueron a dormir con el convencimiento de que nunca caballero limeño había tirado con más gloria su casa por la ventana ni arriesgado su fortuna con tanta sagacidad.

A las doce del día, don Fernando fue despertado por los gritos de su mujer. Al abrir los ojos, la vio penetrar en el dormitorio con un periódico abierto entre las manos. Arrebatándoselo, leyó los titulares y, sin proferir una exclamación, se desvaneció sobre la cama. En la madrugada, aprovechándose de la recep-

ción, un ministro había dado un golpe de estado y el presidente había sido obligado a dimitir.

(Escrito en Lima en 1958)

## LOS MORIBUNDOS

**A** los dos días que empezó la guerra comenzaron a llegar a Paita los primeros camiones con muertos. Mi hermano Javier me llevó a verlos a la entrada del hospital. Los camiones se detenían un momento frente al portón y los enfermeros salían para echarles una ojeada. A veces encontraban a un moribundo entre tanto cadáver, lo ponían en una camilla, lo metían rápidamente al hospital y el camión seguía rumbo al cementerio.

—Los que tienen polainas son los ecuatorianos —decía Javier—. Los que tienen botas son los peruanos.

Pero estos detalles me tenían sin cuidado pues lo único que me interesaba era ver cómo los muertos, al morir, trataban de abrir la boca y de enseñar los dientes, aunque fuera los dientes rotos, a través de los labios rotos. Me llamaba la atención la risa de los muertos, una risa que yo encontraba, no sé por qué, un poco provocadora, como la risa de aquellas personas que lo hacen sin ganas, solamente por fastidiarnos la paciencia. Otra impresión no me producían los muertos, quizás porque había demasiados y su misma abundancia destruía ese efecto patético que produce el muerto solidario. Ya no parecían hombres los muertos en camionadas. Parecían cucarachas o pescados.

—¿Y por qué los traen hasta aquí? —le pregunté

a Javier— ¿Por qué no los dejan en Tumbes o los entierran en la frontera?

—No sé —me respondió—. Yo creo que los traen vivos pero que se mueren en el camino.

Cuando regresábamos a la casa, me enseñó dos tiendas que estaban con las puertas cerradas. En ambas habían pintado con tiza la palabra MONO.

—A los ecuatorianos les dicen MONOS —me explicó—. Estas tiendas son de MONOS, que no abren porque tienen miedo o porque se han ido. En Paita y en Tumbes hay bastantes MONOS. A nosotros, en Ecuador, nos dicen GALLINAS porque hemos perdido todas las guerras, la con Chile, la con Colombia. . . qué sé yo. . . Pero ésta sí que no la perdemos.

En la casa, mi hermana Eulalia estaba llorando porque a su novio Marcos, que es teniente, lo habían destacado a la frontera. Esa mañana había recibido una carta de él desde Tumbes, en la que contaba la batalla de Zarumilla y la captura de Puerto Bolívar. Mi mamá le daba valeriana para calmarle los nervios y encendía velas a todos los santos. Mi papá, en cambio, no hacía sino renegar de la mañana a la noche. Las clases del Colegio Nacional, donde es profesor, habían sido suspendidas a causa de la guerra y por esta razón andaba ocioso por la casa, sin saber qué hacer con su enorme mañana en blanco.

— ¡A mí qué me importa la guerra! —exclamaba— Si todos supieran bien su cartilla y su tabla de multiplicar no tendrían por qué estarse matando. ¡Y yo que pensaba aplazar esta semana a Pérez en botánica!

Pronto los muertos no entraron ya en el cementerio ni los heridos en el hospital. A los muertos comenzaron a enterrarlos cerca del río y a los heridos a guar-

darlos en el municipio y en el Colegio Nacional. Mi papá salió muy alborotado cuando se enteró de esto, para ver qué iba a pasar con su salón de clase. Todos esperábamos que regresaría rabiando pero llegó muy orondo, con un brazalete rojo en la manga de su camisa.

—Pertenezco al cuerpo de requisición de cuartos vacíos —dijo—. Tengo que regresar esta tarde al colegio para ver dónde metemos a los heridos. Hoy han llegado siete ambulancias.

Esa noche vino Marcos del frente. Lo habían mandado a Paita con una misión especial. Lo primero que hizo fue venir a casa y se estuvo allí hablando hasta tarde. Mi hermana lo tocaba por todas partes, para ver si no estaba herido, sorprendida de que viniera de la guerra sin que le faltara un brazo o por lo menos un dedo.

—Déjame que me haces cosquillas —se quejaba Marcos y seguía contando la batalla de Zarumilla y la captura de Puerto Bolívar. Algunos vecinos habían venido para escucharlo.

—¿Es verdad que lanzamos paracaidistas? —le preguntaron.

—Lanzamos seis. Uno de ellos cayó en el mar y fue recogido por una lancha ecuatoriana. Pero los otro cinco capturaron el puerto.

—Y esta guerra, ¿la ganamos o no?

—Ya está ganada.

—¡Viva el Perú! —gritó uno de los vecinos. Nadie le hizo caso.

Al día siguiente mi padre llegó a la casa muy cam-pante:

—Hoy he tenido siete heridos en la parroquia y cuatro en la casa de Timoteo Velázquez, que tiene

huerta. ¡Y que no me frieguen mucho ni me miren de reojo en la calle porque les meto heridos en su casa!

Nuestro turno no tardó en llegar. Fue la primera noche que Marcos regresó al frente y que mi hermana se arrastró por la casa dando de gritos. Ya la habían calmado y todo estaba en silencio cuando tocaron la puerta de la calle. Alguien decía en la calzada:

—Requisición de cuartos vacíos.

Después sentí que mis padres caminaban por la sala.

—¿Pero tú habías declarado que teníamos cuartos? —preguntaba mi mamá.

—Dije sólo que teníamos un depósito desocupado. Estos heridos me los debe haber mandado Timoteo Velázquez, en venganza.

—Habrán que recibirlos, pues. ¿Son peruanos o ecuatorianos?

Mi hermano Javier se levantó y entreabrió la puerta para espiar. Yo lo imité y ambos vimos cómo atravesaban la sala los enfermeros llevando dos parihuelas. Mi papá, en pijama, los guiaba por el corredor que conduce a la cocina.

—Dentro de un rato iré a ver quiénes son los heridos —dijo Javier, poniéndose sus pantuflas—. Tú no te muevas de acá.

Cuando sentimos que los enfermeros se iban y que los viejos se acostaban, Javier salió del dormitorio con su linterna. A los cinco minutos regresó.

—¿Son peruanos o ecuatorianos? —le pregunté.

—No sé —me respondió confundido—. No tienen botas ni polainas. Están descalzos.

Al día siguiente me desperté muy temprano. La

presencia de esos soldados me causaba cierta opresión, como si al fin la guerra hubiera metido sus zarpas en nuestra casa.

Apenas mi madre partió para la misa de seis, me levanté y me fui corriendo al depósito. Sin el menor miramiento abrí la puerta de par en par y quedé plantado delante de los heridos. Los habían tirado en dos colchonetas de paja y ambos, a pesar de la hora, estaban con los ojos abiertos, mirando fijamente las vigas del techo. Uno de ellos estaba color ceniza y sudaba y el otro tenía un brazo vendado fuera de la cama y las mejillas hundidas. Aparte de esto no vi en ellos nada especial. Parecían dos pastorcitos cajamarquinos o dos de esos arrieros que yo había visto caminando infatigables por las punas de Ancash.

—“Son peruanos —pensé—. Los ecuatorianos deben ser más peludos”.

Me iba a retirar, un poco decepcionado, cuando uno de ellos dijo algo. Al volverme, vi que el pálido movía los labios:

—Agua. . .

Al decir esto, sacó una pierna por debajo de las sábanas y me mostró su rodilla: una herida se abría redonda y violácea, como una hortensia en toda su floración.

Yo corrí a la cocina, sintiendo una especie de vértigo y allí me encontré con mi hermana, que ponía la tetera en el fogón.

—¿Qué te pasa? —me preguntó— ¡Se te ha ido la sangre de la cara!

—Uno de los heridos quiere agua —le respondí—. Tiene un tumor horrible en la rodilla.

—¡No se la des! —chilló Eulalia— Que se mueran

de sed, que revienten esos pestíferos. ¡Son ecuatorianos! Ellos son los que disparan contra Marcos. ¿Por qué los han traído acá? ¡Si no se van de la casa me voy a tirar al mar!

Ya comenzaba a llorar y yo no sabía qué hacer.

—¿Quién te ha dicho que son ecuatorianos?— le pregunté.

—No sé. Anoche oí algo cuando me iba a dormir. ¡Ay, virgencita mía, nuestra casa con los asesinos de Marcos!

Yo serví un vaso de agua y no supe si dárselo a Eulalia para calmarla o si llevárselo al herido. Por último me lo bebí. En ese momento apareció mi padre.

—¿Qué haces tú sin zapatos? —gritó y se llevó a mi hermana a zamacones. Poco después regresó. Yo estaba inmóvil, con el vaso vacío en la mano.

—Seguro que has estado viendo a los heridos —me dijo—. ¿No se nos ha muerto ninguno por la noche?

—El que está medio cojo quiere agua.

—Vamos a dársela —me respondió.

Cuando entramos al depósito los heridos parecían dormitar.

—Ese es el peruano —dijo señalando al que había pedido agua—. Eh, tú, abre los ojos, ¿no quieres refrescarte un poco?

Cuando el soldado abrió los ojos, mi padre, que avanzaba el brazo, se contuvo.

—Creo que me he equivocado, este es el ecuatoriano. ¡Caramba, ayer me dijeron cuál era cuál! Ya me olvidé. ¿De dónde eres tú?

El soldado no respondió: se limitaba a mirar el vaso que mi padre sostenía en la mano.

—Toma —dijo—. Me dirás después de dónde eres.

El soldado bebió y, recostándose en la almohada, se volvió contra la pared y se echó a dormir.

—Pregúntale al otro —dije.

El otro había abierto los ojos y nos miraba o trataba de mirarnos, como si fuéramos sombras o pesadillas. Sus mejillas se le hundían bajo los pómulos y el mentón se le caía, dejando ver la punta de una sonrisa.

—¿Tú eres peruano? —preguntó mi padre.

El soldado abrió más la boca, parecía que se iba a reír ya, como los moribundos del camión, pero sólo dijo una palabra que no entendimos.

—¿Qué demonios dice? —preguntó mi padre— Parece que tuviera un nudo en la lengua. Esperaremos que vengan los enfermeros para que los reconozcan. Ellos sí saben de dónde son.

Los enfermeros vinieron sólo en la tarde. Estaban muy atareados y decían que se les estaba acabando las medicinas. Cuando los condujimos al depósito convertido en enfermería, examinaron a los heridos. A los dos les pusieron termómetros en el ano y les tomaron la presión.

—El de acá puede todavía curarse —dijo uno de los enfermeros señalando al de la pierna herida—. Pero el otro creo que se nos va.

Al decir esto, lo descubrió para que lo viéramos: tenía un tapón de algodones rojos en la axila y la sábana estaba toda manchada de sangre.

—¿Ese es el peruano? —preguntó mi padre.

Los enfermeros se miraron entre sí, consultaron unas fichas y quedaron mirando a mi padre, desconcertados.

—¿Usted no lo sabe? Con todo este lío se han perdido los documentos de identidad. Se lo averiguare-

mos en el hospital.

Al día siguiente la radio dijo que los ecuatorianos habían capitulado: había sido una guerra relámpago. Hubo una parada en la ciudad y a los escolares nos obligaron a desfilar con una banderita peruana en la mano. Por la noche se realizó una ceremonia en la Municipalidad, en la cual mi padre habló, en nombre de la defensa civil. Y mientras tanto los heridos, olvidados ya, se seguían muriendo en nuestra casa.

Por una confusión de la burocracia militar, esos heridos no figuraban en ninguna planilla y las autoridades querían desentenderse de ellos. En medio del regocijo del armisticio, los moribundos eran como los parientes pobres, como los defectos físicos, lo que conviene esconder y olvidar para que nadie pueda poner en duda la belleza de la vida. Mi padre había ido varias veces al hospital para que le enviaran un médico pero sólo le mandaron de vez en cuando a un enfermero que venía a casa, les ponía una inyección y se iba a la carrera, como después de cometer una fechoría. A la semana, los heridos formaban parte del paisaje de nuestra casa. Mi hermano había perdido el interés por ellos y prefería irse por las playas a cazar patillos y mi madre, resignada, había asumido la presencia de los soldados, entre jaculatorias, como un pecado más.

Una mañana me llevé una enorme sorpresa: al entrar al depósito encontré levantado a uno de los soldados. El de la pierna herida estaba de pie, apoyado contra la pared. Al verme entrar, señaló a su compañero:

—Se está muriendo, niño. Toditita la noche ha llorado. Dice que ya no puede más.

El del brazo herido parecía dormir.

—Yo ya me quiero ir, niño —siguió—. Yo soy del Ecuador, de la sierra de Riobamba. Este aire me hace mal. Ya puedo caminar. Despacito me iré caminando.

Al decir esto, dio unos pasos, cojeando, por el depósito.

—Que me den un pantalón. Ya no tengo calentura Déjenme ir, niño.

Como avanzaba hacia mí, me asusté y salí a la carrera. Mis padres se habían ido al puerto a buscar pescado fresco pues esa noche le daban una comida a Marcos. El soldado salió hasta el corredor y desde allí me seguía llamando. Por suerte, mi hermano Javier llegaba en ese momento de la calle.

—¡Ya sé cuál es el ecuatoriano! —le dije, señalando el corredor— ¡Dice que quiere irse!

Al ver al soldado, Javier buscó su honda en el bolsillo.

—¡Tú eres nuestro preso! —gritó— ¿No sabes que la guerra la hemos ganado? ¡Regresa a tu cuarto!

El soldado vaciló un momento y regresó al depósito, apoyándose en la pared. Javier avanzó por el corredor y puso una tranca en la puerta. Después me miró.

—Montaré guardia —dijo—. De aquí nadie se nos escapa.

Mucha gente importante de la ciudad fue invitada a la comida de esa noche, entre ella, el comandante de la zona y un ecuatoriano que era dueño del “Chimborazo” el bar más grande de Paita. Marcos, que iba mucho a ese bar, había querido que lo invitaran pues dijo que era una comida de “fraternidad”. En medio de la comida llegaron los gritos del depósito.

Después de interrumpirse un momento, los invita-

dos siguieron conversando. Pero como los gritos se repitieron, mi papá se levantó.

—Tenemos unos heridos —dijo, excusándose—. Voy a ver qué pasa —y mirando al dueño del “Chimborazo” agregó—. Uno es paisano de usted, según me he enterado esta mañana.

El ecuatoriano se hizo el desentendido y le llenó la copa al comandante, mientras la conversación empezaba de nuevo. Yo me levanté para seguir a mi papá.

Al entrar al depósito encendimos la luz: el peruano había aventado su ropa de cama y estaba extendido de través sobre el colchón, moviendo las piernas en el aire, como si hiciera gimnasia. Pero bastaba mirarle la cara para darse cuenta que esos movimientos no tenían nada que ver con él y que eran como de otro hombre que tuviera metido dentro del tronco.

Mi papá se agachó para sujetarle las piernas y el herido lo agarró, con su mano sana, de la corbata. Sus ojos lo miraban con terror. Sus labios comenzaron a moverse y por ellos salían sus palabras tan amontonadas que parecían formar un canto sin fin.

—¿Qué quieres? —le preguntaba mi papá— ¿Quieres agua? ¿Quieres que te echen un poco de aire? ¡Pero habla en castellano, si quieres que te entienda! De Jauja, sí, ya sé que eres de Jauja, pero ¿qué más?

El herido seguía hablando en quechua. Mi papá salió rápidamente y se dirigió hacia el comedor.

—¿Alguno de ustedes sabe quechua? —oí que preguntaba.

Algo respondió Marcos y los invitados se echaron a reír. Mi padre reapareció. El moribundo había dejado de mover las piernas y sus palabras eran cada vez más lentas.

El ecuatoriano, que había estado todo el tiempo

completamente cubierto con su sábana, sacó la cabeza.

—Quiere escribir carta —dijo.

—¿Cómo sabes?

—Yo entiendo, señor

Mi papá lo miró sorprendido.

—El y yo hablamos la misma lengua:

Mi padre me mandó traer papel y lápiz. Cuando regresé, le decía al ecuatoriano:

—Díctame, pero claro. Que yo pueda escribir palabra por palabra.

Mi papá comenzó a escribir. Tenía la nariz colorada, como cuando se emborrachaba. El otro soldado le dictaba:

—En la cuadra hay tres caballos, dice. . . el caballo del teniente dice. . . matadura en el anca del caballo del teniente dice. . . con la escobilla dice. . . en la cocina dice. . .

Mi papá dejó de escribir para mirar al ecuatoriano. Este se había sentado en su colchón y miraba fijamente la boca del herido.

—Cólico le dio dice. . . diarrea al teniente el pozo cerca del río. . . se cayó al pozo el caballo del teniente dice. . . Tulio Tulio dice. . .

—¿Quién es Tulio? —pregunto mi papá.

—¡Vivan los patriotas! —gritó alguien en el comedor.

—¡Cierra bien la puerta! —me ordenó mi papá.

—Tulio es su hermano —dijo el soldado—. Siga usted: ya no puedo más dice. . . el caballo del teniente en el campo dice. . . en el campo galopa rápido caballito dice. . . caballito de todos los colores caballito lindo dice. . . ay mi estomaguito dice. . . ay cólico le dio al teniente florcita dice. . . al galope voy montan-

do dice. . . por el campo va dice. . . ya no puedo más dice. . . diarrea dice. . . diarrea le dio al teniente dice. . . diarrea diarrea. . .

El moribundo dejó de hablar y comenzó nuevamente a mover las piernas. Mi papá quiso sujetárselas. Sentimos un mal olor. Vimos que el colchón comenzaba a ensuciarse. El soldado se había zurrado. Cuando mi papá le levantó la cara de los pelos, vimos que reía. Estaba ya muerto.

Los tres quedamos callados. Mi papá enderezó al soldado y lo tapó con la frazada. Después quedó mirando el papel que había escrito y lo leyó varias veces.

—Habrá que mandar esto —dijo—. Pero, ¿a quién?, ¿para qué?

Doblando el papel en cuatro se lo guardó en el bolsillo. En el comedor alguien lanzaba vítores por Marcos.

—¿Cuándo me iré de aquí? —preguntó el ecuatoriano— Este aire me mata, señor. Ya puedo caminar.

Mi papá no le respondió. Regresamos al comedor, donde estaban sirviendo el postre. El dueño del “Chimborazo” descorchaba el champán que había traído de regalo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi mamá por lo bajo, al ver que mi padre estaba de pie junto a la mesa, con su nariz más colorada que nunca.

—Nada —respondió y se sentó en su silla, mirando fijamente la medalla nueva que brillaba en el pecho del comandante.

(Escrito en París en 1961)

SOCIAL REALISTA

## LOS GALLINAZOS SIN PLUMAS

**A** las seis de la mañana la ciudad se levanta de puntillas y comienza a dar sus primeros pasos. Una fina niebla disuelve el perfil de los objetos y crea como una atmósfera encantada. Las personas que recorren la ciudad a esta hora parece que están hechas de otra sustancia, que pertenecen a un orden de vida fantasmal. Las beatas se arrastran penosamente hasta desaparecer en los pórticos de las iglesias. Los noctámbulos, macerados por la noche, regresan a sus casas envueltos en sus bufandas y en su melancolía. Los basureros inician por la avenida Pardo su paseo siniestro, armados de escobas y de carretas. A esta hora se ve también obreros caminando hacia el tranvía, policías bostezando contra los árboles, canillitas morados del frío, sirvientas sacando los cubos de basura. A esta hora, por último, como a una especie de misteriosa consigna, aparecen los gallinazos sin plumas.

A esta hora el viejo don Santos se pone la pierna de palo y sentándose en el colchón comienza a berrear:

— ¡A levantarse! ¡Efraín, Enrique! ¡Ya es hora!

Los dos muchachos corren a la acequia del corralón frotándose los ojos lagañosos. Con la tranquilidad de la noche el agua se ha remansado y en su fondo transparente se ven crecer yerbas y deslizarse

ágiles infusorios. Luego de enjuagarse la cara, coge cada cual su lata y se lanzan a la calle. Don Santos, mientras tanto, se aproxima al chiquero y con su larga vara golpea el lomo de su cerdo que se revuelca entre los desperdicios.

— ¡Todavía te falta un poco, marrano! Pero aguarda no más, que ya llegará tu turno.

Efraín y Enrique se demoran en el camino, trepándose a los árboles para arrancar moras o recogiendo piedras, de aquellas filudas que cortan el aire y hieren por la espalda. Siendo aún la hora celeste llegan a su dominio, una larga calle ornada de casas elegantes que desemboca en el malecón.

Ellos no son los únicos. En otros corralones, en otros suburbios alguien ha dado la voz de alarma y muchos se han levantado. Unos portan latas, otros cajas de cartón, a veces sólo basta un periódico viejo. Sin conocerse forman una especie de organización clandestina que tiene repartida toda la ciudad. Los hay que merodean por los edificios públicos, otros han elegido los parques o los muladares. Hasta los perros han adquirido sus hábitos, sus itinerarios, sabiamente aleccionados por la miseria.

Efraín y Enrique, después de un breve descanso, empiezan su trabajo. Cada uno escoge una acera de la calle. Los cubos de basura están alineados delante de las puertas. Hay que vaciarlos íntegramente y luego comenzar la exploración. Un cubo de basura es siempre una caja de sorpresas. Se encuentran latas de sardinas, zapatos viejos, pedazos de pan, pericotes muertos, algodones inmundos. A ellos sólo les interesa los restos de comida. En el fondo del chiquero, Pascual recibe cualquier cosa y tiene predilección por las verduras ligeramente descompuestas. La pequeña

lata de cada uno se va llenando de tomates podridos, pedazos de sebo, extrañas salsas que no figuran en ningún manual de cocina. No es raro, sin embargo, hacer un hallazgo valioso. Un día Efraín encontró unos tirantes con los que fabricó una honda. Otra vez una pera casi buena que devoró en el acto. Enrique, en cambio, tiene suerte para las cajitas de remedios, los pomos brillantes, las escobillas de dientes usadas y otras cosas semejantes que colecciona con avidez.

Después de una rigurosa selección regresan la basura al cubo y se lanzan sobre el próximo. No conviene demorarse mucho porque el enemigo siempre está al acecho. A veces son sorprendidos por las sirvientas y tienen que huir dejando regado su botín. Pero, con más frecuencia, es el carro de la Baja Policía el que aparece y entonces la jornada está perdida.

Cuando el sol asoma sobre las lomas, la hora celeste llega a su fin. La niebla se ha disuelto, las beatas están sumidas en éxtasis, los noctámbulos duermen, los canillitas han repartido los diarios, los obreros trepan a los andamios. La luz desvanece el mundo mágico del alba. Los gallinazos sin plumas han regresado a su nido.

\* \* \*

Don Santos los esperaba con el café preparado.

—A ver, ¿qué cosa me han traído?

Husmeaba entre las latas y si la provisión estaba buena hacía siempre el mismo comentario:

—Pascual tendrá banquete hoy día.

Pero la mayoría de las veces estallaba:

— ¡Idiotas! ¿Qué han hecho hoy día? ¡Se han puesto a jugar seguramente! ¡Pascual se morirá de hambre!

Ellos huían hacia el emparrado, con las orejas ardiendo de los pescozones, mientras el viejo se arrastraba hasta el chiquero. Desde el fondo de su reducto el cerdo empezaba a gruñir. Don Santos le aventaba la comida.

— ¡Mi pobre Pascual! Hoy día te quedarás con hambre por culpa de estos zamarros. Ellos no te engríen como yo. ¡Habrán que zurrarlos para que aprendan!

\* \* \*

Al comenzar el invierno el cerdo estaba convertido en una especie de monstruo insaciable. Todo le parecía poco y don Santos se vengaba en sus nietos del hambre del animal. Los obligaba a levantarse más temprano, a invadir los terrenos ajenos en busca de más desperdicios. Por último los forzó a que se dirigieran hasta el muladar que estaba al borde del mar.

— Allí encontrarán más cosas. Será más fácil además porque todo está junto.

Un domingo, Efraín y Enrique llegaron al barranco. Los carros de la Baja Policía, siguiendo una huella de tierra, descargaban la basura sobre una pendiente de piedras. Visto desde el malecón, el muladar formaba una especie de acantilado oscuro y humectante, donde los gallinazos y los perros se desplazaban como hormigas. Desde lejos los muchachos arrojaron piedras para espantar a sus enemigos. Un perro se retiró aullando. Cuando estuvieron cerca sintieron un olor nauseabundo que penetró hasta sus pulmones. Los pies se les hundían en un alto de plumas, de excrementos, de materias descompuestas o quemadas. Enterrando las manos comenzaron la exploración. A veces, bajo un periódico amarillento, descubrían una carroña devorada a medias. En los acantilados próximos los galli-

nazos espiaban impacientes y algunos se acercaban saltando de piedra en piedra, como si quisieran acorralarlos. Efraín gritaba para intimidarlos y sus gritos resonaban en el desfiladero y hacían desprenderse guijarros que rodaban hasta el mar. Después de una hora de trabajo regresaron al corralón con los cubos llenos.

— ¡Bravo! —exclamó don Santos— Habrá que repetir esto dos o tres veces por semana.

Desde entonces, los miércoles y los domingos, Efraín y Enrique hacían el trote hasta el muladar. Pronto formaron parte de la extraña fauna de esos lugares y los gallinazos, acostumbrados a su presencia, laboraban a su lado, graznando, aleteando, escarbando con sus picos amarillos, como ayudándolos a descubrir la pista de la preciosa suciedad.

Fue al regresar de una de esas excursiones que Efraín sintió un dolor en la planta del pie. Un vidrio le había causado una pequeña herida. Al día siguiente tenía el pie hinchado, no obstante lo cual prosiguió su trabajo. Cuando regresaron no podía casi caminar, pero don Santos no se percató de ello pues tenía visita. Acompañado de un hombre gordo que tenía las manos manchadas de sangre, observaba el chiquero.

—Dentro de veinte, o treinta días vendré por acá —decía el hombre—. Para esa fecha creo que podrá estar a punto.

Cuando partió, don Santos echaba fuego por los ojos.

— ¡A trabajar! ¡A trabajar! ¡De ahora en adelante habrá que aumentar la ración de Pascual! El negocio anda sobre rieles.

A la mañana siguiente, sin embargo, cuando don

Santos despertó a sus nietos, Efraín no se pudo levantar.

—Tiene una herida en el pie —explicó Enrique—, ayer se cortó con un vidrio.

Don Santos examinó el pie de su nieto. La infección había comenzado.

—¡Esas son patrañas! Que se lave el pie en la acequia y que se envuelva con un trapo.

—¡Pero si le duele! —intervino Enrique—. No puede caminar bien.

Don Santos meditó un momento. Desde el chiquero llegaban los gruñidos de Pascual.

—¿Y a mí? —preguntó dándose un palmazo en la pierna de palo— ¿Acaso me duele la pierna? Y yo tengo setenta años y yo trabajo. . . ¡Hay que dejarse de mañas!

Efraín salió a la calle con su lata, apoyado en el hombro de su hermano. Media hora después regresaron con los cubos vacíos.

—¡No podía más! —dijo Enrique al abuelo— Efraín está medio cojo.

Don Santos observó a sus nietos como si meditara una sentencia.

—Bien, bien —dijo rascándose la barba rala y cogiendo a Efraín del pescuezo lo arreó hacia el cuarto— ¡Los enfermos a la cama! ¡A podrirse sobre el colchón! Y tú harás la tarea de tu hermano. ¡Vete ahora mismo al muladar!

\* \* \*

Cerca de mediodía Enrique regresó con los cubos repletos. Lo seguía un extraño visitante: un perro escuálido y medio sarnoso.

—Lo encontré en el muladar —explicó Enrique— y

me ha venido siguiendo.

Don Santos cogió la vara.

— ¡Una boca más en el corralón!

Enrique levantó al perro contra su pecho y huyó hacia la puerta.

— ¡No le hagas nada, abuelito! Le daré yo de mi comida.

Don Santos se acercó, hundiendo su pierna de palo en el lodo.

— ¡Nada de perros aquí! ¡Ya tengo bastante con ustedes!

Enrique abrió la puerta de la calle.

— Si se va él, me voy yo también.

El abuelo se detuvo. Enrique aprovechó para insistir:

— No come casi nada. . . , mira lo flaco que está. Además, desde que Efraín está enfermo, me ayudará. Conoce bien el muladar y tiene buena nariz para la basura.

Don Santos reflexionó, mirando el cielo donde se condensaba la garúa. Sin decir nada soltó la vara, cogió los cubos y se fue rengueando hasta el chiquero.

Enrique sonrió de alegría y con su amigo aferrado al corazón corrió donde su hermano.

— ¡Pascual, Pascual. . . Pascualito! —cantaba el abuelo.

— Tú te llamarás Pedro —dijo Enrique acariciando la cabeza de su perro e ingresó donde Efraín.

Su alegría se esfumó: Efraín inundado de sudor se revolcaba de dolor sobre el colchón. Tenía el pie hinchado, como si fuera de jebe y estuviera lleno de aire. Los dedos habían perdido casi su forma.

— Te he traído este regalo, mira —dijo mostrando al perro—. Se llama Pedro, es para ti, para que te

acompañe. . . Cuando yo me vaya al muladar te lo dejaré y los dos jugarán todo el día. Le enseñarás a que te traiga piedras en la boca.

—¿Y el abuelo? —preguntó Efraín extendiendo su mano hacia el animal.

—El abuelo no dice nada —suspiró Enrique.

Ambos miraron hacia la puerta. La garúa había empezado a caer. La voz del abuelo llegaba:

— ¡Pascual, Pascual. . . Pascualito!

\* \* \*

Esa misma noche salió luna llena. Ambos nietos se inquietaron, porque en esta época el abuelo se ponía intratable. Desde el atardecer lo vieron rondando por el corralón, hablando solo, dando de varillazos al emparrado. Por momentos se aproximaba al cuarto, échaba una mirada a su interior y al ver a sus nietos silenciosos, lanzaba un salivazo cargado de rencor. Pedro le tenía miedo y cada vez que lo veía se acurrucaba y quedaba inmóvil como una piedra.

— ¡Mugre, nada más que mugre! —repitió toda la noche el abuelo, mirando la luna.

A la mañana siguiente Enrique amaneció resfriado. El viejo, que lo sintió estornudar en la madrugada, no dijo nada. En el fondo, sin embargo, presentía una catástrofe. Si Enrique se enfermaba, ¿quién se ocuparía de Pascual? La voracidad del cerdo crecía con su gordura. Gruñía por las tardes con el hocico enterrado en el fango. Del corralón de Nemesio, que vivía a una cuadra, se habían venido a quejar.

Al segundo día sucedió lo inevitable: Enrique no se pudo levantar. Había tosido toda la noche y la

mañana lo sorprendió temblando, quemado por la fiebre.

—¿Tú también? —preguntó el abuelo.

Enrique señaló su pecho, que roncaba. El abuelo salió furioso del cuarto. Cinco minutos después regresó.

— ¡Está muy mal engañarme de esa manera! —plañía— Abusan de mí porque no puedo caminar. Saben bien que soy viejo, que soy cojo. ¡De otra manera los mandarían al diablo y me ocuparía yo solo de Pascual!

Efraín se despertó quejándose y Enrique comenzó a toser.

— ¡Pero no importa! Yo me encargaré de él. ¡Ustedes son basura, nada más que basura! ¡Unos pobres gallinazos sin plumas! Ya verán cómo les saco ventaja. El abuelo está fuerte todavía. ¡Pero eso sí; hoy día no habrá comida para ustedes! ¡No habrá comida hasta que no puedan levantarse y trabajar!

A través del umbral lo vieron levantar las latas en vilo y volcarse en la calle. Media hora después regresó aplastado. Sin la ligereza de sus nietos el carro de la Baja Policía lo había ganado. Los perros, además, habían querido morderlo.

— ¡Pedazos de mugre! ¡Ya saben, se quedarán sin comida hasta que no trabajen!

Al día siguiente trató de repetir la operación pero tuvo que renunciar. Su pierna de palo había perdido la costumbre de las pistas de asfalto, de las duras aceras y cada paso que daba era como un lanzazo en la ingle. A la hora celeste del tercer día quedó desplomado en su colchón, sin otro ánimo que para el insulto.

— ¡Si se muere de hambre —gritaba— será por culpa de ustedes!

\* \* \*

Desde entonces empezaron unos días angustiosos, interminables. Los tres pasaban el día encerrados en el cuarto, sin hablar, sufriendo una especie de reclusión forzosa. Efraín se revolcaba sin tregua. Enrique tosía, Pedro se levantaba y después de hacer un recorrido por el corralón, regresaba con una piedra en la boca, que depositaba en las manos de sus amos. Don Santos, a medio acostar, jugaba con su pierna de palo y les lanzaba miradas feroces. A mediodía se arrastraba hasta la esquina del terreno donde crecían verduras y preparaba su almuerzo que devoraba en secreto. A veces aventaba a la cama de sus nietos alguna lechuga o una zanahoria cruda, con el propósito de excitar su apetito creyendo así hacer más refinado su castigo.

Efraín ya no tenía fuerzas ni para quejarse. Solamente Enrique sentía crecer en su corazón un miedo extraño y al mirar los ojos del abuelo creía desconocerlos, como si ellos hubieran perdido su expresión humana. Por las noches, cuando la luna se levantaba, cogía a Pedro entre sus brazos y lo aplastaba tiernamente hasta hacerlo gemir. A esa hora el cerdo comenzaba a gruñir y el abuelo se quejaba como si lo estuvieran ahorcando. A veces se ceñía la pierna de palo y salía al corralón. A la luz de la luna Enrique lo veía ir diez veces del chiquero a la huerta, levantando los puños, atropellando lo que encontraba en su camino. Por último reingresaba al cuarto y quedaba mirándolos fijamente, como si quisiera hacerlos responsables del hambre de Pascual.

La última noche de luna llena nadie pudo dormir. Pascual lanzaba verdaderos rugidos. Enrique había oído decir que los cerdos, cuando tenían hambre, se volvían locos como los hombres. El abuelo permaneció en vela, sin apagar siquiera el farol. Esta vez no salió al corralón ni maldijo entre dientes. Hundido en su colchón miraba fijamente la puerta. Parecía amasar dentro de sí una cólera muy vieja, jugar con ella, aprestarse a dispararla. Cuando el cielo comenzó a desteñirse sobre las lomas, abrió la boca, mantuvo su oscura oquedad vuelta hacia sus nietos y lanzó un rugido.

— ¡Arriba, arriba, arriba! — los golpes comenzaron a llover— ¡A levantarse haraganes! ¿Hasta cuándo vamos a estar así? ¡Esto se acabó! ¡De pie! . . .

Efraín se echó a llorar. Enrique se levantó, aplastándose contra la pared. Los ojos del abuelo parecían fascinarlo hasta volverlo insensible a los golpes. Veía la vara alzarse y abatirse sobre su cabeza, como si fuera una vara de cartón. Al fin pudo reaccionar.

— ¡A Efraín no! ¡El no tiene la culpa! ¡Déjame a mí solo, yo saldré, yo iré al muladar!

El abuelo se contuvo jadeante. Tardó mucho en recuperar el aliento.

— Ahora mismo. . . al muladar. . . lleva dos cubos, cuatro cubos. . .

Enrique se apartó, cogió los cubos y se alejó a la carrera. La fatiga del hambre y de la convalecencia lo hacían trastabillar. Cuando abrió la puerta del corralón, Pedro quiso seguirlo.

— Tú no. Quédate aquí cuidando a Efraín.

Y se lanzó a la calle respirando a pleno pulmón el aire de la mañana. En el camino comió yerbas, estuvo a punto de mascar la tierra. Todo lo veía a través de una niebla mágica. La debilidad lo hacía ligero, etéreo: volaba casi como un pájaro. En el muladar se sintió un gallinazo más entre los gallinazos. Cuando los cubos estuvieron rebosantes emprendió el regreso. Las beatas, los noctámbulos, los canillitas descalzos, todas las secreciones del alba comenzaban a dispersarse por la ciudad. Enrique, devuelto a su mundo, caminaba feliz entre ellos, en su mundo de perros y fantasmas, tocado por la hora celeste.

Al entrar al corralón sintió un aire opresor, resistente, que lo obligó a detenerse. Era como si allí, en el dintel, terminara un mundo y comenzara otro fabricado de barro, de rugidos, de absurdas penitencias. Lo sorprendente era, sin embargo, que esta vez reinaba en el corralón una calma cargada de malos presagios, como si toda la violencia estuviera en equilibrio, a punto de desplomarse. El abuelo, parado al borde del chiquero, miraba hacia el fondo. Parecía un árbol creciendo desde su pierna de palo. Enrique hizo ruido pero el abuelo no se movió.

— ¡Aquí están los cubos!

Don Santos le volvió la espalda y quedó inmóvil. Enrique soltó los cubos y corrió intrigado hasta el cuarto. Efraín, apenas lo vio, comenzó a gemir:

— Pedro. . . Pedro. . .

— ¿Qué pasa?

— Pedro ha mordido al abuelo. . . el abuelo cogió la vara. . . después lo sentí aullar.

Enrique salió del cuarto.

— ¡Pedro, ven aquí! ¿Dónde estás, Pedro?

Nadie le respondió. El abuelo seguía inmóvil, con

la mirada en la pared. Enrique tuvo un mal presentimiento. De un salto se acercó al viejo.

—¿Dónde está Pedro?

Su mirada descendió al chiquero. Pascual devoraba algo en medio del lodo. Aún quedaban las piernas y el rabo del perro.

—¡No! —gritó Enrique tapándose los ojos—. ¡No, no! — y a través de las lágrimas buscó la mirada del abuelo. Este la rehuyó, girando torpemente sobre su pierna de palo. Enrique comenzó a danzar en torno suyo, prendiéndose de su camisa, gritando, pataleando, tratando de mirar sus ojos, de encontrar una respuesta.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué?

El abuelo no respondía. Por último; impaciente, dio un manotón a su nieto que lo hizo rodar por tierra. Desde allí Enrique observó al viejo que, erguido como un gigante, miraba obstinadamente el festín de Pascual. Estirando la mano encontró la vara que tenía el extremo manchado de sangre. Con ella se levantó de puntillas y se acercó al viejo.

—¡Voltea! —gritó— ¡voltea!

Cuando don Santos se volvió, divisó la vara que cortaba el aire y se estrellaba contra su pómulo.

—¡Toma! —chilló Enrique y levantó nuevamente la mano. Pero súbitamente se detuvo, temeroso de lo que estaba haciendo y, lanzando la vara a su alrededor, miró al abuelo casi arrepentido. El viejo, cogiéndose el rostro, retrocedió un paso, su pierna de palo tocó tierra húmeda, resbaló, y dando un alarido se precipitó de espaldas al chiquero.

Enrique retrocedió unos pasos. Primero aguzó el oído pero no se escuchaba ningún ruido. Poco a poco se fue aproximando. El abuelo, con la pata de palo

quebrada, estaba de espaldas al fango. Tenía la boca abierta y sus ojos buscaban a Pascual, que se había refugiado en un ángulo y husmeaba sospechosamente en el lodo.

Enrique se fue retirando, con el mismo sigilo con que se había aproximado. Probablemente el abuelo alcanzó a divisarlo pues mientras corría hacia el cuarto le pareció que lo llamaba por su nombre, con un tono de ternura que él nunca había escuchado.

— ¡A mí, Enrique, a mí!. . .

— ¡Pronto! —exclamó Enrique, precipitándose sobre su hermano— ¡Pronto, Efraín! ¡El viejo se ha caído al chiquero! ¡Debemos irnos de acá!

— ¿A dónde? —preguntó Efraín.

— ¡Adonde sea, al muladar, donde podamos comer algo, donde los gallinazos!

— ¡No me puedo parar!

Enrique cogió a su hermano con ambas manos y lo estrechó contra su pecho. Abrazados hasta formar una sola persona cruzaron lentamente el corralón. Cuando abrieron el portón de la calle se dieron cuenta que la hora celeste había terminado y que la ciudad, despierta y viva, abría ante ellos su gigantesca mandíbula.

Desde el chiquero llegaba el rumor de una batalla.

(Escrito en París en 1954)

## JUNTA DE ACREEDORES

**C**uando el campanario de Surco dio las seis de la tarde, don Roberto Delmar abandonó el umbral de su encomendería y, sentándose tras el mostrador, encendió un cigarrillo. Su mujer, que lo había estado espiando desde la trastienda, sacó la cabeza á través de la cortinilla.

—¿A qué hora van a venir?

Don Roberto no respondió. Tenía la mirada fija en la puerta de la calle, por donde se veía un pedazo de pista sin asfaltar, la verja de una casa, unos rapaces jugando a las bolitas.

—No fumes tanto —prosiguió su mujer—. Tú sabes que eso te pone nervioso.

—¡Déjame en paz! —exclamó él, dando un golpe en el mostrador. Su mujer desapareció sin decir palabra. El continuó mirando la calle, como si allí se estuviera desarrollando un espectáculo apasionante. Los representantes no tardaban en llegar. Las sillas ya estaban preparadas. La sola idea de verlos sentados allí, con sus relojes, sus bigotes, sus mofletes, lo exacerbaba: “Hay que conservar la dignidad —se repetía—. Es lo único que todavía no he perdido”. Y su mirada inspeccionaba rápidamente las cuatro paredes de su tienda. En las repisas de madera sin pintar, se veían infinidad de comestibles. Se veían también pilas de jabón, cacerolas, jüguetes, cuadernos. El polvo se había

acumulado.

A las seis y cinco, una cabeza colocada al extremo de un pescuezo ostensiblemente largo, asomó por el umbral.

—¿La encomendería de Roberto Delmar?

—La misma.

Un hombre alto ingresó con un cartapacio bajo el brazo.

—Yo soy representante de la compañía “Arbocó” Sociedad Anónima.

—Encantado —replicó don Roberto, sin moverse de su sitio.

El recién llegado dio unos pasos por la tienda, se ajustó los anteojos y comenzó a observar la mercadería.

—¿Esto es todo lo que hay?

—Sí, señor.

El representante hizo una mueca de decepción y, tomando asiento, comenzó a revisar su cartapacio.

Don Roberto fijó nuevamente su mirada en la puerta. Sentía una viva curiosidad por observar al recién llegado, pero se dominaba. Le parecía que ello sería un signo de debilidad, o por lo menos, de condescendencia. Prefería mantenerse inmutable y digno, en la actitud de un hombre que debe pedir cuentas en lugar de rendirlas.

—Según el tenor de las letras que obran en mi poder, su débito para con “Arbocó” Sociedad Anónima asciende a la cifra...

—Por favor —interrumpió don Roberto—. Preferiría que no hable de números hasta que lleguen los otros acreedores.

Un hombre bajito y gordo, con sombrero hongo, atravesó el umbral en ese momento.

—Buenas tardes —dijo, y cayendo en una silla quedó quieto y callado, como si se hubiera dormido. Poco después extrajo un papel y comenzó a trazar cifras.

Don Roberto comenzó a sentir una especie de enervamiento. El tabaco le había dejado la boca amarga. A veces descargaba sobre los acreedores una mirada furtiva y voraz, como si quisiera aprehenderlos y aniquilarlos por un solo acto de percepción. Sin conocer nada de sus vidas, los detestaba íntimamente. El no era hombre de sutilezas para hacer diferencias entre una empresa y sus empleados. Para él, ese hombre alto y de lentes, era la compañía “Arbocó” en persona, vendedora de papel y de cacerolas. El otro hombre, porque era adiposo y parecía bien comido, debía ser la fábrica de fideos “La Aurora”, en chaleco y sombrero de hongo.

—Quisiera saber... —comenzó la fábrica de fideos— cuántos acreedores han sido citados a esta junta.

—¡Cinco! —replicó “Arbocó”, sin esperar la respuesta del encomendero— ¡Cinco! Según la convocatoria que obra en mi “fólder”, somos cinco los que detentamos los créditos.

El hombre gordo agradeció con una venia y continuó enfrascado en sus números.

Don Roberto abrió otro paquete de cigarrillos. Pensó por un momento que hubiera sido mejor entrecerrar la puerta, porque siempre era probable que entrara algún cliente y olfateara lo que sucedía. Sin embargo, sentía cierta resistencia a levantarse, como si el menor movimiento le fuera a ocasionar una enorme pérdida de energías. La inmovilidad era en este momento para él una de las condiciones de su fuerza.

Un muchacho con unos libros bajo el brazo, ingresó rápidamente en el establecimiento. Al ver a esos

extraños visitantes, quedó como cortado:

—Buenas tardes, papá —dijo al fin, y atravesando la cortinilla se perdió en la trastienda. Del interior llegó un rumor de voces.

Don Roberto, por un acto mecánico, miró su muñeca izquierda donde solo quedaba una huella de piel clara. Una súbita vergüenza lo asaltó al imaginar que los acreedores podían haberse percatado de su acto fallido. Entre ellos, sin embargo, había comenzado una conversación tediosa.

—¿“Arbocó”? —preguntaba el gordo— ¿Eso no queda en la avenida Arica?

—¡No! Esa es “Arbicó” —replicó el otro, sensiblemente ofendido por la confusión.

Los otros acreedores aún no aparecían y don Roberto comenzó a sentir una impaciencia creciente. Ellos sí sabían hacerse esperar, en cambio a él eran incapaces de concederle unos meses de mora. En su irritación confundía la puntualidad de las citas con la de los plazos judiciales, los atributos de los hombres con los de las instituciones. Estaba a punto de incurrir en mayores enredos, cuando dos hombres ingresaron conversando animadamente.

—Fábrica de cemento “Los Andes” —dijo uno.

—Caramelos y chocolates “Marilú” —dijo el otro, y tomando asiento, prosiguieron su charla.

“Cemento... Caramelos”, repitió don Roberto maquinalmente y lo repitió varias veces como si fueran para él palabras extrañas a las cuales fuera necesario encontrarles un sentido. Recordó la ampliación de su local, que tuvo que suspender por falta de cemento. Recordó los pomos de caramelos numerados del uno al veinte. Recordó al italiano Bonifacio Salerno...

—Bueno, ¿quién es el que falta? —preguntó una

VOZ.

Don Roberto se abrió paso desde su mundo interior. El hombre del cemento lo miraba, esperando su respuesta. Pero ya "Arbocó" había consultado su cartapacio, para replicar:

—Según los documentos que tengo en mi "fólder", el que falta es Ajito. ¡A-j-i-t-o, así como suena! Es un japonés del Callao.

—Gracias —replicó el interesado. Y volviéndose hacia su compañero añadió: —No se puede hablar en este caso de cortesía oriental.

—Por el contrario —replicó el otro—. El tal japonés, por el nombre, parece más peruano que... que el ají.

Los representantes rieron. Su complicidad de acreedores pareció requerir de esta broma fácil para hacerse patente. Entre los cuatro comenzaron a hablar animadamente de sus empresas, de sus créditos, de sus funciones. Abriendo sus cartapacios, exhibían letras de cambio, cartas confidenciales y otros documentos que ellos calificaban de "fehacientes", poniendo una especie de voluptuosidad en el carácter técnico del término.

Don Roberto, a la vista de todos aquellos papeles, sintió una sorda humillación. Tenía la impresión de que esos cuatro señores se habían puesto a desnudarlo en público para escarnecerlo o para descubrir en él algún horrible defecto. A fin de defenderse de esta agresión, se enroscó sobre sí mismo, como un escarabajo; rastreó su pasado, su vida, tratando de encontrar algún acto honroso, alguna experiencia estimable que prestara apoyo a su dignidad amenazada. Recordó que era presidente de la Asociación de Padres de Familia del Centro Escolar No. 480, donde estudiaban sus hijas. Este hecho, sin embargo, que antes lo enor-

gullecía, pareció revolverse ahora contra él. Creyó descubrir que en el fondo ocultaba una punta de ironía. La idea de renunciar al cargo le vino inmediatamente. Comenzó a pensar en los términos en que redactaría la carta, cuando su hijo salió de la trastienda y se detuvo en medio de la pieza. Don Roberto se estremeció porque el muchacho estaba pálido y parecía irritado. Después de mirar con desprecio a los acreedores salió a la calle sin decir palabra.

—Bueno —dijo uno de ellos—. Creo que debe abrirse la junta.

—Esperemos cinco minutos —replicó don Roberto, y se asombró de descubrir aún en su voz un resto de autoridad.

Una sombra apareció en el umbral. Los representantes creyeron que se trataba de Ajito; sin embargo, era el hijo del encomendero, que volvía.

—Papá, ven un momento.

Don Roberto se levantó y atravesando la tienda salió a la calle. Su hijo lo esperaba a pocos pasos de la puerta, vuelto de espaldas.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó, dándole bruscamente la cara.

Don Roberto no replicó, cortado por el tono del muchacho.

—¿Qué hace toda esta gente metida en la tienda? ¿Cómo los has dejado entrar?

—Pero, muchacho, escúchame, los negocios... tú sabes...

—¡Yo no sé nada! ¡Lo único que yo sé es que en tu lugar los sacaría a patadas! ¿No te das cuenta de que se ríen? ¿No te das cuenta de que te toman el pelo?

—¿Tomarme el pelo? ¡Eso nunca! —protestó don

Roberto— Mi dignidad...

— ¡Qué dignidad ni ocho cuartos! —gritó él fuera de sí. A su lado había un carro elegante, probablemente de alguno de los acreedores— ¡Tu dignidad! —repitió con desprecio— ¡Esa es la única dignidad! —añadió señalando el carro— ¡Cuando tengas uno así podrás hablar de ella! —y cegado por la cólera dio un puntapié a una de las llantas, que resonó como un tambor.

— ¡Cálmate! —ordenó don Roberto tratando de cogerlo del brazo— ¡Cálmate, Beto! Todo se arreglará, yo sé, ya verás... —y para apaciguarlo, añadió: —¿No quieres un cigarrillo?

—No quiero nada —replicó él y comenzó a alejarse. Algunos pasos más allá se detuvo—. ¿No tienes una libra? —preguntó— Quiero ir al cine esta noche, no puedo seguir escuchando a esos imbéciles...

Don Roberto sacó la cartera. El muchacho recibió el dinero y sin agradecer se marchó muy apurado. Don Roberto lo vio alejarse, descorazonado. Desde la tienda llegaba el rumor de los acreedores.

Aprovechando su ausencia, ellos se habían levantado “para estirar las piernas”, según dijeron. Acercándose a las repisas, cogían la mercadería y la examinaban. Se fumaba, se contaba chistes. Resignados a la espera, trataban de sacar de ella el mejor partido posible. A fuerza de olfatear, “Arbocó” descubrió, tras una pila de tinteros, unas botellas de pisco.

— ¡Había secretitos! —exclamó, regocijado por su hallazgo.

Cuando don Roberto ingresó, volvieron a sus sitios, retomaron su papel de acreedores. Los rostros se endurecieron, las manos se posaron solemnemente en las sisas de los chalecos.

—Puede abrirse la junta —ordenó don Roberto—. El otro acreedor no tardará en llegar.

Hubo un corto silencio. El hombre de los fideos se levantó al fin y, abriendo su cartapacio, comenzó a hacer la enumeración de sus créditos. Los demás acreedores asentían con la cabeza, algunos tomaban rápidas anotaciones. Don Roberto hacía lo posible por concentrarse, por aparentar un poco de atención. El recuerdo de su hijo, sin embargo, ironizando sobre la dignidad, arrancándole la libra de la mano, lo atormentaba. Pensó por un momento que debía haberlo abofeteado. Pero, ¿para qué? Ya estaba demasiado grande para este tipo de castigo. Además, temía estar en el fondo de acuerdo con lo que su hijo había dicho.

—... he terminado —dijo el gordo y se sentó.

Don Roberto despertó.

—Bien, bien... —dijo— Perfectamente. Estoy de acuerdo con eso. Pasemos al siguiente.

Cemento “Los Andes” desenrolló un largo papel.

Una letra de trescientos soles, de fecha cuatro de agosto. Otra letra de ochocientos, del dieciséis del mismo mes...

Don Roberto recordó las bolsas de cemento que le trajeron en el mes de agosto. Recordó el entusiasmo con que inició la ampliación de su local. Pensaba hacer una bodega moderna, incluso abrir hasta un restaurante. Todo, sin embargo, había quedado a la mitad. Los pocos sacos que le restaban, se habían endurecido con la humedad. La llegada de Bonifacio Salerno fue para él el comienzo de su ruina...

—...total: dos mil ochocientos soles —terminó el representante del cemento y tomó asiento.

Caramelos y chocolates, “Marilú” se levantó, pero

ya don Roberto no escuchaba nada. Cada vez que venía a su memoria la figura de Bonifacio Salerno, sentía un enardecimiento que lo embrutecía. Al mes que abrió su bodega, a pocos pasos de la suya, le había arrebatado toda la clientela. Bien instalada, mejor provista, le hizo una competencia desleal. Don Bonifacio otorgaba créditos y además era panzón, completamente panzón... Don Roberto se aferró a este detalle con una alegría infantil, exagerando mentalmente el defecto de su rival, hasta convertirlo en una caricatura. Este era, no obstante, un subterfugio muy fácil en el que siempre recaía. Haciendo un esfuerzo volvió a la realidad. El hombre de los caramelos seguía leyendo:

—...dos kilos de chocolates, treintaicinco soles...

—¡Basta! —exclamó don Roberto y al percatarse que había levantado mucho la voz, se excusó— La verdad es que esta lectura no tiene objeto —añadió—. Conozco perfectamente mis deudas. Sería mejor pasar directamente al arreglo.

El hombre de "Arbocó" protestó. Si sus colegas habían leído, él también tenía que hacerlo. ¡No era justo que lo dejara de lado!

—¡Mis documentos son fehacientes! —gritaba, agitando su cartapacio.

Entre sus compañeros lo calmaron, lo convencieron que renunciara a la lectura. El no quedó muy satisfecho. Lanzando su mirada miope sobre las repisas, trató de cobrarse una revancha. Los picos de las botellas de pisco asomaban discretamente.

—¿No podría servirme una copita? —insinuó— La tarde está un poco fría. Yo padezco de los bronquios.

Don Roberto se levantó. En su impaciencia por liquidar el asunto, era capaz de cualquier concesión

de este tipo. Pensaba, además, que sus hijas podían llegar de un momento a otro. Alineó cuatro copas en el mostrador y las llenó.

En ese momento un oriental bajito, con un sombrero metido hasta las sienes, se deslizó en la tienda como una sombra.

—Ajito —murmuró con voz imperceptible—. Yo soy Ajito.

—¡Llega usted a tiempo! —exclamó Cemento “Los Andes”

—¡Para el brindis de honor! —añadió Caramelos “Marilú”. Y los dos rieron sonoramente. Era evidente que entre ambos había algo así como una sociedad clandestina para hacer bromas estúpidas. Sus espíritus formaban una bolsa común. Uno siempre coronaba las frases del otro y entre los dos se repartían las ganancias.

—No tomo —se excusó el japonés.

—Su copa para mí —intervino “Arbocó”, y se sirvió un trago tras otro. Después de chasquear la lengua, regresó a su sitio. Dos manchas rojas le habían aparecido en las mejillas.

—Bueno —repitió don Roberto—. Insisto en que pasemos directamente al arreglo.

—De acuerdo —dijeron los acreedores.

—¡De acuerdo! —añadió “Arbocó”, levantándose— Estoy de acuerdo con eso. Pero antes creo que debemos hacer un resumen...

—¡Nada de resúmenes! ¡Al grano! —gritaron algunas voces.

—¡El resumen es imprescindible! —exclamó “Arbocó”— No se puede hacer nada sin un resumen... Ustedes saben, el método antes que nada. ¡Seamos ordenados! Yo he preparado un resumen, yo he tomado

notas...

A fuerza de insistir, logró su propósito y pronto se embarcó en una larga exposición donde se mezclaban arbitrariamente las anécdotas, los artículos del Código Civil, las consideraciones del orden moral, tratando a toda costa de mostrar un poco de ingenio. Los acreedores comenzaron a conversar por lo bajo. Ajito se levantó para echar una mirada a la calle. Don Roberto pensaba nuevamente en sus hijas. Si llegaban en ese momento, ¿cómo les explicaría el sentido de esa ceremonia? Sería imposible ocultarles la verdad de las cosas. Desde la trastienda todo se escuchaba.

“Arbocó”, mientras tanto, se había interrumpido al ver la poca atención que se prestaba a su discurso. Decepcionado, se acercó al mostrador y se sirvió otra copa de pisco. Los acreedores reían seguramente de algún chiste. El se sintió ofendido, como si fuera el blanco de las burlas. Todo lo vio por un momento negro y hostil. Su fracaso como orador, su poca suerte con las mujeres, su tragedia de viajar en tranvía, le envenenaron el hígado, le predispusieron a la intransigencia.

— ¡Pues si se trata de abreviar, abreviemos! —exclamó— ¡Basta de corrillos, al grano! —y cayendo en su silla, cruzó los brazos con una seriedad un poco presuntuosa. Ajito regresó a su puesto. Todas las miradas se posaron en el encomendero.

Don Roberto se levantó. Sentía un ligero malestar. La idea de que su mujer lo estaría espiando desde la cortinilla, aumentaba su nerviosidad. No ceder era su divisa. Conservar la dignidad.

—Señores —empezó—. Esta es mi propuesta. Mis deudas ascienden a la suma de veinticinco mil soles. Bien, yo creo que si ustedes me conceden una mora

de dos meses...

Un rumor de protesta se levantó en la tienda. “Arbocó” era el más exaltado.

—¿Por qué no, de una vez, todo el año? —gritaba—  
¿Por qué no, de una vez, todo el año?

—¡Déjeme terminar! —exclamó don Roberto, golpeando el mostrador— ¡Después escucharé sus razones! Digo que si me conceden una mora de dos meses y si reducen sus créditos al treinta por ciento...

—¡Eso no, eso no! —gritó “Arbocó” y al ver que sus compañeros lo apoyaban, se levantó, tratando de adueñarse de la situación— ¡Eso no, señor Delmar!... —continuó, pero luego sus ideas se ofuscaron, no encontró las palabras precisas y lapidarias que en ese momento se requerían y quedó repitiendo mecánicamente— ¡Eso no, señor Delmar! ¡Eso no, señor Delmar!...

El representante de los fideos se levantó a su vez. Su tranquilidad contagiosa puso un poco de calma.

—Señores —dijo—. Veamos la cosa sin apasionamientos. Considero que la propuesta de nuestro deudor es muy interesante, pero es francamente inaceptable. En realidad nuestros créditos son muy antiguos. Algunos datan de hace un año. Si en doce meses no ha podido pagar, creo que en dos le será igualmente imposible.

—Usted olvida la reducción —objetó don Roberto.

—Precisamente sobre eso quiero hablar. Reducir nuestros créditos al treinta por ciento, es casi remitirle sus deudas. Yo creo que las empresas que representamos no aceptarán...

—¡Mi principal!, ¡de ninguna manera! —intervino “Arbocó”— ¡Mi principal es persona muy seria!

—¡El mío tampoco! —añadió el acreedor de cemen-

to.

— ¡Ni el mío! —terminó el de los caramelos.

Don Roberto quedó silencioso. Presentía una negativa; sin embargo, no creyó encontrar una solidaridad tan enérgica en el grupo. Los cuatro hombres estaban también callados, de pie, formando una especie de unidad indestructible, y lo miraban desafiantes, dispuestos a sepultarlo en un mar de razones y de números si él cometía la torpeza de insistir. Solamente Ajito continuaba sentado en un rincón, ajeno al ritmo de las pasiones. Don Roberto lo miró casi con simpatía, adivinando que en él tenía un colaborador.

—¿Y usted? —preguntó dirigiéndose a él—, ¿Qué piensa usted?

—Yo estoy de acuerdo, de acuerdo... —susurró.

—¿De acuerdo con quién? —gritó “Arbocó” estirando hacia él su largo pescuezo.

—De acuerdo con el deudor.

“Arbocó” tronó. Habló de deslealtad, de falta de tacto, de ausencia de compañerismo. Solamente en el ataque parecía cobrar cierta elocuencia. Trató de agitar la opinión contra el japonés, contra todos los japoneses, contra el Oriente en suma.

— ¡Diríase que no les importa el dinero! —farfullaba— Claro, este es un asunto de poca monta para ellos. ¡Ellos forman clan, tienen redes de chinganas por toda la capital, cuentan con ayuda de su gobierno!...

Ajito se mantenía imperturbable. Don Roberto intervino.

—No es el momento de discutir esas cosas. Estoy dispuesto a escuchar su contrapuesta.

Los cuatro acreedores —de hecho excluyeron a Ajito— se pusieron a discutir formando un bloque

cerrado. El desacuerdo reinaba. “Arbocó” parecía encarnar la posición extrema. Su voz dominaba el grupo. Por momentos se acercaba al mostrador y se servía una copa de pisco. Para mayor comodidad, por último, conservó la botella en la mano.

—¡Sentimentalismo aparte! —gritaba— ¡Representamos los intereses de la empresa!

Don Roberto hacía lo posible por aparentar indiferencia. De lo que en ese momento se decidiera, sin embargo, dependía su suerte. Con la mirada fija en la puerta, chupaba su cigarro. De una casa vecina llegaba el ritmo de un mambo. Su mujer debía de estar como él, tras la cortinilla, con el corazón estrujado en la mano... Su hijo ¿dónde estaría su hijo? ¿Por qué no lo había abofeteado?... ¡Y en el Centro Escolar 480 tenía que pronunciar un discurso!... Don Bonifacio vendía, seguramente, toneladas de “spaguetis”... El ruido del mambo aumentaba... Era un baile, sin duda un baile en la casa vecina... ¿Por qué no se cogían de la mano él y los acreedores y Bonifacio y se iban al baile para olvidar todas esas pequeñas miserias?

—Don Roberto Delmar... —empezó el gordo de los fideos—, en cierta medida hemos llegado a un acuerdo.

—¡Disiento! —protestó “Arbocó”— ¡Mi opinión!...

—¡Hemos llegado por mayoría a un acuerdo! —insistió el gordo, elevando la voz— Se trata de lo siguiente: se le concede una mora de quince días y se reducen sus créditos al cincuenta por ciento. ¿Está usted de acuerdo?

—¡No! —replicó don Roberto. Y ante este súbito rechazo se hizo un silencio profundo. Don Roberto lo fue alargando lentamente, mientras regulaba su pulso, mientras preparaba su respuesta. El mambo comenzó

nuevamente. Por el umbral asomaban algunos curiosos— No puedo aceptar esas condiciones —añadió al fin—. No puedo, señores, no puedo... —su voz reveló un primer desfallecimiento— Ustedes no saben, ustedes no comprenden cómo han sucedido las cosas. Yo no he querido estafar a nadie. Yo soy un comerciante honrado. Pero en los negocios no es suficiente la honradez... ¿Ustedes conocen acaso a mi competidor? El es poderoso y gordo, él ha abierto una bodega a dos pasos de aquí y me ha arruinado... Si no fuera por él, yo estaría vendiendo y podría haber terminado la ampliación de mi local... Pero él está surtido y gordo... Se los repito, señores, gordo... —los acreedores se miraron inquietos entre sí— El posee un gran capital y una gran panza. Yo no puedo contra él... Yo no puedo levantar cabeza sino dentro de dos meses y al treinta por ciento... Ustedes verán en la pieza de al lado la construcción paralizada... ¡Si no fuera por Bonifacio, ya estaría abierto mi restaurante y yo vendería y pagaría mis deudas... Pero la competencia es terrible, y además mis hijas van al colegio y yo soy presidente de la Asociación de Padres...

—En una palabra... —interrumpió “Arbocó” al ver el extraño giro que tomaba el asunto—, ¿no puede usted?

— ¡No puedo! —terminó don Roberto

—No hay más que hablar, entonces. Informaré a mis principales.

—Pero recapacite —intervino el hombre de los fideos—. Nuestras condiciones no son draconianas.

— ¡No puedo! —repitió don Roberto— ¿Para qué se lo voy a ofrecer? ¡Dentro de quince días se repetirá la historia!

—Entonces, no hay nada que hacer —intervinieron

conjuntamente cemento y caramelos—. ¡La quiebra!

—Sí, la quiebra —confirmó fideos.

— ¡La quiebra! —gritó “Arbocó” con cierto encarnizamiento, como si se anotara una victoria personal.

—Se procederá a la quiebra.

—Sí, naturalmente, la quiebra.

Don Roberto los miraba alternativamente, viendo cómo la palabra saltaba de boca en boca, se repetía, se combinaba con otras, crecía, estallaba como un cohete, se confundía con las notas de la música...

— ¡Pues bien, la quiebra! —dijo a su vez y apoyó los codos con tanta fuerza en el mostrador, que diríase hubiera querido clavarse a la madera.

Los acreedores se miraron entre sí. Esta súbita resignación a los que ellos consideraban su más fuerte amenaza, los desconcertó. “Arbocó” farfulló algo. Los otros hicieron comentarios por lo bajo. En general esperaban que el encomendero diera un nuevo testimonio de su decisión. Como no se atrevían a preguntar ni a moverse, ni a partir, don Roberto intervino.

—La junta ha terminado, señores —dijo, y cruzando los brazos quedó mirando fijamente el techo.

Los acreedores cogieron sus cartapacios, tiraron sus colillas al suelo, saludaron con una reverencia y atravesaron uno a uno el umbral. Ajito antes de salir, se quitó el sombrero.

Don Roberto se apretó fuertemente las sienes y quedó con la cabeza enterrada entre las manos. La música había cesado. El ruido de un automóvil que arrancaba rompió por un momento el silencio. Luego todo quedó en calma. La idea de que había conservado la dignidad comenzó a parecerle verosímil, comenzó a llenarlo de una rara embriaguez. Tenía la im-

presión de que había ganado la batalla, que había batido en retirada a sus adversarios. El espectáculo de las sillas vacías, de las colillas humeantes, de las copas volteadas, le producía una especie de frenesí victorioso. Sintió por un momento el deseo de ingresar en la trastienda y abrazar emocionado a su mujer, pero se contuvo. No, su mujer no comprendería el sentido, el matiz de su victoria. Desde las repisas, además, las mercaderías cubiertas de polvo se obstinaban en guardar una sorda reserva. Don Roberto las repasó con la mirada y sintió como una perturbación. Esa mercadería ya no le pertenecía, era de los "otros", había sido dejada allí expresamente para enturbiar su gozo, para confundir su espíritu. Dentro de pocos días sería retirada y la tienda quedaría vacía. Dentro de pocos días se haría efectivo el embargo y el negocio sería clausurado.

Don Roberto se levantó nerviosamente y encendió un cigarrillo. Quiso revivir en su espíritu la sensación de la victoria pero le fue imposible. Se dio cuenta que desfiguraba la realidad, que forzaba sus propios raciocinios. Su mujer, en ese momento, apareció tras la cortinilla, extrañamente pálida.

Don Roberto no resistió su mirada y volvió la cara a la pared. Un pomo de caramelos le devolvió su imagen en un ángulo aberrante.

— ¡Tú no sabes!... —exclamó, pero no pudo añadir nada más.

Su mujer se encogió de hombros y regresó a la trastienda.

Don Roberto observó su imagen en el pomo, pequeña y torcida. " ¡La quiebra!" susurró, y esta palabra adquirió para él todo su trágico sentido. Nunca una palabra le pareció tan real, tan atrocamente tan-

gible. Era la quiebra del negocio, la quiebra del hogar, la quiebra de la conciencia, la quiebra de la dignidad. Era quizá la quiebra de su propia naturaleza humana. Don Roberto tuvo la penosa impresión de estar partido en pedazos, y pensó que sería necesario buscarse y recogerse por todos los rincones.

De un puntapié derribó una silla y luego se caló la bufanda. Apagando la luz de la tienda, se aproximó a la puerta. Su mujer, que lo sintió salir, asomó por tercera vez.

—¿Dónde vas, Roberto? La comida ya va a estar lista.

—¡Bah!, ¿adónde va a ser? ¡Voy a dar una vuelta! —y atravesó el umbral.

Cuando estuvo en la calle, vaciló un momento. No sabía exactamente para qué había salido, adónde quería ir. A pocos metros se veían las luces rojas de la bodega de Bonifacio Salerno. Don Roberto volteó la cara, como esquivando un encuentro desagradable y, cambiando de rumbo, comenzó a caminar. Unas muchachas pasaron riéndose, y él se pegó a la pared. Temió que fueran sus hijas, que le preguntaran algo, que quisieran besarlo. Acelerando el paso, llegó a la esquina, donde un grupo de vecinos conversaban. Al verlo pasar se dirigieron a él.

—¿Cómo, don Roberto, no va usted a la procesión?

El contestó con un ademán y siguió su camino. Poco después recapacitó. Se trataba de la procesión del Señor de los Milagros. Este acontecimiento, que antes le era tan significativo, ahora le resultaba completamente indiferente y hasta irrisorio. Pensó que las calamidades tenían un límite más allá del cual ni Dios mismo podía intervenir. Una sensación extraña de haberse insensibilizado, de haber cambiado la piel en

corteza, de haberse convertido en cosa, lo agujoneaba. El hecho de que estaba en quiebra contribuía a fortalecer esta idea. Era horrible, pensaba, que se aplicaran a las personas palabras que habían nacido por referencia a los objetos. Se podía quebrar un vaso, se podía quebrar una silla, pero no se podía quebrar a una persona humana, así, por una sola declaración de voluntad. Y a él, esos cuatro señores lo habían quebrado delicadamente, con sus reverencias y sus amenazas.

Al llegar a un bar se detuvo irresoluto pero pronto rempendió su marcha. No, no quería beber. No quería conversar con el tabernero ni con nadie. Quizás la única compañía que en ese momento soportaría sería la de su hijo. Casi con el placer había visto desarrollarse en él sus mismas cejas negras y su orgullo... Pero no. Era absurdo. El tampoco podría comprenderlo. Era necesario evitar su encuentro. Era necesario evitar el encuentro de todos: el de aquellas personas que pasaban y lo miraban, y el de aquellas otras que ni siquiera se daban el trabajo de hacerlo.

Había oscurecido. Un olor a mar saturaba el ambiente. Don Roberto pensó en el malecón. Allí se estaba bien. Había un barandal ondulante, una hilera de faroles amarillos, un mar oscuro que batía incesantemente la base del barranco. Era un lugar apacible donde apenas llegaban los rumores de la ciudad, donde apenas se presentía la hostilidad de los hombres. A su amparo se podían tomar grandes resoluciones. Allí él recordaba haber besado por primera vez a su mujer, hacía tanto tiempo. En ese límite preciso entre la tierra y el agua, entre la luz y las tinieblas, entre la ciudad y la naturaleza, era posible ganarlo todo o perderlo todo... Su marcha se hizo acelerada. Las tiendas,

las personas, los árboles, pasaban fugazmente a su lado, como incitándolo a que estirara la mano y se aferrara. Un olor a sal hirió sus narices.

Aún faltaba mucho, sin embargo...

(Escrito en París en 1954)

LIMEÑOS

## EL PROFESOR SUPLENTE

**H**acia el atardecer, cuando Matías y su mujer sorbían un triste té y se quejaban de la miseria de la clase media, de la necesidad de tener que andar siempre con la camisa limpia, del precio de los transportes, de los aumentos de ley, en fin, de lo que hablan a la hora del crepúsculo los matrimonios pobres, se escucharon en la puerta unos golpes estrepitosos y cuando la abrieron irrumpió el doctor Valencia, bastón en mano, sofocado por el cuello duro.

— ¡Mi querido Matías! ¡Vengo a darte una gran noticia! De ahora en adelante serás profesor. No me digas que no... ¡espera! Como tengo que ausentarme unos meses del país, he decidido dejarte mis clases de historia en el colegio. No se trata de un gran puesto y los emolumentos no son grandiosos pero es una magnífica ocasión para iniciarte en la enseñanza. Con el tiempo podrás conseguir otras horas de clases, se te abrirán las puertas de otros colegios, quién sabe si podrás llegar a la Universidad... eso depende de ti. Yo siempre te he tenido una gran confianza. Es injusto que un hombre de tu calidad, un hombre ilustrado, que ha cursado estudios superiores, tenga que ganarse la vida como cobrador... No señor, eso no está bien, soy el primero en reconocerlo. Tu puesto está en el magisterio... No lo pienses dos veces. En el acto llamo al director para decirle que ya he encontrado un

reemplazo. No hay tiempo que perder, un taxi me espera en la puerta... ¡Y abrázame, Matías, dime que soy tu amigo!

Antes de que Matías tuviera tiempo de emitir su opinión, el doctor Valencia había llamado al colegio, había hablado con el director, había abrazado por cuarta vez a su amigo y había partido como un celaje, sin quitarse siquiera el sombrero.

Durante unos minutos, Matías quedó pensativo, acariciando esa bella calva que hacía la delicia de los niños y el terror de las amas de casa. Con un gesto enérgico, impidió que su mujer intercalara un comentario y, silenciosamente, se acercó al aparador, se sirvió del oporto reservado a las visitas y lo paladeó sin prisa, luego de haberlo observado contra la luz de la farola.

—Todo esto no me sorprende —dijo al fin—. Un hombre de mi calidad no podía quedar sepultado en el olvido.

Después de la cena se encerró en el comedor, se hizo llevar una cafetera, desempolvó sus viejos textos de estudio y ordenó a su mujer que nadie lo interrumpiera, ni siquiera Baltazar, y Luciano, sus colegas de trabajo, con quienes acostumbraba a reunirse por las noches para jugar a las cartas y hacer chistes procaces contra sus patrones de oficina.

A las diez de la mañana, Matías abandonaba su departamento, la lección inaugural bien aprendida, rechazando con un poco de impaciencia la solicitud de su mujer, quien lo perseguía por el corredor de la quinta, quitándole las últimas pelusillas de su terno de ceremonia.

—No te olvides de poner la tarjeta en la puerta —recomendó Matías antes de partir—. Que se lea bien:

“Matías Palomino, profesor de historia”.

En el camino se entretuvo repasando mentalmente los párrafos de su lección. Durante la noche anterior no había podido evitar un temblorcito de gozo cuando, para designar a Luis XVI, había descubierto el epíteto de Hidra. El epíteto pertenecía al siglo XIX y había caído un poco en desuso pero Matías, por su porte y sus lecturas, seguía perteneciendo al siglo XIX y su inteligencia, por donde se la mirara, era una inteligencia en desuso. Desde hacía doce años, cuando por dos veces consecutivas fue aplazado en el examen de bachillerato, no había vuelto a hojear un solo libro de estudios ni a someter una sola cogitación al apetito un poco lánguido de su espíritu. El siempre achacó sus fracasos académicos a la malevolencia del jurado y a esa especie de amnesia repentina que lo asaltaba sin remisión cada vez que tenía que poner en evidencia sus conocimientos. Pero si no había podido optar el título de abogado, había elegido la prosa y el corbatín del notario: si no por ciencia, al menos por apariencia, quedaba siempre dentro de los límites de la profesión.

Cuando llegó ante la fachada del colegio, se sobrepuso en seco y quedó un poco perplejo. El gran reloj del frontis le indicó que llevaba un adelanto de diez minutos. Ser demasiado puntual le pareció poco elegante y resolvió que bien valía la pena caminar hasta la esquina. Al cruzar delante de la verja escolar, divisó un portero de semblante hosco, que vigilaba la calzada, las manos cruzadas a la espalda.

En la esquina del parque se detuvo, sacó un pañuelo y se enjugó la frente. Hacía un poco de calor. Un pino y una palmera, confundiendo sus sombras, le recordaron un verso, cuyo autor trató en vano de

identificar. Se disponía a regresar —el reloj del Municipio acababa de dar las once— cuando detrás de la vidriera de una tienda de discos distinguió un hombre pálido que lo espiaba. Con sorpresa constató que ese hombre no era otra cosa que su propio reflejo. Observándose con disimulo, hizo un guiño, como para disipar esa expresión un poco lóbrega que la malanoche de estudio y de café había grabado en sus facciones. Pero la expresión, lejos de desaparecer, desplegó nuevos signos y Matías comprobó que su calva convelece tristemente entre los mechones de las sienes y que su bigote caía sobre sus labios con un gesto de absoluto vencimiento.

Un poco mortificado por la observación, se retiró con ímpetu de la vidriera. Una sofocación de mañana estival hizo que aflojara su corbatín de raso. Pero cuando llegó ante la fachada del colegio, sin que en apariencia nada la provocara, una duda tremenda lo asaltó: en ese momento no podía precisar si la Hidra era un animal marino, un monstruo mitológico o una invención de ese doctor Valencia, quien empleaba figuras semejantes para demoler a sus enemigos del parlamento. Confundido, abrió su maletín para revisar sus apuntes, cuando se percató que el portero no le quitaba el ojo de encima. Esta mirada, viniendo de un hombre uniformado, despertó en su conciencia de pequeño contribuyente tenebrosas asociaciones, y, sin poder evitarlo, prosiguió su marcha hasta la esquina opuesta.

Allí se detuvo resollando. Ya el problema de la Hidra no le interesaba: esta duda había arrastrado otras muchísimo más urgentes. Ahora en su cabeza todo se confundía. Hacía de Colbert un ministro inglés, la joroba de Marat la colocaba sobre los hombros de Ro-

bespierre y por un artificio de su imaginación, los finos alejandriños de Chenier iban a parar a los labios del verdugo Sansón. Aterrado por tal deslizamiento de ideas, giró los ojos locamente en busca de una pulpería. Una sed impostergable lo abrasaba.

Durante un cuarto de hora recorrió inútilmente las calles adyacentes. En ese barrio residencial sólo se encontraban salones de peinado. Luego de infinitas vueltas, se dio de bruces con la tienda de discos y su imagen volvió a surgir del fondo de la vidriera. Esta vez Matías la examinó: alrededor de los ojos habían aparecido dos anillos negros que describían sutilmente un círculo que no podía ser otro que el círculo del terror.

Desconcertado, se volvió y quedó contemplando el panorama del parque. El corazón le cabeceaba como un pájaro enjaulado. A pesar de que las agujas del reloj continuaban girando, Matías se mantuvo rígido, testarudamente ocupado en cosas insignificantes, como en contar las ramas de un árbol, y luego en descifrar las letras de un aviso comercial perdido en el follaje.

Un campanazo parroquial lo hizo volver en sí. Matías se dio cuenta que aún estaba en la hora. Echando mano a todas sus virtudes, incluso a aquellas virtudes equívocas como la terquedad, logró componer algo que podría ser una convicción y, ofuscado por tanto tiempo perdido, se lanzó al colegio. Con el movimiento aumentó su coraje. Al divisar la verja asumió el aire profundo y atareado de un hombre de negocios. Se disponía a cruzarla cuando, al levantar la vista, distinguió al lado del portero a un cónclave de hombres canosos y ensotanados que lo espían, inquietos. Esta inesperada composición —que le recordó

a los jurados de su infancia— fue suficiente para desatar una profusión de reflejos de defensa y, virando con rapidez, se escapó hacia la avenida.

A los veinte pasos se dio cuenta que alguien lo seguía. Una voz sonaba a sus espaldas. Era el portero.

—Por favor —decía—. ¿No es usted el señor Palomino, el nuevo profesor de historia? Los hermanos lo están esperando.

Matías se volvió, rojo de ira.

—¡Yo soy cobrador! —contestó brutalmente, como si hubiera sido víctima de alguna vergonzosa confusión.

El portero le pidió excusas y se retiró. Matías prosiguió su camino, llegó a la avenida, torció hacia el parque, anduvo sin rumbo entre la gente que iba de compras, se resbaló en un sardinel, estuvo a punto de derribar a un ciego y cayó finalmente en una banca, abochornado, entorpecido, como si tuviera un queso por cerebro.

Cuando los niños que salían del colegio comenzaron a retozar a su alrededor, despertó de su letargo. Confundido aún, bajo la impresión de haber sido objeto de una humillante estafa, se incorporó y tomó el camino de su casa. Inconscientemente eligió una ruta llena de meandros. Se distraía. La realidad se le escapaba por todas las fisuras de su imaginación. Pensaba que algún día sería millonario por un golpe de azar. Solamente cuando llegó a la quinta y vio que su mujer lo esperaba en la puerta del departamento, con el delantal amarrado a la cintura, tomó conciencia de su enorme frustración. No obstante se repuso, tentó una sonrisa y se aprestó a recibir a su mujer, que ya corría por el pasillo con los brazos abiertos.

—¿Qué tal te ha ido? ¿Dictaste tu clase? ¿Qué han dicho los alumnos?

— ¡Magnífico!... ¡Todo ha sido magnífico! —balbuceó Matías— ¡Me aplaudieron! —pero al sentir los brazos de su mujer que lo enlazaban del cuello y al ver en sus ojos, por primera vez, una llama de invencible orgullo, inclinó con violencia la cabeza y se echó desoladamente a llorar.

**En: Las Botellas y los Hombres 1957**

## EL JEFE

**E**l directorio de la casa Ferrolux S. A. daba esa noche una fiesta a sus empleados, con motivo de inaugurarse su nuevo club social. En el cuarto piso de un edificio moderno, situado en el centro de Lima, la firma había alquilado cinco piezas que fueron convertidas en sala de baile, bar, biblioteca, billares y guardarropa. En la pared más importante —porque hasta las paredes tienen categorías— se había colocado una fotografía del fundador de la firma y otra del gerente en ejercicio. El resto de la decoración lo constituía pequeños carteles que contenían frases alusivas al trabajo, a la puntualidad, tales como “Piense, luego responda” o “No calcule, verifique”, las que formaban un recetario destinado a cuadrricular, hasta en sus horas de recreo, el cráneo de los pobres empleados.

Desde las siete de la noche, los empleados comenzaron a llegar. La mayoría venía directamente de la oficina, luego de haber hecho una estación en algún bar del camino para beberse un trago y “ponerse a tono”. Otros, los que pertenecían a la raza de inventores de protocolos, habían dado el trote hasta su casa para ponerse el terno azul, la corbata de mariposa, y llegaron tarde, naturalmente, oliendo a brillantina.

Eusebio Zapatero, ayudante del contador, fue uno de los que prefirió “ponerse a tono” antes de llegar

al club. En la fiesta se esmeró en no dejar pasar una bandeja sin estirar el brazo con prontitud para apoderarse de un vaso de ron con hielo y limón. Gracias a esto se achispó un poco y pudo realizar algunas observaciones interesantes: por ejemplo, lo raro que le resultaba ver en un marco diferente del de la oficina a muchos de sus compañeros de trabajo. En la oficina casi todos se quitaban el saco, se ponían "manguitos" para no ensuciarse los puños de la camisa y se subían los anteojos sobre la frente. Todo esto les daba cierto aire de intimidad, de viejo compañerismo. Aquí en cambio, bien compuestos y pulidos, un poco tiesos delante de tantos jefes que circulaban brindando, parecían acartonados y desplegaban todos los ademanes de la inhibición. Algunos se metían constantemente el dedo entre el cuello de la camisa y la garganta; otros fumaban con avidez y se apoyaban tan pronto sobre una pierna como sobre la otra; unos terceros, dentro de los cuales se encontraba Eusebio, se rascaban la frente o se tiraban maquinalmente de la nariz.

Se bailó hasta las diez de la noche y cuando el directorio observó que entre los circunstantes aparecían los primeros síntomas de embriaguez, se dio por finalizada la fiesta. Después de todo, como se dejó entender, aquello no era una juerga sino un pequeño acto simbólico de júbilo y fraternidad.

—Esto es democracia —dijeron algunos empleados cuando el gerente, para cerrar con gracia la reunión, bailó la última pieza de la noche con una mecanógrafa.

En seguida comenzaron a abandonar el local. Eusebio, que durante gran parte de la ceremonia se había contentado con merodear alrededor de su jefe, el apoderado Felipe Bueno, tratando de integrar los grupos

donde aquél se encontraba pero sin atreverse a dirigirle la palabra, fue uno de los últimos en salir del club. Para sorpresa suya, en el grupo de 12 personas que ingresó al ascensor, se encontraba el apoderado. La caja descendía velozmente y en su interior se hacían bromas fáciles. Todos tenían los ojos brillantes y un vago anhelo de prolongar un momento la velada.

—Señores, los invito a tomar un trago —dijo el apoderado Felipe Bueno, cuando el ascensor los dejó en el pasillo del edificio.

En el grupo de empleados se levantó un murmullo de entusiasmo. Eusebio luchó de inmediato por ponerse en primera fila, para que la invitación, por un capricho de última hora, no fuera a recortarse en perjuicio de su persona.

— ¡Encantado, encantado! —repetía en coro con los demás empleados, sintiendo que su voz, al sumarse a las otras, adquiriría una insólita convicción.

—Vamos al bar del hotel Ambassadeur —dijo el apoderado.

El grupo caminó unas cuadras por las calles invernales de Lima. Formaban un comité animado, que recordaba a los integrantes de una comida de ex alumnos. Cuando llegaron al bar, se acodaron en el mostrador y el apoderado Felipe Bueno pidió whisky para todos.

Bebieron tres o cuatro ruedas. La tensión se había relajado. El jefe contaba chistes. Ya los empleados no le decían “señor apoderado” ni “don Felipe Bueno” sino simplemente “oiga usted”. A las once se comenzó a hablar de política. Eusebio, para impresionar al jefe, se embarcó en una discusión sobre la reforma agraria, con otro empleado, pero cuando su adversario le habló del “minifundio”, quedó callado, un poco

contrito por meterse en cosas que no entendía.

Por la fisura de un corto silencio, algunos empleados se retiraron, con el objeto de no perder el servicio de ómnibus que funcionaba hasta las doce, o por el temor de tener que pagar una rueda de licor. Eusebio, tres colegas más y el apoderado, continuaron bebiendo.

—Hay que tirar de vez en cuando una cana al aire —decía don Felipe Bueno—. Con prudencia, estas cosas hacen bien al espíritu.

Solamente en ese momento Eusebio se dio cuenta que podía aprovechar la coyuntura para solicitar un aumento de sueldo. Después de todo, entre copas todo está permitido. Pero la presencia de los otros empleados lo cohibía. “Esperaré la ocasión”, se repetía y comenzó a concebir un odio profundo contra aquellos empleados que le impedían disfrutar con exclusividad de la confianza del jefe. “Los batiré en retirada, los emborracharé”, pensaba, demorando su trago.

Pero aquello no fue necesario. Los empleados, bastante mareados ya y temiendo cometer algún desatino, se despidieron del apoderado. Eusebio no se movió.

—Usted es de los que no abandonan el barco —observó el apoderado, mirándolo con curiosidad.

—Vivo cerca —mintió Eusebio—. Pensaba acompañarlo hasta su automóvil.

Don Felipe pagó la cuenta y ambos salieron del hotel. Era más de media noche. Caminaron un rato silenciosos. Eusebio gozaba secretamente de esa rara confluencia de circunstancias que le permitían caminar a solas con su jefe, por las calles de Lima, a esas horas tan avanzadas. Deseaba que pasara algún cono-

cido para detenerlo por la manga, señalar al apoderado con el pulgar y decir guiñando un ojo: "Mi jefe".

—¡Pero es una tontería! —exclamó de pronto el apoderado consultando su reloj— Todavía no es la una. Vamos a bebernos un coñac.

Entraron al "Negro-Negro". Había música. Ocuparon una mesita en la parte oscura. Eusebio ya no cabía en sí de felicidad.

Hasta las tres de la mañana estuvieron bebiendo coñac. El jefe comenzó a galantear a una mujer que había en el mostrador. Luego regresó a la mesa, rompió una copa, insultó al mozo y comenzó a divagar.

Eusebio creyó que había llegado el momento.

—Señor apoderado... —comenzó.

—¡Nada de apoderados! Yo soy Felipe Bueno... Dígame Felipe Bueno, a secas...

—Señor Felipe Bueno, quería decirle... quería decirle que en los quince años que llevo en la oficina...

—¿Asuntos de oficina? ¡No hablemos de ellos ahora, señor Zapatero! No quiero saber nada con la oficina. ¿No ve que estamos en plan de divertirnos?... Mozo, ¡traiga dos coñacs más!

Eusebio quedó callado. Se dio cuenta que, a pesar de su aturdimiento, el jefe conservaba aún suficiente tino como para defenderse de todo tipo de solicitudes. "Por lo menos esta noche —se dijo— me contentaré con ganarme su confianza".

Al poco rato el apoderado dijo:

—¡Señor Felipe Bueno para arriba, señor Felipe Bueno para abajo!... ¿Por qué me llama usted Felipe Bueno? ¡Somos dos amigos que estamos tomando unos tragos! Dígame simplemente Felipe.

A partir de ese momento las jerarquías desaparecieron. Comenzaron a tutearse mientras seguían bebiendo.

do. Eusebio se olvidó hasta del aumento de sueldo.

—A mí me dicen Bito... —mascullaba Eusebio— Todos mis amigos me dicen Bito... Mi nombre es muy feo... Oye Felipe, yo soy Bito, ¿no es verdad? A ver, dime cómo me llamo.

—Pito... —respondió el apoderado.

Ambos se echaron a reír.

—¡Linda noche! —exclamó el apoderado— Solamente nos falta una mujercita, ¿eh? ¡Estas son las noches que alegran la vida!... ¡Ah, pero si me viera mi mujer! Me cogería de la solapa y me diría: “Pim, media vuelta y a la casa”.

— ¡Te dice Pim! —intervino Eusebio asombrado.

—Es verdad, en mi casa me dicen Pim.

— ¡Pim! —repitió Eusebio— ¿me dejas que te invite un trago, Pim?

Eusebio pagó los últimos coñacs. Estaban ya completamente borrachos. Cantaron a dúo un vals criollo. Luego se cambiaron las corbatas. A las cinco de la mañana Eusebio tuvo un momento de lucidez.

— ¡Pim!, mañana es día de trabajo.

—Es verdad, Bito, me había olvidado.

Cuando salieron a la plaza San Martín, el apoderado se apoyaba en su subalterno y le palmeaba cariñosamente la papada.

—Búscame un taxi, Bito —dijo—. No puedo manejar.

Eusebio introdujo a su jefe en un carro de plaza y se despidió orpimiéndole la mano.

—Hasta mañana, Pim —dijo.

—Chau, Bito.

Tres horas más tarde, Eusebio Zapatero llegó a la oficina con los ojos hinchados y un retraso de diez minutos. Contra su costumbre, saludó a la secretaria

alegremente y haciendo una pirueta tiró su sombrero en la percha.

—¿Está Felipe? —preguntó

La secretaria lo miró sorprendida

—¿Por quién pregunta usted?

—Por nuestro patrón

—Está en su despacho.

Eusebio se dirigió hacia la puerta.

—¿Va a entrar así, sin que lo anuncie?

Eusebio se contentó con hacerle un guiño y empujó la puerta. El apoderado estaba sentado frente a su escritorio, ocupado en leer la correspondencia de la mañana. Eusebio se fue acercando sigilosamente y cuando estuvo ante el pupitre adelantó la cabeza y murmuró: "Pim".

El apoderado levantó rápidamente la cara y quedó mirándolo con una expresión fría, desmemoriada y anónima: la mirada inapelable del jefe.

—Buenos días... señor Eusebio Zapatero —respondió.

Y continuó leyendo sus cartas.

(Escrito en Lima en 1958)

## DIRECCION EQUIVOCADA

**R**amón abandonó la oficina con el expediente bajo el brazo y se dirigió a la avenida Abancay. Mientras esperaba el ómnibus que lo conduciría a Lince, se entretuvo contemplando la demolición de las viejas casas de Lima. No pasaba un día sin que cayera un solar de la colonia, un balcón de madera tallada o simplemente una de esas apacibles quintas republicanas, donde antaño se fraguó más de una revolución. Por todo sitio se levantaban altivos edificios impersonales, iguales a los que había en cien ciudades del mundo. Lima, la adorable Lima de adobe y de madera, se iba convirtiendo en una especie de cuartel de concreto armado. La poca poesía que quedaba se había refugiado en las plazoletas abandonadas, en una que otra iglesia y en la veintena de casonas principescas, donde viejas familias languidecían entre pergaminos y amarillentos daguerrotipos.

Estas reflexiones no tenían nada que ver evidentemente con el oficio de Ramón: detector de deudores contumaces. Su jefe, esa misma mañana, le había ordenado hacer una pesquisa minuciosa por Lince para encontrar a Fausto López, cliente nefasto que debía a la firma cuatro mil soles en tinta y papel de imprenta.

Cuando el ómnibus lo desembarcó en Lince, Ramón se sintió deprimido, como cada vez que recorría esos barrios populares sin historia, nacidos hace vein-

te años por el arte de alguna especulación, muertos luego de haber llenado algunos bolsillos ministeriales, pobremente enterrados entre la gran urbe y los lujosos balnearios del Sur. Se veían chatas casitas de un piso, calzadas de tierra, pistas polvorientas, rectas calles brumosas donde no crecía un árbol, una yerba. La vida en esos barrios palpitaba un poco en las esquinas, en el interior de las pulperías, traficadas por caseros y borrachines.

Consultando su expediente, Ramón se dirigió a una casa de vecindad y recorrió su largo corredor perforado de puertas y ventanas, hasta una de las últimas viviendas. Varios minutos estuvo aporreando la puerta. Por fin se abrió y un hombre somnoliento, con una camiseta agujereada, asomó el torso.

—¿Aquí vive el señor Fausto López?

—No. Aquí vivo yo, Juan Limayta, gasfitero.

—En estas facturas figura esta dirección —alegó Ramón, alargando su expediente.

—¿Y a mí qué? Aquí vivo yo. Pregunte por otro lado —y tiró la puerta.

Ramón salió a la calle. Recorrió aún otras casas, preguntando al azar. Nadie parecía conocer a Fausto López. Tanta ignorancia hacía pensar a Ramón en una vasta conspiración distrital destinada a ocultar a uno de sus vecinos. Tan sólo un hombre pareció recurrir a su memoria.

—¿Fausto López? Vivía por aquí pero hace tiempo que no lo veo. Me parece que se ha muerto.

Desalentado, Ramón penetró en una pulpería para beber un refresco. Acodado en el mostrador, cerca del pestilente urinario, tomó despaciosamente una coca-cola. Cuando se disponía a regresar derrotado a la oficina, vio entrar en la pulpería a un chiquillo que tenía

en la mano unos programas de cine. La asociación fue instantánea. En el acto lo abordó.

—¿De dónde has sacado esos programas?

—De mi casa, ¿de dónde va a ser?

—¿Tu papá tiene una imprenta?

—Sí.

—¿Cómo se llama tu papá?

—Fausto López

Ramón respiró aliviado.

—Vamos allí. Necesito hablar con él.

En el camino conversaron. Ramón se enteró que Fausto López tenía una imprenta de mano, que se había mudado hacía algunos meses a pocas calles de distancia y que vivía de imprimir programas para los cines del barrio.

—¿Te pagan algo por repartir los programas?

—¿Mi papá? ¡Ni un taco! Los dueños de los cines me dejan entrar gratis a las seriales.

En los barrios pobres también hay categorías. Ramón tuvo la evidencia de estar hollando el suburbio de un suburbio. Ya los pequeños ranchos habían desaparecido. Solo se veían callejones, altos muros de corralón con su gran puerta de madera. Menguaron los postes del alumbrado y surgieron las primeras acequias, plagadas de inmundicias. ,

Cerca de los rieles, el muchacho se detuvo.

—Aquí es —dijo, señalando un pasaje sombrío—.

La tercera puerta. Yo me voy porque tengo que repartir todo esto por la Avenida Arenales.

Ramón dejó partir al muchacho y quedó un momento indeciso. Algunos chicos se divertían tirando piedras en la acequia. Un hombre salió, silbando del pasaje y echó en sus aguas el contenido dudoso de una bacinica.

Ramón penetró hasta la tercera puerta y la golpeó varias veces con los puños. Mientras esperaba recordó las recomendaciones de su jefe: nada de amenazas, cortesía señorial, espíritu de conciliación, confianza contagiosa. Todo esto para no intimidar al deudor, regresar con la dirección exacta y poder iniciar el juicio y el embargo.

La puerta no se abrió pero, en cambio, una ventana de madera, pequeña como el marco de un retrato, dejó al descubierto un rostro de mujer. Ramón, desprevenido, se vio tan súbitamente frente a esta aparición, que apenas tuvo tiempo de ocultar el expediente a sus espaldas.

—¿Qué cosa quiere? ¿Qué hay? —preguntaba insistentemente la mujer.

Ramón no desprendió los ojos de aquel rostro. Algo lo fascinaba en él. Quizá el hecho de estar enmarcado en la ventanilla, como si se tratara de la cabeza de una guillotina.

—¿Qué quiere usted? —proseguía la mujer— ¿A quién busca?

Ramón titubeó. Los ojos de la mujer no lo abandonaban. Estaba tan cerca de los suyos que Ramón, por primera vez, se vio introducido en el mundo secreto de una persona extraña, contra su voluntad, como si por negligencia hubiera abierto una carta dirigida a otra persona.

—¡Mi marido no está! —insistía la mujer— Se ha ido de viaje, regrese otro día, se lo ruego...

Los ojos seguían clavados en los ojos. Ramón seguía explorando ese mundo inespacial, presa de una súbita curiosidad pero no como quien contempla los objetos que están detrás de una vidriera sino como quien trata de reconstruir la leyenda que se oculta

detrás de una fecha. Solamente cuando la mujer continuó sus protestas, con voz cada vez más desfalleciente, Ramón se dio cuenta que ese mundo estaba desierto, que no guardaba otra cosa que una duración dolorosa, una historia marcada por el terror.

—Soy vendedor de radios —dijo rápidamente—. ¿No quiere comprar uno? Los dejamos muy baratos, a plazos.

— ¡No, no, radios no, ya tenemos, nada de radios! —suspiró la mujer y, casi asfixiada, tiró violentamente el postigo.

Ramón quedó un momento delante de la puerta. Sentía un insoportable dolor de cabeza. Colocando su expediente bajo el brazo, abandonó el pasaje y se echó a caminar por Lince, buscando un taxi. Cuando llegó a una esquina, cogió el cartapacio, lo contempló un momento y debajo del nombre de Fausto López escribió: “Dirección equivocada”. Al hacerlo, sin embargo, tuvo la sospecha de que no procedía así por justicia, ni siquiera por esa virtud sospechosa que se llama caridad, sino simplemente porque aquella mujer era un poco bonita.

(Escrito en Amberes en 1957)



## INDICE

Prólogo .....	5
Autocrítica .....	7
<b>FANTASTICOS</b>	
La Insignia .....	11
Doblaje .....	17
<b>EVOCATIVOS</b>	
Los eucaliptos .....	27
Página de un Diario .....	35
<b>EUROPEOS</b>	
Nada que hacer Sr. Baruch .....	43
Los cautivos .....	57
<b>SERRANOS</b>	
El tonel de aceite .....	69
El chaco .....	75
<b>SATIRA POLITICA</b>	
El banquete .....	107
Los moribundos .....	115
<b>SOCIAL REALISTA</b>	
Los gallinazos sin plumas .....	129
Junta de acreedores .....	143
<b>LIMEÑOS</b>	
El profesor suplente .....	165
El jefe .....	173
Dirección equivocada .....	181

**Este libro lo imprimió  
Perugraph Editores S.A.  
Lima - Perú**